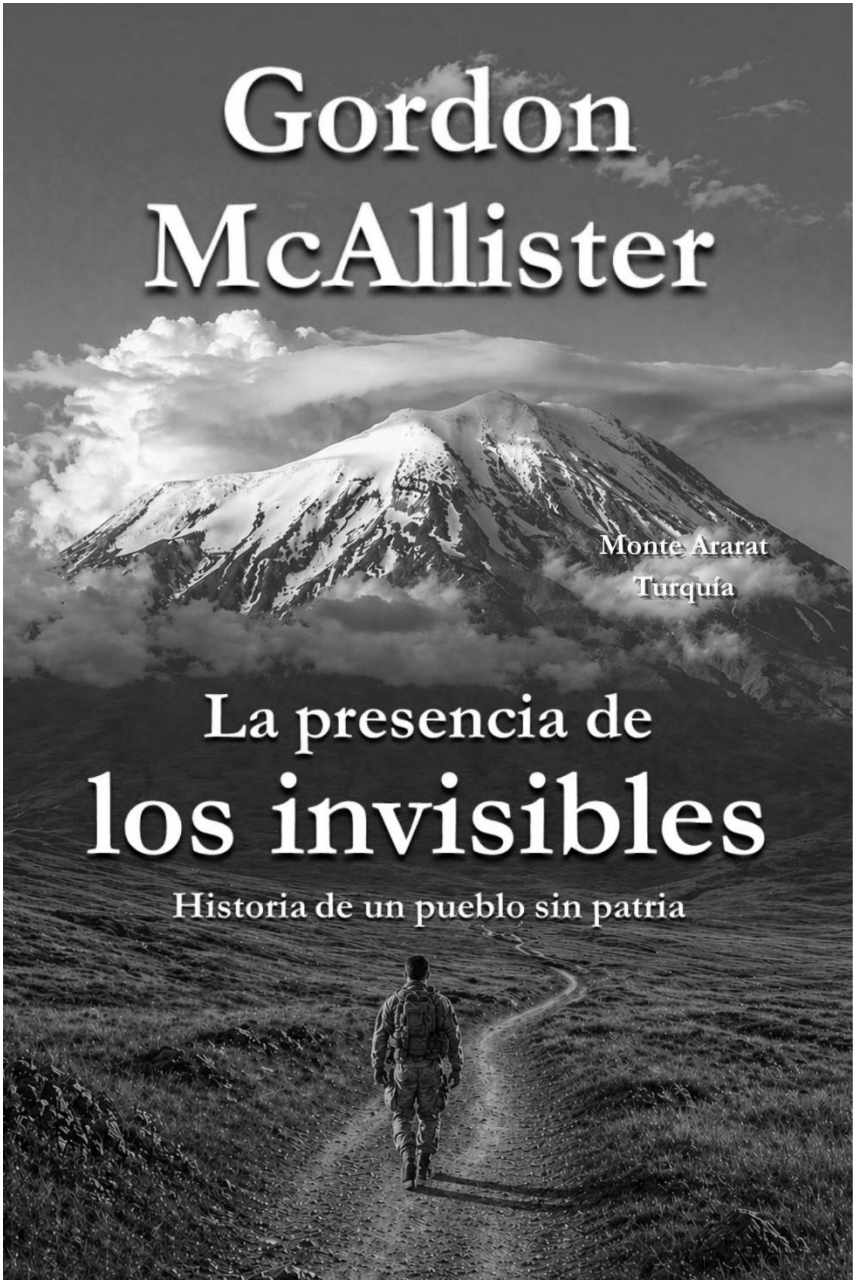

Gordon
McAllister
Monte Ararat
Turquía
La presencia de
los invisibles
Historia de un pueblo sin patria

Título: LA PRESENCIA DE LOS INVISIBLES
Subtítulo: Historia de un pueblo sin patria
Autor: Gordon McAllister (Pseudónimo).

ISBN: 9786280260891
(Tapa blanda) – Calgóm Ediciones

Copy right: Todos los derechos legales pertenecen a
Carlos Alberto Gómez Acuña.
Email: calgóm532002@yahoo.com

Edición: Calgóm ediciones 2026
Impreso en Bogotá
Xpress Estudio Grafico y Digital.

Todos los derechos reservados
Es un delito la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright. Únicamente, se podrá reproducir párrafos parciales del mismo con la mención del título y el autor.

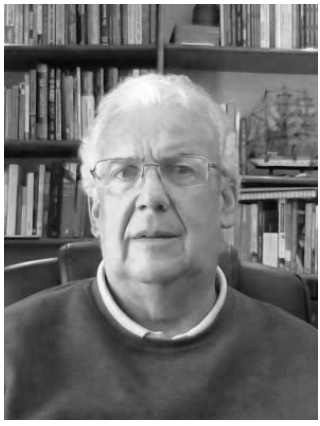
Índice

Índice		5
Biografía		7
Al lector		9
Capítulo 1	Una experiencia dolorosa	13
Capítulo 2	Otro aspecto del dolor	17
Capítulo 3	Dolor y deseo de venganza	21
Capítulo 4	Kurdos sus únicos amigos las montañas	25
Capítulo 5	El origen de un viaje inesperado	31
Capítulo 6	Turistas occidentales en el conflicto	35
Capítulo 7	El abandono	39
Capítulo 8	La frontera	45
Capítulo 9	Una escaramuza en Kobane	51
Capítulo 10	Borislav Draganov	57
Capítulo 11	Ya vienen los demonios	63
Capítulo 12	Lo que no se puede ver	75
Capítulo 13	La historia detrás del conflicto	81
Capítulo 14	Exterminar al pueblo kurdo	89
Capítulo 15	Halabja: Después del silencio	93
Capítulo 16	Un atentado en Gaziantep	97
Capítulo 17	Una amorosa familia turca	103
Capítulo 18	La vida sigue en Ankara	109
Capítulo 19	Un artefacto explosivo	117
Capítulo 20	Una tragedia que cambió la vida	123

Capítulo 21 La muerte de Adar Danagarin 129
Capítulo 22 La distancia de un disparo 133
Capítulo 23 Acciones de venganza 137
Capítulo 24 Una reacción emocional 143
Capítulo 25 Una nueva vida 149
Capítulo 26 En Nueva York Historias paralelas 157
Capítulo 27 Una situación inesperada 163
Capítulo 28 Un tribunal militar kurdo 169
Capítulo 29 No hay deuda que no se pague 177
Capítulo 30 Una tregua imperfecta 181
Capítulo 31 Un recuerdo en Ereván 187
Capítulo 32 Mizan Berkan 193
Capítulo 33 Recuerdo que no desaparecen 201
Capítulo 34 El encuentro en las montañas 205
Epílogo El viento sobre las montañas 213
Nota del autor 219
Anexo I 221
Anexo II 227
Anexo III 231
Anexo IV 239

Gordon McAllister

Escritor colombiano.



Es graduado en Administración de Empresas en la Pontificia Universidad Javeriana, además tiene una especialización en Mercadeo en la Universidad de los Andes y un diplomado en Gerencia del Cambio en la misma universidad.

Durante más de 40 años estuvo vinculado al sector real como ejecutivo y empresario.

Cursó estudios de Novela I en la Escuela de Escritores de España. Tomó el diplomado de Cuento, relato y crónica literaria en la Pontificia Universidad Javeriana.
Resultó ganador en dos oportunidades del primer puesto del Premio de cuento Ramón de Zubiría de Uniandinos, versiones 2018 y 2020.
Es editor bajo el sello: Calgóm Ediciones.

Ha desarrollado su pluma en varios géneros como: Novela histórica, cuento, poesía y ensayo.
Ha escrito 8 novelas, dos libros de cuentos, una antología poética con 50 poemas, varios libros de ensayos filosóficos y un libro de texto: Curso de escritura creativa.
Ha traducido y adaptado libros del filósofo Seneca y de la escritora Emily Brontë.

AL LECTOR

Hay historias que llegan hasta nosotros porque alguien decidió contarlas.

Otras permanecen durante años en silencio, escondidas detrás de las grandes noticias, de las decisiones de los gobiernos y de las fronteras trazadas sobre los mapas.

La historia que motiva esta obra pertenece, en buena medida, a estas últimas.

Durante mucho tiempo conocí esa realidad como la conocen millones de personas en Occidente: de manera fragmentaria. Una noticia ocasional. Una batalla. Una imagen llegada desde algún lugar remoto de Oriente Medio. El nombre de una ciudad que aparecía durante algunos días en los titulares y después desaparecía, sustituido por otra guerra, otra crisis, otra tragedia.

Kobane. Mosul. Sinjar. El Kurdistán.

Nombres lejanos. Hasta que dejaron de serlo.

A medida que fui acercándome a esa historia, comprendí que detrás de las noticias existía una realidad humana mucho más profunda. Millones de personas repartidas entre varios países. Familias separadas por fronteras que no habían trazado. Generaciones enteras nacidas y muertas bajo gobiernos distintos, pero unidas por una memoria, una lengua, una cultura y una relación ancestral con las montañas.

Entonces comenzaron a aparecer las preguntas.

¿Qué significa pertenecer a un pueblo que no tiene un país reconocido como propio?

¿Qué ocurre cuando la tierra donde nacieron tus padres, tus abuelos y los abuelos de tus abuelos pertenece, según los mapas, a otros Estados?

¿Cómo se construye una identidad cuando la historia parece haber decidido que debes vivir permanentemente entre fronteras que no te pertenecen?

Pero, sobre todo, comenzó a inquietarme algo mucho más sencillo y profundamente humano:

¿Cómo se vive dentro de una guerra que parece no terminar nunca? Porque las guerras suelen contarse desde lejos.

Se habla de territorios conquistados o perdidos, de operaciones militares, de gobiernos, de alianzas y de cifras.

Pero detrás de cada cifra hubo una persona que alguna mañana despertó creyendo que tendría un día más.

Alguien que tomó una taza de té o de café. Que besó a sus hijos. Que hizo planes para la semana siguiente. Que salió de casa sin saber que quizá nunca regresaría.

Fue allí donde nació verdaderamente esta novela.

No quise escribir sobre una guerra. Quise escribir sobre quienes viven dentro de ella. Sobre quienes aman mientras otros deciden las fronteras. Sobre quienes entierran a sus muertos y deben encontrar, aun así, una razón para levantarse al día siguiente. Sobre quienes aprenden a odiar porque el dolor también puede heredarse. Y sobre quienes, alguna vez, tienen el valor de preguntarse si es posible dejar de hacerlo.

Durante el proceso de investigación encontré relatos de una crudeza difícil de olvidar: familias desplazadas,

pueblos destruidos, jóvenes convertidos en combatientes, mujeres que tomaron las armas para defender sus comunidades y soldados que terminaron descubriendo que el hombre situado al otro lado de la línea de fuego también tenía un nombre, una familia y una historia.

Y comprendí algo que, quizá, ya sabía.

Ninguna guerra pertenece únicamente a quienes la declaran. Las decisiones se toman en despachos, palacios, cuarteles y salas de gobierno.

Pero las consecuencias llegan a las casas. A las cocinas. A las escuelas. A las camas vacías. A las madres que esperan. A los niños que aprenden demasiado pronto el sonido de una explosión. La guerra termina entrando en los lugares más íntimos de la vida.

Y cuando finalmente se marcha —si alguna vez lo hace— deja algo de sí misma detrás.

Estas páginas tampoco pretenden establecer una verdad definitiva sobre el conflicto que, desde hace generaciones, atraviesa el corazón de Oriente Medio. Es la historia de un pueblo sin patria, situado entre Irán, Irak, Siria y Turquía.

Sería una arrogancia intentar reducir a una sola explicación una realidad atravesada por pueblos, gobiernos, organizaciones, intereses, heridas y memorias acumuladas durante generaciones.

Tampoco he querido construir héroes perfectos ni enemigos absolutos. La realidad humana rara vez funciona de esa manera.

En toda guerra existen convicciones, causas, injusticias y contradicciones. Y, por encima de todas ellas, existen seres humanos.

Tal vez por eso, mientras escribía estas páginas, los personajes comenzaron a alejarse de las ideas con las que habían nacido.

Dejaron de representar posiciones. Comenzaron a vivir. A equivocarse. A sufrir. A recordar. A amar. Y algunos, incluso, comenzaron a mirar al otro lado.

Quizá esa sea una de las preguntas que permanecen detrás de esta historia:

¿Qué ocurre cuando un hombre descubre que el enemigo al que ha aprendido a odiar durante años también ha enterrado a sus muertos?

No conozco la respuesta.

Estas páginas tampoco pretenden ofrecerla. Solo intentan acercarse. Mirar. Escuchar.

Porque existen pueblos cuya presencia apenas se percibe en la conciencia del mundo hasta que una guerra los convierte, durante algunos días, en noticia.

Después, los titulares desaparecen. Las cámaras se marchan. El mundo dirige la mirada hacia otro lugar.

Y ellos permanecen allí. Viviendo. Resistiendo. Amando. Enterrando a sus muertos. Esperando. Recordando.

Tal vez los invisibles nunca fueron quienes no podían ser vistos. Tal vez fueron aquellos a quienes el mundo aprendió a no mirar.

Gordon McAllister

Capítulo 1
Una experiencia dolorosa

22 de marzo de 2018
Kobane, norte de Siria

Estaba listo.

Ajusté la mira con un gesto automático y llevé el ojo al visor. El viento apenas se movía.

Mi respiración encontró su ritmo. No eran nervios.

Por un instante, estuve en otro lugar.

Una mesa metálica bajo tubos fluorescentes. Olor a aceite mineral y a hierro.

La voz neutra del armero, al otro lado del mostrador.

—¿La munición?

—La que corresponde al arma —le dije.

—¿Será la 12,5 X 99 mm OTAN?

—Sí.

Volví al visor.

Una brisa cargada de polvo recorrió la posición. Permanecí inmóvil. Ni siquiera parpadeé.

El fusil descansaba contra mi cuerpo. Conocía su peso. Me pareció liviano. Demasiado.

El terreno descendía en un desnivel irregular, salpicado de bloques de piedra. No necesitaba moverme.

Todo estaba dado.

Apoyé el rostro contra la culata. El mundo volvió al visor: El círculo. La figura inmóvil. Corregí y llevé la cruz al centro del rostro, apenas por debajo de las cejas.

Mi respiración estable.

El dedo índice sobre el gatillo. Sin presión. Sin urgencia.

Sin aviso, apareció. La mochila roja, en mitad de la calle, cubierta de polvo. A su lado, el carrito de bomberos. El peso del juguete en mi mano. El envoltorio aún tibio. Su risa, breve, antes de salir de casa.

La aparté.

Pero otra llegó. Más nítida.

La plaza Kizilay. El cuerpo de mi esposa sobre el césped. Inmóvil. El rostro apenas reconocible.

El recuerdo se cerró. Como una puerta que no vuelve a abrirse.

Volví al visor.

La figura seguía allí. Se movió apenas. Un gesto mínimo. Ajustó el arma sobre el hombro.

No era un blanco cualquiera. Lo supe antes de entender por qué.

—Ahora —dijo la voz a mi espalda—. Es ese. ¿Lo tienes?

—Sí.

No aparté la mira.

Tomé aire. Lo dejé salir lentamente. Y en la pausa exacta de la respiración… Apreté el gatillo.

El sonido fue seco, contenido por el silenciador. La bala cruzó el aire sin hacerse notar.

Impactó.

El cuerpo no cayó de inmediato. Hubo un leve desajuste. Un instante fuera de lugar.

Luego nada. No seguí mirando.

Bajé el arma y apoyé los codos sobre las rodillas. El tiempo dejó de tener forma.

A unos metros, un compañero limpiaba su arma sin prisa. No dijo nada. Yo tampoco. El aire olía a polvo y a metal caliente.

Mi cuerpo reaccionó antes que el pensamiento: un leve mareo, las piernas sin firmeza, una presión oscura en el pecho. Entonces recordé unos versos escuchados años atrás, en noches de fogata, cuando todavía llamaba amigos a quienes los pronunciaban:

Kurdos… sus únicos amigos, las montañas.
Una historia sin final. Una paz que no llega.

Sentí una lágrima descender sin resistencia.

Me parapeté en una hondonada y miré el horizonte sin verlo.

Entonces una voz me trajo de vuelta.

—Halil… Halil Demirci… ¿estás ahí?

Tardé un instante en responder.

—Sí —le dije.

— O —

Capítulo 2
Otro aspecto del dolor

Años antes, en otro frente de la misma guerra.
29 de junio de 2015
Kobane, Siria

Adar Danagarin no apartó la mirada.

El cuerpo yacía boca abajo, entre la arena y el cascajo del camino. Torcido en una postura imposible. Aquella forma no era de alguien vivo.

Era Ashti. Tenía veintiún años.

El uniforme de la YPJ se confundía con el polvo. Sin adornos. Sin señales.

Horas antes estaba de espaldas cuando el estallido la alcanzó.

No gritó. No hubo aviso. El cuerpo cayó y no volvió a moverse.

Alguien cubrió lo que quedaba de su espalda.

Adar dio un paso. Luego otro.

Se detuvo a su lado y una lágrima descendió sin permiso. No la apartó. Apretó los dientes con fuerza, como si pudiera romper algo dentro de sí.

No funcionó. Volvió a mirarla. No había nada que entender.

Se limitó a ajustar el fusil sobre el hombro con un movimiento rápido, casi automático, como si el arma siempre encontrara su lugar.

Al atardecer del día siguiente, la ceremonia comenzó. Las cornetas rompieron el aire con un sonido metálico. Las salvas de fusil se elevaron hacia el cielo abierto. Las detonaciones no pedían permiso.

Nadie respondió.

Un rayo de sol logró atravesar las nubes bajas y cayó sobre el arenal.

Nadie lo miró.

Le entregaron la bandera doblada. Adar la sostuvo sin abrirla. Reconoció los colores con los dedos. No hacía falta verla.

Desde una mezquita cercana llegó el llamado a la oración. La voz se extendió sobre el pueblo. También sobre el polvo, sobre los cuerpos, sobre el humo.

Nadie interrumpió el canto.

Adar permaneció inmóvil. No pensó. Solo sintió el quiebre. Algo terminó.

En los días que siguieron, las voces le resultaron ajenas. Los acentos. Las miradas. Todo.

Caminaba entre ellos, pero ya no estaba.

Una mañana se detuvo frente a una casa. Desde el interior, una radio sonaba en un idioma que no era el suyo.

Escuchó unos segundos. Luego siguió caminando. No era rabia todavía. Era algo más lento. Más profundo.

Al caer la tarde salió a patrullar con Kiyan. La calle era estrecha, los muros bajos, las casas cerradas.

El polvo se levantaba con cada paso.

—No soporto escuchar sus voces —dijo Adar, sin mirarlo—. Están en todas partes.

Kiyan no respondió de inmediato.

—Siempre han estado ahí.

—Antes no me importaba.

Kiyan se detuvo.

—Antes había otras cosas.

Adar ajustó la correa del fusil.

—Dicen que no somos de aquí. Que nunca lo fuimos.

—Eso dicen muchos.

—Lo dicen igual —insistió Adar—. Creen que somos invisibles.

Kiyan lo miró un instante.

—El odio cansa, y no devuelve a nadie.

Adar no respondió. Siguió caminando.

Esa noche regresó solo.

Dejó el fusil apoyado contra la pared y se sentó en el borde del catre. No encendió la luz.

Sus manos quedaron entrelazadas sobre el regazo. La cabeza baja. Sacó un trozo de papel del bolsillo interior de su chaqueta. No lo abrió. Lo sostuvo un momento.

Luego lo guardó.

Revisó su billetera. Veintiocho años. No significaban nada.

El papel cayó al suelo.

Afuera, el viento levantaba el polvo del campamento.

Las voces continuaban.

Adar cerró los ojos. Apretó la mandíbula. Y en ese instante, sin ruido, sin anuncio, algo en él se endureció.

— O —

Capítulo 3
Dolor y deseo de venganza

El frío se filtraba por las lonas del campamento.

Adar no dormía. Permanecía acostado, con los ojos abiertos, escuchando el viento arrastrar polvo contra las telas. A ratos cerraba los ojos y el rostro de Ashti regresaba sin aviso. Entonces se levantaba y caminaba entre las sombras. Más de una vez terminó detrás de unas cajas de munición, apartado, con la espalda apoyada contra la madera áspera.

Allí, en silencio, lloraba sin hacer ruido. Nadie se acercaba. Todos entendían.

Durante el día era distinto.

Mientras avanzaba, mientras disparaba, mientras obedecía órdenes, no había espacio para el recuerdo. El cuerpo encontraba en que ocuparse. Pero en cuanto el movimiento se detenía, volvía. Siempre volvía.

Los días empezaron a confundirse. Adar se sentaba durante los momentos de descanso y miraba hacia delante sin ver nada. No pensaba en el día siguiente ni en el anterior. Respiraba porque el cuerpo lo hacía.

El viento levantaba pequeñas nubes de polvo que corrían a ras del suelo. No las veía. Las sentía.

A pocos metros, dos soldados reían en voz baja mientras miraban la pantalla de un celular.

Más allá, un vehículo militar permanecía inmóvil frente a un edificio semidestruido. Una llanta desinflada. El guardafango torcido. Barro seco adherido a la carrocería.

Un perro cruzó la calle. Avanzaba con cautela, la cola baja, como si esperara un golpe en cualquier momento. Luego desapareció entre los restos de una pared.

Nada parecía real, o tal vez lo era demasiado.

Entonces ocurrió. No fue un pensamiento claro, fue algo más lento. Una presión que comenzó a formarse en el fondo del pecho.

—Malditos…

Las lágrimas descendieron sin aliviarlo. Al contrario, algo en él se endureció.

Kiyan lo observaba a distancia. No intervenía.

Una noche, Adar salió solo, caminó hasta el límite del campamento y permaneció allí, mirando la oscuridad. Cuando regresó, lo hizo sin prisa. Se sentó en el borde del catre, sacó un trozo de tela, lo sostuvo entre los dedos. No lo abrió. Lo guardó de nuevo. Luego revisó su billetera, la dejó caer, no la recogió.

Días después, se encontró con el proveedor.

No usaban nombres. El hombre habló lo necesario.

—¿Cuánto?

—Veinticinco kilos.

—¿Destino?

Adar sostuvo su mirada.

—Una base.

El hombre asintió.

No pidió más detalles.

Adar escuchó las instrucciones sin interrumpir.

Cuando terminaron, el proveedor empezó a guardar el material.

Adar observó los paquetes.

—Con eso alcanza para más de lo que dices.

El hombre no respondió.

Adar sostuvo la mirada unos segundos.

—Si sobra… —dijo— ya sabré dónde ponerlo.

Esa noche, la oscuridad cayó sin luna, las nubes cubrían el cielo. Adar permaneció despierto.

Los recuerdos llegaron sin orden. Puertas abiertas a golpes. Voces en un idioma ajeno. Sombras armadas avanzando por calles estrechas. Gente obligada a salir.

El miedo. El fuego. Todo se repetía.

Adar permaneció inmóvil. No pensó en fechas ni en nombres. Solo ceniza, silencio y, algo que ya no podía repararse.

Cuando el pensamiento terminó de asentarse, no sintió duda. Tampoco miedo.

Ya no buscaba justicia.

Buscaba otra cosa.

— O —

Capítulo 4

Kurdos, sus únicos amigos, las montañas

El frío cayó sin aviso en el campamento. El viento arrastraba arena contra los muros improvisados y se filtraba por la ropa. Algunos hombres se habían reunido cerca de una fogata débil, protegida por piedras mal apiladas.

Adar permanecía un poco apartado, apoyado contra una casamata vieja, el fusil entre las manos.

Escuchaba.

—Al final es lo mismo —dijo uno, mirando el fuego—. Llegan, prometen… y se van.

Nadie respondió de inmediato.

—¿Y los otros? —preguntó alguien con una risa seca—. ¿Los que dicen que nos apoyan?

El silencio duró apenas un instante.

—Esos solo son amigos de lo suyo.

Alguien escupió hacia un lado. El fuego crujió.

—Los únicos amigos que tenemos… —murmuró otro— son las montañas.

Nadie lo discutió.

Adar levantó la mirada.

Más allá del campamento, la línea oscura del horizonte apenas se distinguía. El desierto y la noche se confundían en un mismo plano.

—Dicen que el Kurdistán no existe —dijo Adar, sin mirar a nadie.

Kiyan estaba cerca. No necesitó girarse para responder.

—Dicen muchas cosas.

—Dicen que somos apátridas en nuestra propia tierra. Quieren borrarnos.

Kiyan no respondió.

Las voces comenzaron a superponerse alrededor, unas cargadas de rabia, otras simplemente cansadas.

—Que lo intenten —dijo uno—. Aquí los estamos esperando.

Un murmullo recorrió al grupo. No era entusiasmo. Tampoco miedo.

Adar apretó el fusil entre las manos.

—Es absurdo —dijo—. Una palabra… y basta para matarnos.

Nadie lo contradijo.

El fuego siguió ardiendo, débil.

Adar volvió a mirar hacia el horizonte. Allí no había promesas. No había aliados. Solo tierra. Y silencio.

Los días pasaban sin dejar huella.

Adar cumplía. Se levantaba, avanzaba, disparaba. Dormía poco. Hablaba menos.

Durante los momentos de descanso se sentaba en cualquier parte y miraba hacia delante. No pensaba en nada concreto. El cuerpo seguía. Y eso bastaba.

Cuando comenzaba el combate, todo cambiaba.

El ruido de las detonaciones, el silbido de las balas y el movimiento preciso ocupaban todo el espacio. En esos momentos no había lugar para otra cosa: solo acción, solo

reacción. El cuerpo funcionaba sin preguntas, sin recuerdos, sin dolor. Fuera de eso, no había nada.

Una noche permaneció despierto más tiempo de lo habitual. No se movió. No cerró los ojos.

El viento levantaba el polvo del campamento. Las voces se escuchaban a lo lejos. Adar apoyó los codos sobre las rodillas.

Miró sus manos. No sintió rabia, ni tristeza, ni miedo. Solo una ausencia, como si algo se hubiera retirado.

Permaneció así largo rato. Sin moverse. Sin pensar. Hasta que el frío lo obligó a incorporarse.

Al día siguiente lo enviaron en comisión a territorio iraquí.

No preguntó por qué. No le interesaba.

En el campamento, algunos observaban:

El papel estaba en el suelo. Arrugado. Cubierto de polvo. Húmedo en los bordes.

Uno de los hombres lo recogió sin prestar demasiada atención. Iba a dejarlo a un lado cuando se detuvo.

Reconoció la letra.

—Es de Adar —dijo.

Nadie se movió. El silencio cayó entre ellos. El hombre dudó un instante antes de abrirlo. Lo hizo con cuidado, como si fuera a romperse.

—Voy a leerlo.

No pidió permiso. La voz le salió más baja de lo esperado. Comenzó a leer.

Ashti
—Un recuerdo perdido—
Un recuerdo que insiste,
aunque el tiempo lo empuje hacia el olvido.
Tu rostro se diluye poco a poco,
como polvo en el viento.
Intento retenerte.
No puedo.
Los días pasan
y se llevan lo poco que queda.
Aun así, algo en mí se niega a soltarte.
Como si en algún lugar
todavía me esperaras.

Cuando terminó, nadie habló. El viento pasó raudo entre las carpas del campamento.

Uno de los hombres siguió limpiando su fusil. Otro dejó caer la ceniza de su cigarrillo.

Nadie comentó nada.

El papel volvió a doblarse y desapareció en el bolsillo interior de una chaqueta, como si fuera otra cosa. Una herida.

—¿Por qué escribía eso? —preguntó alguien, en voz baja.

—Porque no podía decirlo de otra forma —respondió otro.

El silencio volvió.

***

—Para ellos no existimos —murmuró uno.

—Nunca hemos existido.

Alguien encendió un cigarrillo. Aspiró lento.

—Primero nos niegan —dijo otro—. Luego nos borran.

—Como si fuera tan fácil.

Un murmullo leve.

—¿Y los que dicen que nos apoyan?

Una risa seca.

—Esos... solo son amigos de lo suyo.

Nadie contradijo la frase.

Las llamas se movieron al paso de la brisa.

A cientos de kilómetros, la guerra seguía. Adar aún no regresaba. Todos lo sabían. Algo en él se había quebrado.

Y lo que quedaba... apenas comenzaba.

— O —

Capítulo 5
El origen de un viaje inesperado

En otro lugar, lejos de ese frente…

El monitor emitió un sonido continuo. Plano.

Bruce no reaccionó.

Se quedó mirando la línea verde detenida en la pantalla, como si fuera a moverse otra vez.

No lo hizo.

El médico dijo algo. No lo escuchó.

La miraba. Pensó, sin convicción, que quizá despertaría. Amanda Krizman era su esposa.

Alguien le tocó el hombro. Tampoco reaccionó.

Amanda yacía inmóvil. El rostro en paz. Demasiado en paz.

Bruce no lloró, no en ese momento.

***

Semanas después caminaba por Nueva York. El ruido seguía ahí. Taxis. Semáforos. Voces. Turistas.

—A veces el sentido de la vida se vuelve humo… —dijo—. Y uno no encuentra su centro.

El otro hombre asintió.

—A todos nos pasa.

Bruce no respondió.

Todo ocurría como detrás de un vidrio. Nada lo tocaba. Nada lo alcanzaba.

Respiraba porque el cuerpo seguía haciéndolo. Eso era todo.

***

Ocho meses después.

Islandia no fue una decisión. Fue una salida. Un encargo de trabajo. Un lugar lo suficientemente lejos.

Eso bastaba.

Camino a la inmigración, un aviso señalaba el destino: Reikiavik.

La primera noche caminó junto al mar. El aire era frío. Limpio. El océano se extendía como una lámina de acero.

Miró el horizonte. Más allá, el *Solfar* se alzaba frente al mar, inmóvil, con su silueta de acero recortándose contra la luz.

Y se detuvo.

El sol seguía ahí. Suspendido. Inmóvil. No terminaba de caer.

Bruce entrecerró los ojos.

No entendía. No lo necesitaba. Se quedó mirando, más tiempo del que habría considerado normal. Entonces pensó en la luz del atardecer. En esa hora en que el día se apaga sin hacer ruido.

Hay momentos en los que uno necesita precisamente eso. Que todo termine en silencio. Pero aquello no era una puesta de sol. Era otra cosa. Un día que no se iba. Como si la noche no tuviera permiso de llegar.

***

No estaba solo.

A unos metros, una mujer observaba lo mismo. No hablaba. No se movía. Solo miraba.

Bruce la vio.

No apartó la mirada de inmediato.

Había algo en la forma en que sostenía el silencio. Le resultó familiar.

La mujer se acercó sin hacer ruido. Se detuvo a su lado. No preguntó nada. Bruce no la miró. Siguió observando el horizonte.

Durante unos segundos compartieron la misma imagen. Permanecieron allí el tiempo suficiente como para no sentirse solos.

Solo entonces Bruce volvió ligeramente el rostro.

La vio de perfil, inmóvil, sostenida en el mismo silencio que él. No supo qué era, pero aquella imagen permaneció con él.

No dijo nada. Tampoco supo por qué no volvió a mirarla.

Aún no.

Dos días después volvió a verla. Esta vez en una oficina. Se la presentaron.

Dudó.

—Te vi en el puerto —dijo.

Ella lo miró.

No pareció sorprendida.

—El sol no se iba —respondió.

Bruce asintió.

—No.

Silencio.

—¿Primera vez en Islandia? —preguntó ella.

—Sí.

—Se nota.

Una leve sonrisa.

—Soy Tinna Ólafsdóttir.

—Bruce Merino.

No dijeron mucho más. No hacía falta.

El café vino después. Y la conversación. Primero temas empresariales. Negocios, temas profesionales.

Luego pasaron a trivialidades. Aficiones y pasiones.

Bruce escuchaba.

Ella hablaba de historia, de mapas, de viajes antiguos. No como una profesora. Como alguien que buscaba algo.

Bruce no hizo muchas preguntas. Pero no se retiró.

El nombre apareció días después, casi como una casualidad. Sin énfasis.

—Kurdistán.

Bruce levantó la mirada.

—¿Lo conoces?

—Lo suficiente —respondió.

Ella lo observó unos segundos.

—No es suficiente. No para mí.

Bruce no discutió.

El silencio volvió. Pero ya no era el mismo. No sabían aún hacia dónde los llevaría ese nombre.

Pero algo había empezado.

— O —

Capítulo 6
Turistas occidentales en el conflicto

Dos años después
Octubre de 2019
Capadocia, Turquía

Bruce encendió el televisor buscando algo familiar.

El turco se le escapaba. Cambió de canal varias veces hasta que encontró una voz conocida.

Inglés. Voz neutra. La BBC.

Se detuvo.

Imágenes fragmentadas: columnas de humo, mapas incompletos, declaraciones breves. Una ofensiva del ejército turco en la frontera sur.

Afrín. Después otro nombre: Kobane.

Bruce los observó sin reaccionar.

—Tinna… ¿te suenan?

Tinna tomó el teléfono. Deslizó la pantalla.

No habló de inmediato.

—Siria —dijo al fin—. Zona kurda.

Siguió leyendo unos segundos.

—Esto no es nuevo.

Bruce no respondió.

Apagó el sonido.

Desde la ventana del hotel, Göreme dormía en una calma casi irreal. Las luces eran escasas. Las formaciones rocosas apenas se recortaban contra la noche. Todo parecía en orden. Demasiado en orden.

Tinna se acercó y miró la pantalla.

—¿Está cerca?

Bruce buscó el teléfono de la habitación y llamó a recepción.

—Seiscientos setenta y siete kilómetros.

Tinna no apartó la vista.

—No es solo una noticia más.

Bruce no respondió.

No hacía falta. La guerra había entrado en la habitación.

A la mañana siguiente el cielo seguía limpio. Subieron al bus del tour junto a otros viajeros. Cámaras colgando del cuello. Sonrisas intactas. El paisaje era hermoso. Irreal.

En un cruce de carretera el vehículo se detuvo bruscamente. Un agente les indicó que esperaran.

Desde la derecha apareció la caravana. Transportes de tropas, vehículos blindados, tanques avanzando lentamente, cubiertos de polvo.

Nadie habló dentro del bus.

El motor seguía encendido.

Bruce miró a Tinna.

Ella no apartó la vista.

No era una exhibición. Ese despliegue iba a algún lugar. Cuando retomaron la marcha, algo había cambiado.

Seguían siendo turistas. Pero ya no del todo.

La belleza del paisaje empezaba a resultar incómoda, como un decorado que ocultara otra cosa.

Más tarde preguntaron al guía.

Respondió con frases cortas, sin énfasis.

Se llamaba Haydar Gülen. Dijo, casi de paso, que era de Antioquía. Cuando mencionaba el sur, bajaba ligeramente la voz.

Tinna lo notó.

—No habla como los demás —dijo después—. No cuando menciona su origen. Esa noche volvieron sobre el nombre. Antioquía. Antakya.

Leyeron y buscaron. Pero nada terminaba de encajar. No era solo una ciudad. Era algo más antiguo, más difícil de nombrar. Una ciudad disputada durante siglos, donde la historia parecía no haber dejado nunca de escribirse.

Al día siguiente volvieron a ver al guía.

Habló del clima. Del paisaje. De los horarios. No mencionó el sur.

Ellos tampoco. Pero ya no escuchaban igual.

—No somos turistas —dijo Tinna, en voz baja.

Bruce la miró.

Volvió a mirar la carretera. El polvo aún flotaba en el aire.

—No —respondió—. Ya no.

Esa noche, en la habitación del hotel, Bruce encendió el televisor. La señal tardó en estabilizarse. Imágenes borrosas. Luego una voz conocida. La BBC.

Se detuvo.

En la pantalla, un convoy avanzaba en medio del polvo. Vehículos militares. Filas ordenadas. Bandera limpia.

Se iban. La bandera estadounidense se alejaba entre el polvo.

Órdenes superiores.

Bruce no dijo nada.

Tinna se acercó.

Observó la pantalla unos segundos.

—¿Son ellos?

Bruce asintió.

No apartó la mirada.

Los vehículos continuaron avanzando hasta desaparecer. Nadie corría. Nadie disparaba. Nadie los detenía. Simplemente se iban.

Bruce tomó el control remoto. Bajó el volumen.

Desde la ventana, Göreme permanecía en silencio.

Demasiado en silencio.

— O —

Capítulo 7
El abandono

Octubre de 2019
Norte de Siria

Adar los vio partir desde la altura.

Primero aparecieron los transportes de tropas. Avanzaban levantando polvo sobre la tierra seca, en filas ordenadas, sin prisa. Detrás venían los vehículos blindados. Pesados. Cerrados. Avanzaban con una precisión que no dejaba espacio para la duda.

En los costados ondeaban las banderas. Demasiado limpias. Nadie dijo nada. Nadie los detuvo.

Los americanos se iban.

Sin mirar atrás.

Adar sostuvo el fusil sin moverlo.

Pensó en las operaciones conjuntas. En las instrucciones compartidas. En las promesas. Todo seguía en su lugar. Y, sin embargo, ya no significaba nada.

El último vehículo desapareció levantando una nube de polvo.

El silencio quedó ahí. Duró apenas unos segundos.

Nada más.

—Se van —dijo Jihan.

Adar no respondió.

El viento soplaba desde el norte. Frío. Cortante.

—Nos dejan solos.

Adar apretó el fusil.

—Siempre fue así.

Jihan lo miró.

Caminaba con una leve cojera. Apenas visible para quien no supiera dónde mirar.

—Nos usan —continuó—. Mientras les resultamos necesarios.

—Somos útiles

—Y después estorbamos.

Jihan dejó la frase suspendida.

—Después sobraremos —dijo Adar.

Jihan escupió a un lado.

—Hablan de aliados.

Adar no apartó la mirada.

—No lo son.

—Entonces, ¿qué somos?

El viento arrastró polvo entre las piedras.

Adar tardó en responder.

—Somos útiles.

Jihan asintió lentamente.

—Mientras servimos.

Adar no respondió.

—Y después estorbamos —murmuró Jihan.

Silencio.

—Dicen que comparten nuestros valores —añadió.

Adar negó levemente.

—Comparten intereses.

—Que cambian.
—Siempre cambian.
El horizonte permanecía vacío.
—Prometen —dijo Jihan.
—Siempre prometen —respondió Adar.
—Y luego se van.

Adar guardó silencio.
No era necesario responder.

—No es la primera vez —dijo Jihan.
Adar giró apenas el rostro.
—Nunca lo es.
Jihan observó el horizonte.
—Imperios distintos.
Adar siguió mirando hacia delante.
—El final siempre es el mismo.
Silencio.

—Ser útiles en la guerra —murmuró Jihan.
—Ser prescindibles en la paz —completó Adar.

El viento cambió de dirección. Arrastró consigo un olor seco, antiguo. Como si aquella escena ya hubiera ocurrido antes. Muchas veces.

—Por eso no confiamos —dijo Jihan.
Adar lo miró.
—No es desconfianza.
—¿Entonces qué es?
Adar tardó en responder.

—Memoria.

Silencio.

—La traición no siempre llega con disparos —añadió.

Jihan entrecerró los ojos.

—A veces llega cuando nadie regresa.

Adar asintió.

—O cuando se van… sin mirar atrás.

***

—¿Y esos otros… vendrán pronto? —preguntó Jihan.

Adar no apartó la mirada de la carretera.

—Vendrán.

—¿Cuándo?

—Cuando estemos solos.

El viento levantó otra vez polvo sobre la carretera vacía.

—Que lo intenten —dijo Adar.

No era una amenaza. Sonó como una certeza.

Desde la frontera, el silencio no duró mucho. El primer impacto llegó sin aviso. El suelo tembló. Luego otro. Y otro más. El aire se quebró con un sonido seco, repetido. Morteros.

Adar no se movió de inmediato. No lo necesitaba. Ya sabía lo que venía. Las fuerzas turcas avanzaban. Decían

que combatían terroristas. Pero las explosiones no distinguían. Caían sobre casas, caminos y tierra abierta.

Kobane volvía a arder.

—Empieza ahora —dijo Jihan.

Adar asintió.

No miró atrás.

A veces la guerra empieza cuando alguien se marcha.

El viento volvió a cambiar. Esta vez, no traía nada.

— O —

Capítulo 8
La frontera

La noche tardó en irse.

Bruce dio vueltas sobre la cama. Cambió la posición de la almohada más de una vez, como si el cansancio dependiera de un gesto mínimo. No lo hacía.

El sueño llegaba a intervalos breves y desaparecía antes de asentarse. Cada vez que cerraba los ojos regresaban las imágenes. El convoy. Los vehículos avanzando con lentitud. Los tanques. El polvo suspendido en el aire. Y, sobre ellos, la bandera roja, la media luna, la estrella.

Había visto conflictos antes. Noticias. Imágenes lejanas. Pero aquello era distinto. Más cercano. Más incómodo. Como si algo hubiera cambiado de lugar sin que él terminara de entender por qué.

Cuando abrió los ojos, la habitación aún estaba en penumbra. Tinna ya estaba despierta. El olor del café llenaba el espacio.

Bruce se incorporó lentamente.

El cuerpo le pesaba, pero no por el cansancio.

—No dormiste —dijo Tinna.

No lo preguntó.

Bruce negó apenas con la cabeza y se acercó a la ventana. Afuera, la luz comenzaba a extenderse sobre Capadocia. Las formaciones de roca emergían lentamente de la sombra, inmóviles, como si hubieran estado allí desde siempre.

Todo parecía intacto, quieto.

—Tú tampoco dormiste —respondió.

Tinna sostuvo la taza entre las manos unos segundos antes de dejarla sobre la mesa.

—No.

El silencio no resultó incómodo. Era otra cosa. Una forma compartida de reconocer que algo había cambiado.

Bruce apoyó una mano en el marco de la ventana.

—Podemos quedarnos —dijo, sin mucha convicción.

Tinna lo miró.

—También podemos acercarnos.

Bruce no respondió de inmediato.

—¿A dónde?

—Hacia el sur. No hasta la frontera. Lo suficiente.

Bruce bajó la mirada un instante.

—No somos periodistas.

—No.

—Ni investigadores.

—No todavía.

Hubo una leve sombra de ironía, pero no llegó a convertirse en sonrisa.

—No vamos a entenderlo desde aquí —añadió Tinna.

Bruce volvió a mirar hacia afuera. La claridad de la mañana no lograba borrar lo que había visto la noche anterior.

—¿Hasta dónde? —preguntó.

—Lo suficiente para dejar de imaginar.

Bruce respiró hondo. Luego asintió.

Salieron poco después.

La carretera se extendía limpia y abierta. Durante los primeros kilómetros, el paisaje conservó la belleza de los días anteriores: formas erosionadas, tonos ocres, una calma que parecía no pertenecer del todo al presente.

Pero algo empezó a cambiar. No de golpe, sino de forma gradual. Menos tráfico. Más silencio. Luego, la presencia esporádica de vehículos militares.

Un camión pasó en dirección contraria, cubierto de polvo. Luego otro. Ninguno se detuvo.

Bruce conducía sin hablar.

Tinna observaba el entorno con atención, como si tratara de registrar cada variación, cada señal mínima de que estaban entrando en otro territorio. No necesariamente geográfico.

—Cuando Amanda murió —dijo Bruce al cabo de un rato—, pensé que ya había entendido todo lo que había que entender sobre perder algo.

Tinna no respondió de inmediato.

—¿Y ahora? —preguntó.

Bruce dudó.

—Ahora no estoy tan seguro.

El motor siguió su ritmo constante.

—Hay cosas que uno cree lejanas —continuó—. Hasta que dejan de serlo.

Tinna asintió apenas.

—La distancia es una ilusión útil.

Bruce la miró un segundo, sin apartar del todo la atención de la carretera.

—Hasta que deja de serlo.

El primer control apareció sin previo aviso. Una barrera improvisada. Bloques de hormigón. Dos vehículos estacionados a un lado. Tres soldados bajo una sombra precaria.

Bruce redujo la velocidad.

Se detuvo.

Uno de los hombres se acercó. Era más joven de lo que Bruce había imaginado. El uniforme cubierto de polvo. El gesto atento. Contenido.

Bruce bajó la ventana.

El soldado habló en turco.

Bruce negó con suavidad.

—English?

El hombre dudó un instante. Luego hizo una pregunta breve, en un inglés fragmentado.

Bruce explicó lo necesario.

Turistas. Capadocia. Un recorrido hacia el sur. Mientras hablaba, fue consciente de lo frágil que sonaba todo eso.

El soldado miró a Tinna. Ella sostuvo la mirada. Pidió los documentos.

Los revisó con lentitud.

Dijo algo a otro de los hombres. Intercambiaron unas palabras.

El tiempo se alargó un poco más de lo normal.

Bruce sintió una presión leve en el pecho.

No miedo, todavía. La sensación de haber cruzado un límite invisible.

El segundo soldado devolvió los pasaportes.

—No south too much —dijo—. Military zone.
Bruce asintió.
—Understood.
La barrera se levantó. Avanzaron.
Durante unos minutos no hablaron.
—No le gustó vernos aquí —dijo Tinna.
—A nosotros tampoco nos gustaría, en su lugar.

Ella volvió la vista hacia el paisaje.
—Ya no estamos mirando desde fuera.
Bruce apretó el volante con un poco más de fuerza.
No respondió.

Más adelante, el paisaje se volvió más áspero: menos construcciones, más terreno abierto, más arena, más desierto. El silencio también pareció hacerse más amplio, como si absorbiera todo lo demás.

Luego apareció un letrero en turco:
Akçakale, provincia de Şanlıurfa.
Bruce lo leyó lentamente.
—La frontera con Siria.
Entonces llegó el primer sonido.
Leve. Distante.
Bruce frunció el ceño.
—¿Lo oyes? —preguntó Tinna.
Bruce asintió.
No era el viento. Las detonaciones llegaban amortiguadas por la distancia. Lejanas. Pero estaban ahí.

A la derecha, sobre una elevación baja, apareció una columna de humo. Bruce redujo la velocidad hasta detenerse. Apagó el motor.

El silencio que siguió fue distinto, más real.

Ambos permanecieron dentro del coche unos segundos. Luego Tinna abrió la puerta y bajó. Bruce la siguió. Permanecieron junto al coche, mirando la columna de humo. El aire era seco. El humo ascendía lentamente, sin prisa. No había sirenas. No había voces. Solo esa señal. Y, de vez en cuando, el eco lejano de otra detonación.

Bruce apoyó las manos sobre el techo del coche. No pensó en teorías. Ni en análisis. Pensó en lo evidente. Eso estaba ocurriendo ahora mismo.

—Esto es… —dijo, pero no terminó la frase.

Tinna lo miró.

—Sí —respondió—. Esto es.

Bruce cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, la columna de humo seguía ahí. Nada había cambiado.

Y, sin embargo, todo era distinto.

Regresaron al coche sin prisa. No avanzaron más, ya no hacía falta.

Bruce encendió el motor, pero permaneció inmóvil unos segundos. Miró una vez más hacia el horizonte. Luego hacia la carretera.

—No somos turistas —dijo Tinna.

Bruce mantuvo la vista al frente. La línea de asfalto se extendía sin ofrecer respuestas.

—No —respondió—. Ya no.

Y esta vez no hubo duda.

— O —

Capítulo 9
Una escaramuza en Kobane

Adar bebió un sorbo.
El líquido caliente le rozó la garganta.
Rojo.
El color lo golpeó primero.

Una imagen regresó sin aviso.
La tela empapada. El cuerpo de Ashti inmóvil sobre la tierra.
Dejó el vaso sobre la mesa con más fuerza de la necesaria. El vidrio vibró. Ajustó la correa del fusil sobre el hombro.
Apartó la imagen.
No ahora.

El primer impacto llegó sin aviso. Luego otro. Después, el ruido se volvió continuo. Explosiones. Disparos. Órdenes que se cruzaban sin terminar de entenderse. El aire se llenó de polvo y humo.

Adar avanzó. No pensó. El cuerpo respondió solo. Se lanzó al suelo cuando algo silbó junto a su cabeza. Demasiado cerca. Sintió la onda de una explosión en el pecho. El golpe seco. El aire contrayéndose y regresando de golpe.

Respiró. Siguió. No había espacio para otra cosa: solo movimiento. El polvo se levantaba con cada impacto,

los morteros caían sin ritmo. Uno. Luego otro, más cerca. Después ninguno durante unos segundos que parecían más largos de lo que eran.

A su lado, un hombre gritó. Un sonido breve, cortado. Adar giró la cabeza; el cuerpo seguía en pie, los ojos no. Abiertos, fijos, vacíos.

No necesitó comprobar nada. Siguió avanzando.

No había banderas americanas. En su lugar, telas negras ondeaban entre el humo. Gritos en otro idioma. Disparos desordenados.

Más atrás, sobre la línea alta del terreno, un movimiento contenido. Una bandera asomó entre el humo.

Roja. La reconoció. No necesitó verla completa. Sabía quién estaba detrás de esa línea.

Observaban.

No intervenían.

Aún no.

Adar cambió el ángulo. Había visto ese patrón antes. Los primeros avanzaban sin medir. Los otros aguardaban.

A su lado, dos combatientes se desplazaron hacia una cobertura más baja. Eran mujeres. No dudaban. Eso bastaba.

Al otro lado, algo vaciló. Un instante apenas. Suficiente.

Adar apoyó el fusil. El visor encuadró una figura. Respiró. Una vez. Otra.

El ruido alrededor no desapareció, pero dejó de importar.

Presionó el gatillo. El disparo lo empujó apenas hacia atrás.

La figura se quebró y desapareció del encuadre. No confirmó. No hacía falta.

Se desplazó un metro a la izquierda. Otro disparo impactó donde había estado segundos antes. El polvo saltó en una nube corta.

—¡Muévete! —gritó alguien detrás.

Adar avanzó en diagonal. Se dejó caer. Rodó. Volvió a encarar.

Respiró. El ritmo regresó.

Los morteros cambiaron de cadencia.

Más cerca. El suelo vibró. Pequeñas piedras cayeron sobre su espalda.

—¡Jihan!

—Aquí estoy.

Jihan se deslizó hasta la misma cobertura, con la respiración contenida y la mirada fija.

—Nos están fijando —dijo—. Van a intentar rodear.

Adar asintió.

Miró de reojo. Las dos combatientes habían ganado otra posición.

Una de ellas levantó la mano. Una señal corta.

Entendido.

Adar ajustó la mira. Disparó dos veces. Corto. Preciso.

El avance se detuvo lo suficiente.

—Ahora —dijo Jihan.

Se movieron al mismo tiempo. Tres metros. Luego otros cinco.

El aire volvió a cerrarse con otra detonación. El sonido se tragó todo durante un segundo.

Cuando regresó, lo hizo más duro, más cerca. A su izquierda, alguien cayó. No gritó. Solo se dobló sobre sí mismo y quedó inmóvil.

Adar lo vio un instante. Nada más.

Siguió. No había espacio para detenerse.

—¡Atrás! —llegó la orden.

Adar retrocedió dos pasos. Cubrió. Jihan hizo lo mismo.

Las líneas se reacomodaban. El fuego se volvió más concentrado, más controlado. El avance contrario perdió impulso. No terminó. Pero se frenó.

El ruido empezó a bajar.

No del todo.

Nunca lo hacía.

Quedaron detonaciones aisladas. Disparos sueltos.

El polvo tardó en asentarse.

Adar no se incorporó.

Se quedó donde estaba, con el fusil aún apoyado, respirando más despacio.

Miró alrededor.

Movimientos. Señales. Los que estaban, seguían. Los que no… ya no.

Jihan se dejó caer a su lado.

—Por ahora alcanza —dijo.

Adar no respondió.

Bajó el arma. Las manos le temblaron apenas. Luego se detuvieron.

Después llegó el silencio. No completo. Nunca lo era. Las armas quedaron inmóviles en las manos.

El polvo descendía lentamente.

A su lado, un cuerpo no se movía. Adar no lo miró. Se quedó quieto, con la respiración aún irregular, mientras el ruido se alejaba sin desaparecer del todo. Sabía que no había terminado.

Solo se había detenido, por ahora.

— O —

Capítulo 10
Borislav Draganov
Un suicida en potencia

8 de mayo de 2015

Borislav Draganov atravesó Turquía sin mirar demasiado el paisaje.

Viajaba en autobuses baratos, atravesaba estaciones húmedas y recorría carreteras interminables donde el polvo parecía adherirse a la piel.

Llevaba una mochila pequeña, dos mudas de ropa y una sensación persistente de vacío.

No huía de algo concreto. Huía de sí mismo.

Había salido de Bulgaria semanas atrás. Nadie intentó detenerlo. Nadie preguntó demasiado. Su ausencia no alteraba la vida de nadie.

A los veinticuatro años ya parecía un hombre derrotado antes de haber vivido realmente.

Era alto, desgarbado, de hombros caídos.

Caminaba como si el cuerpo le pesara más de lo normal. No sostenía la mirada de las personas; hablaba observando el suelo o sus propias sandalias cubiertas de polvo.

Parecía alguien acostumbrado a pedir disculpas por existir.

Sus padres, campesinos pobres de una región olvidada del sur de Bulgaria, nunca supieron quererlo. O quizá nunca aprendieron a querer a nadie.

Borislav creció escuchando las mismas palabras:

Inútil.

Parásito.
Fracasado.

Con los años dejó de discutirlas. Terminó creyéndolas.

La violencia no llegó primero en forma de golpes. Llegó como desprecio. Como humillación diaria. Como indiferencia.

Algunas formas de abandono deforman más profundamente que los golpes.

En internet descubrió otra cosa: la posibilidad de convertirse en alguien.

Los foros del Estado Islámico estaban llenos de promesas grandilocuentes. Heroísmo. Destino. Hermandad. Propósito.

Palabras enormes para hombres vacíos.

Borislav no entendía demasiado de religión, de política ni de historia.

Pero entendía perfectamente el resentimiento. Y también el deseo de desaparecer dejando alguna huella. Aunque fuera dejando destrucción detrás.

Desde territorio turco, cientos de combatientes extranjeros atravesaban las fronteras hacia Siria e Iraq.

Algunos llegaban desde Europa. Otros desde Asia Central o el norte de África.

Las autoridades miraban hacia otro lado demasiadas veces.

En ciertos corredores fronterizos, el tránsito parecía casi tolerado.

Borislav cruzó por el puesto cercano a Ibrahim Khalil.

Nadie hizo preguntas importantes ni revisó demasiado. Continuó hacia Mosul. Después hacia el norte de Siria.

El viaje fue más fácil de lo que había imaginado. Como si alguien necesitara hombres como él.

El campamento de entrenamiento del Dáesh olía a combustible, sudor y tierra húmeda. Las banderas negras colgaban inmóviles bajo el calor.

Allí conoció a Zyad Mossen. Los combatientes lo llamaban: —Cihat askere alma heyeti başkanı. —Cihat, presidente de la Junta de Reclutamiento de la Yihad.

Mossen observaba a los recién llegados con una mezcla de fanatismo y cálculo. No buscaba hombres valientes. Buscaba hombres útiles.

Y reconoció inmediatamente algo en Borislav.

Vacío.

Desprecio por sí mismo.

Un deseo silencioso de morir.

Mientras otros reclutas hablaban de gloria o martirio, Borislav permanecía callado. Miraba las armas, los explosivos o el suelo.

Mossen comprendió rápido qué clase de hombre tenía enfrente. No porque creyera profundamente en la causa. Sino porque ya no encontraba razones para seguir vivo.

—¿Has matado antes? —le preguntó Mossen una noche.

Borislav negó con la cabeza.

—¿Tendrías problema en hacerlo?

La respuesta tardó apenas unos segundos.

—No.

No había rabia en su voz. Ni pasión. Parecía un hombre apagado. Como si algo dentro de él hubiera dejado de funcionar muchos años atrás.

El entrenamiento comenzó el 21 de junio de 2015. Aprendió a desmontar fusiles. A colocar detonadores. A disparar contra siluetas humanas dibujadas sobre madera.

Nunca destacó especialmente, pero tampoco dudaba. Y eso bastaba.

Con el paso de las semanas comenzó a endurecerse.

O quizá simplemente dejó de fingir humanidad.

Se acostumbró al lenguaje de la violencia con rapidez inquietante. A las ejecuciones públicas. A las jaulas bajo el sol. A los cuerpos arrodillados esperando el cuchillo.

Observaba todo con una expresión vacía. No disfrutaba. Pero tampoco se perturbaba. Como si la crueldad hubiera encontrado un terreno ya devastado.

Algunos combatientes llegaban movidos por ideologías extremas. Otros por fanatismo religioso. Otros por dinero.

Borislav no pertenecía realmente a ninguno de esos grupos. Había llegado por otra razón: la necesidad de convertirse en alguien temible, porque nunca había sido otra cosa que insignificante.

Una tarde, mientras limpiaba un rifle junto a otros combatientes extranjeros, escuchó hablar por primera vez de Kobane.

Los kurdos resistían.

Las milicias del Estado Islámico preparaban nuevas ofensivas.

Uno de los hombres sonrió mostrando dientes amarillentos.

—Pronto entraremos allí.

Borislav no respondió.

Miró el arma sobre sus piernas.

Y por primera vez sintió algo parecido a propósito. Oscuro. Retorcido. Pero propósito al fin.

Una tarde, antes de partir hacia el frente, uno de los combatientes dejó un tubo metálico junto a él.

—RPG-7 —dijo—. Vas a necesitarlo.

Borislav observó el arma unos segundos. Pesaba más de lo que imaginaba. Pasó lentamente la mano sobre el tubo metálico.

No preguntó nada. Lo colocó junto a su fusil.

Afuera, el viento levantaba polvo sobre el campamento.

Kobane ya no parecía un nombre lejano.

Sin saberlo todavía, el camino que acababa de tomar terminaría cruzándose con el de Ashti Azadari.

Y también con su propia condena.

— O —

Capítulo 11
¡Ya vienen los demonios!

Un año antes
Año 2014
Mosul, Irak

El cielo estaba cerrado.

No había sol. No del todo.

Apenas una claridad opaca filtrándose entre el polvo suspendido, como si la mañana hubiera llegado sin verdadera convicción.

La ciudad parecía respirar con dificultad bajo aquella capa de humo y tierra removida.

Las casas de piedra resistían como podían: muros agrietados, puertas arrancadas, ventanas sin vidrio, techos vencidos donde todavía quedaban jirones de tela agitándose con el viento.

Mosul llevaba demasiado tiempo escuchando el mismo lenguaje. Disparos. Motores. Órdenes breves. Gritos.

Luego silencio. Luego, otra vez.

En ciertos barrios la vida había dejado de llamarse vida y se había convertido en una forma precaria de espera.

Los pobladores kurdos que aún permanecían allí —campesinos desplazados, familias enteras que habían huido del norte de Siria, ancianos que ya no tenían fuerzas para seguir corriendo— no pensaban en victorias ni en conquistas. Pensaban en comida. En agua. En llegar a la

noche sin perder a otro hijo, a otra hermana, a otro padre. Quedarse un día más era, en sí mismo, una forma de resistencia.

Los hombres vestidos de negro avanzaban por algunas calles sin la prisa de quien teme al tiempo. Conocían el poder del miedo. Sabían que muchas veces bastaba con hacerse ver. Aparecían en grupos pequeños, con las armas ceñidas al cuerpo, las miradas tensas, las voces bajas.

No gritaban más de lo necesario. Preferían que hablara el rumor que corría delante de ellos. Ese rumor antiguo y enfermo que llegaba antes que ellos.

Nadie miraba hacia el cielo. La respuesta no vendría de allí.

Llegó desde la tierra.

El vigía yihadista fue el primero en advertirlo.

Estaba apostado detrás del muro semiderruido de una casa abandonada, con el fusil apoyado contra la piedra y la vista fija en la línea de avance que se abría entre la polvareda.

Al principio no entendió qué estaba viendo.

Las siluetas se movían con rapidez, aprovechando los desniveles del terreno, las zanjas abiertas por explosiones previas, los restos de construcciones que servían de cobertura.

Entrecerró los ojos.

Volvió a mirar.

Y entonces retrocedió un paso.

—Ya vienen los demonios —dijo.

No gritó. No hizo falta.

—¡Huyan! Larguémonos a donde sea.

—¡pero ya!

Un combatiente recién llegado, que todavía no conocía los relatos que circulaban entre aquellas filas, asomó la cabeza por encima de un parapeto improvisado.

Miró hacia el frente.

Frunció el ceño.

—Pero… parecen mujeres.

La respuesta le llegó desde un costado, cargada no de burla, sino de una certeza casi supersticiosa.

—Precisamente por eso.

Nadie se detuvo a explicarle nada más.

No era necesario.

Entre los hombres del Estado Islámico circulaba desde hacía tiempo una convicción que nadie se atrevía a desafiar en voz alta: morir a manos de una mujer kurda no era simplemente morir. Era una deshonra espiritual. Un final sin paraíso.

Por eso, cuando las veían venir, el miedo no era táctico, era íntimo. Les nacía más abajo que el pensamiento. Más cerca del hueso.

—Retirada… —murmuró uno de ellos, con la garganta seca—. Con ellas no se juega.

No todos obedecieron de inmediato.

Algunos intentaron sostener la posición.

Otros dispararon al azar, más por reflejo que por decisión.

Pero la vacilación ya estaba sembrada.

Y en la guerra, una vacilación suele ser el principio de una derrota.

Las combatientes avanzaban sin teatralidad. No llegaban envueltas en el mito que el enemigo les había construido. No eran apariciones ni sombras del desierto. Eran mujeres armadas, entrenadas, exhaustas, concentradas en sobrevivir y en hacer retroceder a quienes habían convertido pueblos enteros en territorio del espanto. Sus uniformes eran sobrios. Las armas largas iban pegadas al cuerpo. Sus movimientos eran precisos, secos, nacidos de la práctica y de la necesidad. No desperdiciaban gestos. No se exponían más de lo justo.

Avanzar. Llegar. Romper la línea contraria.

Al frente marchaba Ashti Azadari.

Tenía veinte años.

Sin embargo, algo en ella todavía no terminaba de endurecerse.

El cabello recogido bajo una pañoleta con los colores kurdos. Los ojos color miel, atentos, vivos, templados por una edad que no coincidía con su juventud.

Había aprendido demasiado pronto que la guerra no espera a que nadie termine de crecer.

Avanzaba agachada, dando órdenes breves con una voz que no necesitaba alzarse para ser obedecida.

Cada pocos metros levantaba una mano, corregía una posición, indicaba una cobertura, medía con rapidez lo que el terreno ofrecía y lo que negaba.

No parecía actuar desde la rabia.

Tampoco desde el miedo.

Se movía desde una concentración más antigua, más honda, como si hubiera comprendido hacía tiempo que, en medio del combate, la emoción es un lujo que se paga caro.

Una detonación levantó polvo a pocos metros de su flanco izquierdo.

Nadie se desordenó.

Ashti siguió avanzando.

Al llegar al muro bajo de una casa semidestruida, se dejó caer detrás de la piedra y miró hacia atrás.

Tres de las suyas habían alcanzado posición. La cuarta aún venía a descubierto, corriendo con el torso inclinado y el fusil apretado contra el pecho.

—¡Ahora! —ordenó Ashti.

Cubrieron el avance al mismo tiempo.

Dos ráfagas cortas.

Un disparo aislado.

Luego la cuarta combatiente cayó al otro lado del muro, jadeando.

Ashti asintió una vez y volvió a mirar al frente.

A unos sesenta metros, los hombres vestidos de negro intentaban reagruparse entre las ruinas de un pequeño conjunto de casas.

Se movían con brusquedad, menos seguros que antes.

El rumor había hecho su trabajo. Ellas no necesitaban reforzarlo con nada. Les bastaba seguir allí, visibles, avanzando.

—Por la derecha —dijo una de las combatientes.

Ashti miró.

—Sí.

Había movimiento.

Un intento de rodearlas por una calle estrecha, medio oculta por el polvo.

—No dejen que crucen ese muro —respondió.

Su voz seguía siendo firme, pero no dura.

Había en ella una extraña mezcla de disciplina y calma, algo que en otra vida podría haber servido para llamar a cenar, para despertar a un niño, para pedir silencio en una habitación pequeña. La guerra no le había quitado del todo esa zona intacta. Solo la había enterrado bajo capas de necesidad.

Disparó.

El retroceso le golpeó el hombro.

Corrigió el ángulo y volvió a disparar.

Una figura se detuvo en seco, vaciló y cayó de costado entre los escombros.

Otra retrocedió arrastrándose.

La línea enemiga volvió a quebrarse.

A cierta distancia, uno de los hombres murmuró algo en voz baja, apenas moviendo los labios.

—Allahu akbar.

Luego apretó el arma y avanzó.

No apartaba la vista de aquellas mujeres.

Había combatido antes. Había visto hombres caer despedazados. Había aprendido a convivir con el miedo físico, el miedo que entra por el oído cuando silban las balas o por el pecho cuando la tierra vibra bajo los pies.

Pero esto era distinto. Sentía otra clase de espanto. Un espanto aprendido desde niño. Algo que no se decía en público, pero que todos conocían.

Miró a su alrededor.

Sus compañeros dudaban. Unos disparaban sin apuntar. Otros buscaban replegarse. Nadie parecía del todo dueño de sus movimientos.

Volvió a mirar hacia el frente.

Allí estaban ellas. Ni espectros ni leyendas. Mujeres de carne y hueso. Y justamente por eso el miedo resultaba peor.

—Nos van a matar —murmuró.

Nadie lo contradijo.

Ashti cambió de posición.

No avanzó por heroísmo. Lo hizo porque la lógica del combate lo exigía. Se deslizó por el borde de una tapia derrumbada, llegó a una abertura entre dos muros y desde allí obtuvo mejor ángulo de tiro.

Durante un segundo, el humo se abrió lo suficiente para que viera la calle completa:

Cuerpos tirados. Un perro huyendo pegado a una pared. Una bicicleta rota en mitad del polvo. Una puerta de metal moviéndose apenas con el temblor de los impactos.

La guerra nunca ocurría en abstracto. Siempre encontraba objetos. Siempre dejaba huellas en cosas pequeñas que no tenían ninguna culpa de estar allí.

Disparó otra vez. Luego otra.

A su derecha, una combatiente joven tragaba saliva con esfuerzo, intentando disimular el miedo.

Ashti lo notó.

Se acercó un poco, lo suficiente para tocarle el brazo.

—Respira —le dijo.

Solo eso.

No le habló de valentía. No le habló de la patria. No le habló de la historia. Le habló como se le habla a un cuerpo que todavía puede quebrarse.

La joven asintió. Volvió a acomodar el fusil.

Siguió.

En algún lugar, años atrás, antes de que aquella ciudad se convirtiera en un tablero de muerte, Ashti había reído con la cabeza echada hacia atrás mientras Adar le contaba algo que ya no recordaría nadie más.

Habían caminado junto a una pared de adobe, rozándose apenas las manos, sin decidirse del todo a entrelazarlas.

Habían compartido té, una fruta, cosas pequeñas que entonces parecían suficientes.

En aquel tiempo el futuro todavía se dejaba imaginar.

No era fácil. Pero existía. Ahora solo tenían el siguiente día. Y a veces ni eso.

Ashti rara vez pensaba en Adar durante el combate.

Había aprendido a separar el cuerpo que disparaba del cuerpo que amaba.

Si ambas cosas se mezclaban, la mente podía romperse.

Sin embargo, en los segundos breves entre una detonación y otra, entre una orden y la siguiente, la imagen de él regresaba a veces sin permiso:

Una mano limpiando el fusil. Una sonrisa rápida. El modo en que bajaba la voz cuando estaban solos. No pensaba en bodas. No pensaba en casas. No pensaba en hijos. Pensaba en volver a verlo. Solo eso.

El combate empezó a inclinarse poco a poco.

No fue una victoria limpia. No hubo un instante único que pudiera señalarse como el momento exacto del quiebre.

Fue una suma de vacilaciones enemigas, de pasos mal medidos, de posiciones perdidas, de una disciplina que terminó imponiéndose sobre el desorden.

Las combatientes kurdas avanzaron otros veinte metros.

Luego treinta.

El grupo contrario cedió. Primero retrocedieron dos. Después cuatro. Al final, la retirada se volvió visible.

—Se van —dijo una voz a espaldas de Ashti.

Ella no respondió.

Había aprendido a desconfiar del alivio prematuro.

Esperó. Observó.

Sí.

Se retiraban.

Ashti no sintió orgullo. Tampoco euforia. Solo una fatiga áspera que empezaba a ocuparle los brazos y la base del cuello.

Bajó el fusil unos centímetros.

Respiró.

El aire olía a pólvora, tierra removida y algo más antiguo, más triste: el olor de los lugares donde la vida ha tenido que hacerse a un lado.

A su alrededor, las otras se reagrupaban en silencio. Una de ellas tenía una herida leve en la frente. Otra cojeaba.

Nadie se quejaba. Ashti las miró una por una. Contó.

Faltaba una. Giró de inmediato.

La encontró detrás de una pared caída, consciente, apretándose el costado con ambas manos.

Fue hacia ella.

Se arrodilló.

La sangre se filtraba entre los dedos.

—No es profunda —dijo la herida, demasiado rápido.

Ashti no la contradijo.

Apartó con cuidado la mano empapada, evaluó la lesión, hizo presión con una tela arrancada del forro interior de su propia chaqueta y pidió ayuda sin levantar la voz.

Dos acudieron.

Entre las tres la arrastraron hasta una zona más protegida.

El combate se había alejado unos metros, pero no lo suficiente como para confiarse.

Aun así, esa breve tarea —contener la sangre, asegurar la respiración, sostener el cuerpo de otra mujer que seguía viva por un margen mínimo— les devolvió algo que ninguna bandera ni ningún discurso podía darles: Que esta no se muera.

Más tarde, cuando el fuego descendió casi por completo y solo quedaron disparos aislados a la distancia, Ashti se sentó sobre un bloque de piedra y limpió en silencio la tierra adherida al cargador.

Sus manos no temblaban. Eso, a veces, le preocupaba. No porque quisiera temblar, sino porque en ciertos días sentía que la costumbre estaba empezando a volverse demasiado profunda. Como si el cuerpo aceptara la guerra con una docilidad que el alma todavía no terminaba de comprender.

Una compañera se sentó a su lado. Le ofreció agua. Ashti bebió un sorbo. Luego otro.

Miró hacia la calle vacía.

En el fondo, detrás del humo que todavía no se disipaba, una pared conservaba restos de pintura azul. Un azul doméstico, antiguo, casi inocente. La clase de color que alguien elige para una habitación cuando cree que esa habitación tendrá una vida tranquila.

Ashti sostuvo la cantimplora entre las manos.

Pensó en Adar. Esta vez sí. No como una imagen fugaz, sino como una presencia entera. Lo imaginó en otra posición del frente, en otra aldea, quizá limpiando el fusil, quizá bebiendo té, quizá recordándola con la misma terquedad silenciosa con que ella lo recordaba a él.

No sonrió. Pero algo se ablandó apenas dentro de su pecho. Duró poco. Lo suficiente.

Luego la realidad volvió a cerrarse. Una detonación lejana. Un grito aislado. Un motor. La guerra, recordándoles que seguía allí.

Ashti dejó la cantimplora a un lado y se puso de pie.

—Nos movemos en cinco minutos —dijo.

La otra combatiente asintió. No preguntó a dónde. No importaba. En aquellos días casi ningún destino merecía nombre.

Al ponerse en marcha, una ráfaga de viento levantó el polvo de la calle y lo empujó contra sus uniformes.

Ashti entrecerró los ojos.

Por un momento, la ciudad entera pareció hecha de la misma sustancia que esa nube: ruina, desgaste, algo suspendido entre la permanencia y la desaparición.

Sin embargo, ellas seguían avanzando. Ashti no pensó nada de eso. Solo avanzó.

La calle se abrió frente a ellas. Y, por un instante, hasta el miedo pareció retroceder.

Sin embargo, aquel no sería el último frente…

— O —

Capítulo 12
Lo que no se puede ver

Bruce y Tinna regresaron antes de que cayera la noche.

No hablaron mucho durante el trayecto.

La carretera parecía la misma de la mañana, pero ya no lo era. O tal vez eran ellos los que habían cambiado. El paisaje seguía extendiéndose con la misma calma engañosa, las mismas formas de piedra, la misma luz deshaciéndose lentamente sobre el horizonte.

Pero algo había dejado de encajar.

Bruce conducía sin prisa.

No había necesidad de acelerar.

Tinna miraba hacia afuera, pero no parecía estar viendo el paisaje.

Cada tanto, uno de los dos parecía dispuesto a decir algo, pero desistía antes de hacerlo.

El silencio ya decía suficiente.

Llegaron al hotel cuando las primeras luces comenzaban a encenderse en Göreme.

El lugar conservaba su apariencia tranquila.

Turistas caminando sin urgencia. Conversaciones bajas en distintos idiomas. El sonido de platos y copas en el restaurante del primer nivel. Todo parecía en orden. Demasiado en orden.

Bruce cruzó el vestíbulo sin detenerse.

El hombre de recepción levantó la vista y sonrió, como si nada hubiera ocurrido más allá de ese valle.

—¿Buen día?

Bruce dudó un segundo.

—Sí —respondió al final.

No era mentira.

Pero tampoco era verdad.

Mientras se dirigía hacia la escalera, pensó en la distancia.

Seiscientos setenta kilómetros. No era cerca. Pero tampoco era otra guerra. Era la misma guerra extendiéndose más allá de lo visible.

Subieron a la habitación sin hablar. Tinna dejó la chaqueta sobre una silla. El polvo se desprendió en una nube leve.

Bruce lo observó.

—Aún está ahí —dijo.

Tinna miró la tela.

Asintió.

—No se va tan fácil.

Bruce fue hasta el baño, abrió la llave y se mojó las manos.

Se quedó un momento con el agua corriendo, sin hacer nada más. Luego se miró en el espejo. No había cambiado nada. Pero algo seguía fuera de lugar.

Regresó a la habitación.

Tinna había preparado café. Le tendió una taza. Bruce la sostuvo entre las manos sin beber de inmediato.

El calor le resultó extraño.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella.
Bruce tardó en responder.
—En lo fácil que es no ver.
Tinna lo observó en silencio.
—Y en lo difícil que resulta dejar de ver una vez que ya lo hiciste.
Tinna asintió.
—Eso no se deshace.
Bruce apoyó la taza sobre la mesa.
—No era una noticia.
—Ni una imagen.
Bruce la miró.
—Era real.
Tinna no respondió de inmediato.
—Lo es —dijo al fin.

Bruce dudó un instante.
—No es solo Siria —dijo.
Tinna levantó la mirada.
—No.
—Ni Irak.
Tinna negó suavemente.
—No.
Bruce frunció el ceño.
—Entonces… ¿qué es?
Tinna tardó en responder.
Miró hacia la ventana antes de hacerlo.
—Es más antiguo.
Bruce no dijo nada.
—Mucho más —añadió ella.

El silencio que siguió no fue vacío. Fue incómodo.

Como si ambos supieran que estaban tocando algo que no terminaban de comprender. Se sentaron frente a la ventana. Tinna miró el horizonte oscuro. No apartó la vista.

Al principio, Bruce no lo notó. Fue un sonido leve. Contenido. Se volvió hacia ella. Las lágrimas caían sin ruido.

No hizo preguntas. Se acercó. La abrazó. Ella no se resistió. No dijo nada. Él tampoco.

Afuera, la noche había terminado de instalarse. Algunas luces dispersas marcaban la silueta del pueblo. Todo parecía suspendido en una calma ajena a lo que ocurría más allá de ese punto.

Bruce apoyó los codos sobre la mesa, las palmas hacia arriba.

—No encaja —dijo.

Tinna lo miró.

—Nada de esto encaja.

Ella se recostó en la silla.

—Porque no empezó ahora.

Bruce levantó la mirada.

—¿Entonces cuándo?

Tinna negó apenas.

—No lo sé con exactitud.

—Pero sé que lleva demasiado tiempo.

Bruce pensó en el guía. En la forma en que bajaba la voz. En las respuestas incompletas. En las cosas que nadie decía del todo.

—Como si nadie quisiera nombrarlo completo.
Tinna sostuvo su mirada.
—O como si nombrarlo fuera el problema.

Bruce volvió a tomar la taza. Bebió un sorbo. El café estaba amargo. No hizo gesto.

—¿Y ellos? —preguntó.
Tinna no necesitó más.
—¿Los kurdos?
Bruce asintió.
Tinna miró hacia la ventana.
—Están ahí.
—En todas partes.
Bruce frunció el ceño.
—Eso no tiene sentido.
Tinna volvió la mirada hacia él.
—Eso es justamente lo que ocurre.
—Están en todas partes… pero no pertenecen a ninguna.
El silencio que siguió fue distinto, más denso, más difícil de atravesar.
Bruce apoyó la taza sobre la mesa.
—Podríamos irnos —dijo.
Tinna no apartó la vista de la ventana.
—Podríamos.
Hubo una pausa.
—Pero no lo vamos a hacer —añadió.
Bruce dejó escapar el aire lentamente.
No era una pregunta.
—No —dijo.

El silencio volvió a instalarse entre ellos. Pero ya no era el mismo. Entre ambos empezaba a instalarse una decisión que todavía no se decía en voz alta.

Bruce volvió a tomar la taza.

La sostuvo un instante.

—Esto no va a quedarse aquí —dijo.

Tinna lo miró.

—No.

—Va a seguir.

—Sí.

Bruce asintió apenas.

—Entonces tendremos que seguir también.

Tinna no sonrió.

Pero en su mirada apareció algo distinto. Más firme.

—Sí —dijo—. Tendremos que hacerlo.

Afuera, el viento comenzó a moverse entre las formaciones de roca. Un sonido leve. Casi imperceptible.

Bruce se quedó mirando la oscuridad. Pensó en el humo. En las detonaciones. En la forma en que todo eso había entrado en su vida sin pedir permiso. Comprendió que aquello ya no era simple curiosidad. Era otra cosa. Más cercana. Más difícil de ignorar.

Dejó la taza sobre la mesa.

—No somos turistas —dijo.

Tinna lo sostuvo con la mirada.

—No —respondió—. Ya no.

— O —

Capítulo 13
La historia detrás del conflicto

Tiempo atrás, cuando todavía había espacio para respirar, Adar conversaba con Kiyan.

La noche había caído sin ruido.

El campamento permanecía en una calma engañosa.

A lo lejos, una luz intermitente marcaba la posición de otro puesto.

Nada más.

—Todos contra todos —dijo Adar.

No levantó la voz.

Kiyan acomodó el fusil junto a la pared antes de responder.

—No siempre fue así.

—No —admitió Adar—. Pero ahora sí.

Kiyan encendió un cigarrillo.

El resplandor iluminó su rostro apenas un instante.

—Las alianzas cambian —dijo—. Lo que hoy sirve, mañana estorba.

Adar miró hacia la oscuridad.

—¿Y nosotros qué somos?

Kiyan exhaló el humo lentamente.

—Útiles.

Silencio.

—Hasta que dejemos de servir —añadió—. Entonces volveremos a desaparecer.

Adar no respondió.

El viento nuevamente arrastró polvo entre las tiendas.

—Prometen —continuó Kiyan—. Siempre prometen.

—Y siempre se van —dijo Adar.

—Siempre.

El silencio volvió.

No era incómodo.

Era conocido.

—Dicen que luchan por algo —añadió Adar.

—Todos dicen eso.

—¿Y es verdad?

Kiyan tardó en responder.

Miró el cigarrillo consumirse entre sus dedos.

—Depende de para quién.

A lo lejos se escuchó una detonación seca.

Ninguno se movió.

—La religión —dijo Adar—. También la usan.

—La necesitan —corrigió Kiyan.

Adar giró ligeramente la cabeza.

—¿Para qué?

Kiyan se encogió de hombros.

—Para que alguien más pelee su guerra.

Silencio.

—¿Y nosotros? —preguntó Adar.

Kiyan lo miró por primera vez.

—Nosotros ya estamos en ella.

En otras partes del campamento se escuchaban conversaciones parecidas.

Nadie debatía realmente.

—El problema no es quién dispara —decía uno.

—Es quién decide desde lejos. Y quién nunca aparece.

Nadie respondió. No hacía falta.

Adar escuchaba sin intervenir. No esperaba respuestas.

—¿Y mientras tanto? —preguntó finalmente.

Alguien respondió desde la penumbra:

—Resistir.

Nada más.

***

A cientos de kilómetros de allí, Bruce Merino y Tinna Ólafsdóttir avanzaban por un terreno distinto.

Las preguntas se acumulaban.

Cada respuesta abría nuevas preguntas.

El conflicto no terminaba en una frontera. Ni en una fecha. Ni en un nombre.

Bruce observó el mapa abierto en la pantalla.

—No encaja —dijo.

—¿Qué cosa? —preguntó Tinna.

Bruce tardó un instante en responder.

—Todo.

—Los kurdos están repartidos entre cuatro países.

—Todos hablan de ellos.

—Todos los usan.

—Y nadie parece querer que existan realmente.

Tinna no levantó la vista de la pantalla.

—No tiene por qué encajar.

Bruce guardó silencio.

—Entonces… —empezó.

—Entonces no es una historia —dijo ella—.
—Es muchas.
Bruce asintió.
No parecía una conclusión.
Parecía el inicio de algo más complejo.

Con el paso de las semanas, el director de un diario en Madrid se interesó por su trabajo.

Les propuso formalizar lo que ya estaban haciendo. No como curiosidad sino como investigación.

Aceptaron.

Durante los meses siguientes reunieron informes, mapas, documentos y testimonios. Cuanto más leían, más comprendían que ninguna respuesta era sencilla.

***

Meses más tarde...

Bruce dejó el documento sobre la mesa. No era el primero. Pero sí el primero que le incomodaba.

Tinna seguía leyendo. Pasaba las páginas sin prisa.

—Empieza siempre igual —dijo ella.

Bruce no respondió.

—"Los kurdos: un pueblo sin patria…"

Levantó la mirada.

—Como si fuera una frase neutra.

Bruce apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Y no lo es?

Tinna negó lentamente.

—No cuando lleva cien años repitiéndose.

El documento hablaba de un territorio que no aparecía en los mapas oficiales. Kurdistán. Una palabra extendida sobre cuatro países. Turquía, Irán, Irak, Siria. Nombres distintos para una misma fractura.

—Aquí —dijo Tinna, señalando una línea.

Bruce se inclinó.

"1918".

—Después de la guerra —añadió ella.

Bruce dejó escapar el aire lentamente.

—Siempre después de una guerra.

Las páginas avanzaban. Tratados. Firmas. Nombres lejanos.

—Aquí está —dijo Tinna.

Bruce leyó en silencio.

Un acuerdo —Sèvres— que alguna vez contempló un territorio kurdo.

Otro —Lausana— que lo borró.

—Les prometieron un territorio —murmuró.

—Y luego lo desaparecieron —respondió ella.

Ninguno comentó nada más.

—"Extranjeros en su propia tierra…" —leyó Tinna.

Se detuvo.

—Eso es brutal.

Bruce negó levemente.

—No es una frase.

Pausa.

—Es una condición.

El informe cambiaba de tono sin avisar. De la historia pasaba al presente. Turquía. Estados Unidos. Rusia. Intereses cruzados. Alianzas temporales.

Bruce pasó lentamente una página.

—Todos están —dijo.

—Todos menos ellos —respondió Tinna.

Silencio.

—O están… pero nadie les pregunta.

Bruce apoyó la mirada sobre el documento. No parecía un informe académico, parecía una disección.

Había un párrafo subrayado. No por ellos. Por alguien más: "Las decisiones se toman lejos del territorio afectado."

Bruce lo leyó dos veces.

—Eso explica casi todo.

Tinna negó apenas.

—O ninguna cosa realmente.

Bruce la miró.

—¿Cómo así?

Tinna cerró parcialmente el documento.

—Porque todos creen entender este conflicto desde lejos.

Pausa.

—Y desde lejos todo parece más simple.

Bruce guardó silencio.

Sabía que tenía razón.

Más adelante, el informe hablaba de ideologías. Corrientes internas. Disputas políticas. Modelos distintos de organización.

Bruce terminó cerrando el documento.

—Eso ya no es lo importante.

Tinna levantó la vista.

—¿No?

Bruce negó lentamente.

—No para ellos.

Pausa.

—Para ellos lo importante es no desaparecer.

El silencio volvió a instalarse.

No era cómodo.

Pero tampoco nuevo.

Bruce apoyó la mano sobre el documento.

—Esto no es un informe.

Tinna lo miró.

—¿Qué es entonces?

Bruce tardó en responder.

—Una historia que nadie terminó de contar.

Tinna sostuvo su mirada unos segundos.

—O que demasiados prefirieron dejar incompleta.

Bruce volvió a mirar las páginas esparcidas sobre la mesa. Tratados. Fronteras. Firmas. Promesas.

Todo parecía escrito con la misma tinta fría con la que el mundo acostumbra a decidir el destino de otros.

Afuera, el viento golpeó suavemente la ventana.

Bruce permaneció inmóvil.

Cada vez entendía mejor una cosa: había pueblos condenados a sobrevivir incluso cuando la historia parecía escrita en su contra. Y los kurdos llevaban demasiado tiempo haciéndolo.

— O —

Capítulo 14
¿Exterminar al pueblo kurdo?

Kiyan y Adar no recordaban aquel día. Eran demasiado pequeños. Pero ambos nacieron y crecieron allí.

Halabja, Irak.
16 de marzo de 1988.
Aquel día Adar no estaba en Halabja. Tenía apenas un año y permanecía en Solimania junto a su madre. Ochenta kilómetros bastaron para salvarle la vida.

Kiyan tampoco. Su familia había salido temprano hacia una finca, en unas colinas cercanas. Desde allí vieron los aviones. Eran demasiados para un lugar tan pequeño. Al principio pensaron que se trataba de otro bombardeo. Nada distinto de lo que ya conocían. Pero no era un bombardeo.

Años después, Kiyan repetía lo que su padre le había contado.
—Primero llegaron los aviones. Después las explosiones. Luego el silencio. Un silencio extraño. De esos que dejan a la gente inmóvil, sin saber hacia dónde correr.
Su padre decía que entonces el aire cambió. Que empezó a oler distinto. No era pólvora. No era humo. Era otra cosa.

Desde la distancia vio a la gente salir de sus casas. Algunos corrían. Otros se detenían. Después comenzaron

a toser. A doblarse. A caer. El enemigo no se veía. El aire se había vuelto enemigo.

Su padre recordaba siempre la misma imagen.

Un hombre tendido en el suelo. Un niño todavía entre sus brazos. Como si hubiera intentado protegerlo hasta el último instante. Ambos inmóviles. Sin sangre. Sin ruido.

—La muerte no siempre deja heridas —decía—. A veces solo deja cuerpos quietos.

Mucho tiempo después comenzaron a aparecer los primeros testimonios de quienes lograron sobrevivir.

Brîska Khalaf fue una de las sobrevivientes. Recordaba haber escuchado los aviones. Pensó que sería otro ataque. Luego descendió una niebla pegada al suelo. El olor era extraño. Algunos lo describieron como manzana podrida mezclada con ajo.

Brîska comenzó a toser. Sintió que el pecho se cerraba. Los ojos empezaron a arderle.

Su hija salió detrás de ella. Bastó una sola bocanada.

Cayó.

El aire ya no podía sostenerse dentro del cuerpo. Minutos después, ambas yacían en el suelo.

Brîska logró sobrevivir de milagro. Su hija no.

Con los años, Halabja dejó de ser un lugar. Se convirtió en una advertencia. Los ancianos no lo contaban para alimentar odio. Lo contaban para recordar.

Adar escuchaba en silencio. Sabía que no era un hecho aislado. Era parte de algo que venía de mucho antes.

Décadas después, Bruce y Tinna leyeron los informes. Se sustentaban en documentos, testimonios y versiones oficiales. Nada cambiaba lo esencial.

Bruce cerró la carpeta.

—No fue un accidente.

Tinna no respondió de inmediato.

—No —dijo finalmente.

—Fue una decisión.

—Un mensaje —añadió.

Bruce asintió.

No hacía falta decir más.

Desde entonces, Halabja dejó de ser un punto en el mapa. Se convirtió en una herida.

Años después, en medio de otros combates, Adar recordaba lo que había escuchado.

—Dicen que fueron miles —murmuró alguien una noche. Que fueron más de cinco mil.

Nadie respondió.

El viento avanzaba entre las tiendas del campamento, levantando polvo y ceniza.

Adar permaneció inmóvil.

Pensó en Halabja. En los cuerpos sin heridas. En la gente cayendo sin entender qué respiraba.

Y comprendió que, en aquella tierra, incluso el aire podía convertirse en enemigo.

— O —

Capítulo 15
Halabja: Después del silencio

Si en la memoria de los kurdos el aire se volvió enemigo, hubo quienes caminaron entre los cuerpos y vieron el horror de cerca.

16 de marzo de 1988

Antes del amanecer Arash Khorazani salió de Halabja.

Había visto suficientes bombardeos como para reconocer sus señales.

Aquella madrugada no parecía distinta. Horas después, ya en territorio iraní, recibió la comunicación por radio.

La voz de Michel Leclercq no era la de siempre.

No gritaba. No urgía. Solo decía con voz quebrada:

—Mierda… un verdadero genocidio…

—Gas químico.

Arash no pidió confirmaciones. Emprendió el regreso.

17 de marzo de 1988

A las 6:15 de la mañana volvió a entrar en la ciudad.

El silencio fue lo primero. No había disparos. No había fuego. No había nada que se pareciera a la guerra.

Los cuerpos estaban donde la vida se había detenido. En puertas, calles, patios, junto a bicicletas... Sin sangre, sin heridas visibles. Muchos parecían dormidos, pero no respiraban... El aire había hecho su trabajo.

Michel caminaba sin hablar. Ahmad llevaba la cámara colgada. Tardó varios segundos en levantarla. Nadie quería mirar demasiado tiempo. Pero era necesario.

En uno de los encuadres apareció un hombre tendido boca abajo. Protegía a un bebé con su cuerpo. Ambos inmóviles.

Ahmad dudó apenas un instante.

Luego disparó.

La imagen no acusaba. No explicaba. Solo mostraba.

Y eso bastó.

Más tarde, Michel escribiría que Halabja parecía una ciudad congelada. Detenida en medio de algo irreal.

Arash dejó de tomar notas.

Por primera vez, no sabía qué decir.

Décadas después, Bruce Merino releía aquellos informes.

El té de granada se enfriaba en su taza.

Las cifras estaban ahí, ordenadas y precisas: miles de muertos, miles de heridos, nombres, fechas, responsables.

Pero nada de eso lograba devolverle vida a lo ocurrido.

—No fue un error —dijo Bruce.

Tinna levantó la vista.

—No.

Bruce pasó una página.

—Firmaron la sentencia.

Hubo una pausa.

Tinna permaneció en silencio.

—Años después, Saddam Hussein fue condenado —dijo Bruce.

Bruce cerró el informe con cuidado.

—Pero eso no devolvió la vida a nadie.

Ninguno dijo más.

El documento hablaba de condenas. De sentencias. De responsabilidades tardías. De una palabra que llegó cuando ya no podía salvar a nadie.

Genocidio.

Bruce cerró el informe con cuidado.

—Dijeron que fue justicia.

Tinna lo miró.

—¿Y lo fue?

Bruce pensó en la imagen.

El hombre. El niño. El cuerpo protegiendo otro cuerpo cuando ya no quedaba nada por proteger.

—No lo sé —respondió.

Tinna bajó la mirada.

—Las sentencias no devuelven el aire.

Años después, durante el aniversario, los habitantes de Halabja volvieron al cementerio.

No hubo discursos inflamados. Solo nombres. Uno tras otro. Nombrarlos parecía la única forma de impedir que desaparecieran del todo.

Bruce se sirvió otra taza de té.

Esta vez la sostuvo entre las manos sin beber.

—Esto no termina ahí —dijo.

Tinna lo miró.

—¿Dónde sigue?

Bruce pasó algunas páginas más.

El conflicto seguía extendiéndose hacia otros nombres. Otros pueblos. Otras heridas.

—Irán… Armenia… Turquía… Siria.

Hizo una Pausa.

—Distintos nombres.

—El mismo conflicto —dijo ella.

Bruce asintió.

—Atentados. Muertos. Represalias.

—De un lado y del otro.

El silencio volvió. No era cómodo. Pero tampoco nuevo.

Tinna apoyó la mirada en la ventana.

—La sangre tiene el mismo color —dijo.

Bruce la miró.

—Y las lágrimas…

—El mismo sabor —terminó ella.

Bruce apoyó la mano sobre el informe. Pensó en Adar. En los hombres que crecieron escuchando aquella historia.

En una tierra así, olvidar podía ser más peligroso que recordar.

— O —

Capítulo 16
Un atentado en Gaziantep

«Señor, las tristezas no se hicieron
para las bestias, sino para los hombres;
pero si los hombres las sienten demasiado,
se vuelven bestias»
Sancho Panza.
—Miguel de Cervantes

Últimos días del verano de 2015
Gaziantep, Turquía

El calor ya era insoportable cuando el sol terminó de imponerse sobre el mercado. El aire parecía detenido. Espeso. Saturado de comino, canela y sudor. Las sombras eran breves. Insuficientes. La gente avanzaba despacio, buscando un poco de sombra junto a las paredes de piedra. Las mujeres caminaban con los ojos entrecerrados. Los hombres negociaban sin prisa.

El mundo seguía. Como si nada fuera a cambiar.

Ahmed Gülen llevaba más de cuarenta minutos arrodillado sobre el empedrado. El sudor le corría por la espalda y se acumulaba bajo el casco. No se movía. No podía permitirse errores.

Frente a él, el artefacto.

No pensaba en política ni en banderas.

Solo pensaba en los cables. Azul, rojo, amarillo, verde. Nada más.

El mecanismo no emitía sonido alguno. Pero en su cabeza cada segundo caía como un golpe.

Alrededor, el mercado seguía respirando. Un niño lloraba. Una balanza golpeaba metal contra metal. Alguien discutía el precio de las naranjas. Era la vida. Demasiada vida para ese lugar.

Si fallaba, no habría advertencia.
Solo un fogonazo de luz.
Luego silencio.

Por un instante recordó a su madre.

El té caliente en una taza desportillada. La mesa pequeña. El gesto de servir sin decir nada. Volvió al presente.

El último cable. Dudó una fracción de segundo. No más.

Cortó…

Nada ocurrió. Solo el clic seco de la pinza.
El silencio. Un silencio distinto.

Ahmed cayó de espaldas. Respiró como quien vuelve del fondo del agua. El casco golpeó suavemente contra la piedra. No cerró los ojos. No todavía.

Se llamaba Ahmed Gülen. Capitán del ejército turco. Especialista en desactivación de explosivos. Siempre era el

primero en arrodillarse. El primero en enfrentar lo que otros evitaban.

Aquel año había sido largo. Demasiado largo. Explosiones en Ankara. Ataques, represalias, discursos, promesas.

Y en medio de todo eso… cuerpos.

Ahmed sabía que, del otro lado, quienes colocaban las bombas no se veían como asesinos. Se veían como soldados.

Pero mientras observaba a una anciana recoger naranjas del suelo, ninguna explicación le resultaba suficiente. Salvar vidas no resolvía nada. Pero todavía le permitía dormir algunas noches.

El perímetro se abrió lentamente. La gente comenzó a retirarse. Sin gritos, sin carreras. Como si hubieran estado demasiado cerca de algo que no debía ser visto.

Ahmed se sentó contra la pared caliente. Las manos le temblaban apenas.

—Hoy no —murmuró.

No sabía cuántos "hoy no" le quedaban. Sacó el teléfono.

Lo sostuvo unos segundos. Había un nombre en la pantalla. Halil Demirci.

Lo observó largo rato. No llamó.

Guardó el teléfono.

A pocos kilómetros, cuatro hombres caminaban en direcciones distintas. No corrían, no se miraban, no hablaban.

Adar Danagarin avanzaba con el rostro cubierto. Caminaba como si el cuerpo funcionara por separado. Había aprendido a dejar sus emociones para después. A no sentir en el momento equivocado. Pensaba en su pueblo. En los nombres. En las historias que no terminaban.

A lo lejos comenzaron a escucharse las primeras sirenas. Adar siguió caminando sin volver la cabeza. Había aprendido que, en una guerra como aquella, el dolor rara vez distinguía uniformes. Pensó en Ashti. Ella siempre decía que las primeras víctimas eran quienes nunca habían elegido combatir. Bajó la mirada y continuó avanzando entre la multitud.

Sabía que algo había salido mal. Lo intuía. Pero no se detuvo. En ciertos lugares, detenerse demasiado puede matarte.

Días después, Gaziantep había recuperado su ritmo. Pero no del todo. Siempre quedaba algo. Un vacío. Una pausa en el aire.

Halil Demirci y su esposa Damla Üçbaşaran llegaron sin buscar nada en particular. Un paso más en el viaje. Nada más. Se sentaron en una cafetería. El café turco humeaba. Halil lo removía sin beber.

Damla observaba el entorno.

—Aquí pasó algo —dijo.

Halil no respondió de inmediato.

—Algo que no terminó de pasar —añadió ella.

Halil dejó de mover la taza.

Miró alrededor. Demasiada calma.

—Sí —dijo finalmente.

Hablaron con comerciantes. Con un policía. Con un vendedor que ya no abría su local todos los días. Todos decían algo. Nadie decía todo.

—No es solo miedo —dijo Halil.

Damla negó.

—Es cansancio.

Pausa.

—Cansancio de ser escenario.

Halil asintió en silencio.

Pensó en algo.

No lo dijo.

***

En el hotel, Bruce revisaba las notas sin encontrar una conclusión cómoda.

El segundo informe comenzaba a tomar forma.

—Para Washington, el problema es ISIS —dijo.

—Para Ankara, el problema son los kurdos —respondió Tinna.

—Y cuando los problemas no coinciden…

Bruce no terminó la frase.

—Las víctimas sí —dijo ella.

Silencio.

Bruce cerró el cuaderno.

***

En Gaziantep no había explotado ninguna bomba.

Pero algo había quedado expuesto.

Una grieta difícil de cerrar, entre quien mata… y quien termina creyendo que debe hacerlo.

Halil miró la pantalla del teléfono: Ahmed Gülen
El mismo número. Marcó de nuevo.
Esperó. Nada.
Cortó. No insistió.
Guardó el teléfono.

— O —

Capítulo 17
Una amorosa familia turca

Halil Demirci creció en una casa donde cada cosa ocupaba su lugar. No por rigidez. Por equilibrio.

Su padre salía temprano y regresaba tarde, sin quejarse. Su madre sostenía la casa con una precisión que no necesitaba palabras. No hablaban de política. No discutían ideologías. Creían en algo más simple: trabajo, disciplina, esfuerzo.

Halil no aprendió eso en discursos. Lo vio. Y lo entendió. Desde niño comprendió que las cosas, cuando se descuidan, se deterioran. Que alguien debe hacerse responsable de mantenerlas en pie. No era una idea impuesta. Era una forma de mirar el mundo.

En el colegio no era el más ruidoso ni el más carismático. Pero era constante. Los números le resultaban naturales. No repetía fórmulas: las comprendía. Podía pasar horas frente a un problema sin perder la concentración. Había en él una calma poco común. Una forma silenciosa de sostenerse.

En el estadio del Galatasaray gritaba como todos. Pero incluso allí, entre miles de voces, conservaba algo de distancia interior. Como si pudiera entrar en el ruido y salir de él sin perderse.

Ingresó a la Universidad de Bahçeşehir con el esfuerzo de sus padres sosteniendo el primer año. El resto dependía de él. No lo cuestionó. Lo asumió. Estudió con disciplina y obtuvo una beca completa.

Se convirtió en monitor. No hablaba de sacrificios. Simplemente cumplía.

Más adelante, durante la maestría en Política Global, su interés comenzó a desplazarse. Los números ya no le bastaban. Empezó a preguntarse por las relaciones entre los Estados, por las decisiones que modificaban el destino de países enteros y por las fuerzas, muchas veces invisibles, que terminaban alterando la vida de millones de personas. Le fascinaba descubrir cómo una decisión tomada a miles de kilómetros podía cambiar el rumbo de una nación.

Fue allí donde vio por primera vez a Damla Üçbaşaran.

No cruzaron palabra. Ella estaba concentrada. Bata blanca. Estetoscopio. Un mundo propio donde no parecía haber espacio para interrupciones.

Halil pensó en acercarse. No lo hizo.

Semanas después, el encuentro ocurrió sin elegancia. En la cafetería. Una bandeja inclinada. Un tropiezo. Un golpe seco. Un impasse de apariencia desafortunada.

Cuando levantó la mirada, la reconoció. Se llevó la mano a la frente y sonrió.

—Antes de perder la cabeza por tu culpa… ¿podrías decirme tu nombre?

Ella lo miró sin molestia.

—Damla Üçbaşaran.

Pausa.

—Y creo que tú también tienes parte en esto.

Halil dejó escapar una breve risa.

—Entonces estamos en igualdad de condiciones.

Ella sostuvo la mirada un instante más de lo habitual. Y algo quedó suspendido entre ambos. Todavía no tenía nombre. Compartieron la culpa.

El almuerzo de ambos había terminado desparramado sobre el suelo.

Luego, juntos, volvieron a la fila a pedir un nuevo almuerzo. Y una conversación que comenzó sin intención y no encontró motivo para terminar.

El ruido de la cafetería fue quedando atrás. O, tal vez dejaron de escucharlo.

Había en Damla una forma de estar presente que no exigía nada. Y eso, para Halil, era nuevo.

Días después volvieron a encontrarse. Y luego otra vez. Sin promesas. Sin declaraciones. Solo una amistad que nació primero por coincidencia, después por elección y, finalmente, porque ya no tenía sentido evitarla.

A veces caminaban sin hablar. Otras discutían ideas con una intensidad tranquila. Muchas tardes estudiaban juntos en alguna biblioteca de la universidad; cada uno concentrado en lo suyo, pero compartiendo el mismo espacio como si el silencio también pudiera ser una conversación.

Cuando terminaban las clases, Halil solía acompañarla en el autobús hasta las cercanías de su casa. El trayecto apenas duraba unos minutos, aunque siempre encontraban tiempo para contarse los pequeños acontecimientos del día.

Los domingos, más de una vez, sus amigos los vieron recorrer la avenida İstiklal desde la plaza Taksim, apartándose con una sonrisa al paso del viejo tranvía rojo.

Después continuaban hacia Tünel, donde se detenían a beber té de granada acompañado de baklavas de miel y pistachos, mientras los músicos callejeros llenaban de melodías los alrededores de la Torre de Gálata.

Hablaban de medicina, de economía, de los libros que estaban leyendo y, algunas veces, de política internacional. De vez en cuando aparecía el conflicto con los kurdos. No discutían. Intentaban comprender.

Y en ese tiempo, sin gestos excesivos, empezó a crecer algo que ninguno de los dos necesitó nombrar.

La amistad dejó de ser suficiente, no por falta, sino por desbordamiento. Luego vino un año de noviazgo.

Cuando se casaron, no hubo espectáculo. Pero sí hubo verdad.

El padre de Halil había muerto poco antes. Y esa ausencia estaba presente en cada gesto.

Damla tomó su mano durante la ceremonia.

No la soltó. No hizo falta mirarse. Ambos sabían.

Al año siguiente nació Kerem.

El llanto llenó la habitación. Agudo. Irrefutable.

Halil lo sostuvo por primera vez con cuidado. Como si temiera romper algo que no comprendía del todo. El niño se movió levemente. Sus manos pequeñas se cerraron sin fuerza. Apenas un reflejo.

Halil sintió el peso. No físico. Otro. Más profundo.

No dijo nada. No necesitaba hacerlo. Lo miró. Y en ese instante entendió que todo adquiría otra dimensión.

Damla lo observaba desde la cama, cansada, en silencio.

—Míralo bien —susurró.

—Porque esto...

Hizo una pausa.

—Esto no vuelve a empezar.

Halil levantó la mirada.

—No.

—Ahora empieza una nueva historia.

Kerem abrió los ojos apenas un instante. Y aunque no podía entenderlo, Halil sintió que aquel gesto lo comprometía para siempre.

Los años siguientes fueron estables. Halil ascendió en el banco. Negociaciones complejas. Escenarios cambiantes. Siempre la misma actitud: Calma. Precisión. Control. Sus colegas confiaban en él. No improvisaba.

Damla trabajaba en el hospital. Investigación. Método. Exactitud. El resto del tiempo lo dedicaba a Kerem con una disciplina que no excluía la ternura.

La vida transcurría con una serenidad casi silenciosa. Cada uno conocía su lugar sin necesidad de imponerlo al otro. Entre el trabajo, el hospital y las tardes dedicadas a Kerem, los días parecían seguir un ritmo que ninguno imaginaba frágil. En aquella casa no había espacio para las discusiones. Creían, simplemente, que una vida construida con esfuerzo podía sostenerse por sí misma.

Pero algunas noches, cuando en las noticias aparecían atentados en el sur del país... Halil no cambiaba de canal. Se quedaba mirando. En silencio. Más tiempo del habitual.

No comentaba, observaba. Había en él una idea que no terminaba de tomar forma. No era miedo, no era rabia. Era otra cosa, más contenida, más firme.

La estabilidad no es permanente —pensaba—. Es algo que debe protegerse. Y cuando algo amenaza el orden... Alguien tiene que intervenir.

Aún no sabía cómo. Pero la idea ya estaba allí.

Por esos días, Kerem cumplía cinco años.

Damla le regaló una mochila roja para el colegio. Halil, un camión de bomberos pequeño, con escalera extensible y sirena intermitente.

El niño lo sostuvo con ambas manos, fascinado, como si aquel vehículo pudiera salvar cualquier desastre imaginable.

Halil lo observó en silencio. Había algo en esa imagen que le resultaba necesario. Su hijo creyendo que siempre habría alguien dispuesto a apagar los incendios del mundo.

No dijo nada.

Pero no apartó la mirada.

— O —

Capítulo 18
La vida sigue en Ankara

Ankara, Turquía
7 de octubre de 2019

El viaje desde Estambul comenzó antes de que amaneciera. La ciudad aún no despertaba del todo.

Las aguas del Bósforo comenzaban a dibujarse bajo una luz pálida.

Poco a poco, los primeros barcos se deslizaron por el Estrecho, unos rumbo al mar de Mármara, otros hacia el mar Negro. La ciudad despertaba con ellos.

Bruce observó por la ventana mientras las siluetas de las mezquitas quedaban atrás. No pensaba en el destino. Pensaba en las preguntas que seguían abiertas.

Durante horas el paisaje cambió sin imponerse. Colinas suaves, montañas lejanas y extensos bosques de pinos se sucedían unos tras otros, como los que cubren buena parte de la provincia de Bolu.

Nada era abrupto. Nada parecía anticipar la violencia. Turquía se parecía muy poco a la imagen fragmentada que solían mostrar los noticieros occidentales. Desde la ventanilla, el país transmitía una serenidad difícil de conciliar con las noticias que llegaban desde su frontera sur.

Ankara apareció sin teatralidad. Amplia. Precisa. Calles bien trazadas. Ritmo constante. Menos historia visible que Estambul. Más control. Más decisión.

El autobús se detuvo frente a una explanada abierta.

El guía habló con un tono que no admitía distracciones.

—Anıtkabir. El mausoleo de Mustafa Kemal Atatürk.

Nadie hizo preguntas.

Caminaron por la Avenida de los Leones hasta llegar a una explanada inmensa. Al fondo, el edificio. Monumental. Severo. Simétrico. Más cercano a un templo que a un monumento.

El silencio no era impuesto. Era compartido. Familias. Estudiantes. Turistas. Todos avanzaban con una misma cadencia.

Bruce lo notó.

No era devoción. Era algo más profundo. Pertenencia. El edificio no buscaba impresionar. Y, sin embargo, lo hacía. Mármol. Simetría. Proporción. Nada superfluo. Todo contenido. Como si cada línea del edificio hubiera sido pensada para convertir la memoria en arquitectura.

—Todo muestra grandeza y orgullo —murmuró Tinna.

Bruce no respondió. Seguía observando.

En el interior, la narrativa era clara. Un imperio que cae. Una guerra que resiste. Un país que se redefine.

Bruce avanzaba sin detenerse demasiado en los detalles. No los necesitaba. El mensaje estaba en el conjunto. Frente al sarcófago se detuvo. Leyó el nombre.

Mustafa Kemal Atatürk.

No necesitó más.

El silencio que lo rodeaba decía el resto.

—Para entender este país… —dijo al salir.
Tinna lo miró.
—…hay que empezar a mirar aquí.
Ella asintió.
—Sí.
Hizo una Pausa.
—Pero también hay que mirar los espacios vacíos.
Bruce frunció levemente el ceño.
—¿Vacíos?
—Hay quienes no aparecen en esta historia.

***

Cuatro años antes…
10 de noviembre de 2015
Ankara volvió a detenerse. A las 9:05 de la mañana.
Sin aviso. El aniversario.
Las sirenas marcaron el momento.
El tráfico se congeló. Las voces se apagaron.
Un minuto exacto.

Halil Demirci permanecía de pie entre otros hombres.

No miraba al suelo. Miraba al frente. Para él aquello no era un ritual. Era continuidad. Orden. Algo que debía sostenerse.

Cuando el silencio terminó, un hombre a su lado habló en inglés.

—Disculpe... ¿quién fue exactamente Atatürk?
Halil giró el rostro.

Lo observó sin molestia.

—Soy Halil Demirci. Turco.

Pausa.

—Y usted...

—Harry Montgomery. Británico.

Halil asintió.

—Entonces... quizá necesite más de un minuto.

Se sentaron en una cafetería cercana. Pidieron té de granada. Un gesto repetido. Familiar.

Halil habló sin exaltación, sin la menor intención de convencer.

—No se trata de fechas ni de nombres. Se trata de entender la situación de un país que nació después del derrumbe de un imperio como el otomano. De una guerra que muchos turcos siguen considerando una lucha por la supervivencia. Y de un hombre como Atatürk que, para varias generaciones, representa el nacimiento de una nueva nación, después de haber conducido la guerra de independencia y fundado la República.

Harry escuchaba en silencio.

Había algo en la forma de hablar de Halil que no era defensiva. Era serena. Firme. Como la de alguien que conocía bien la historia de su país y no sentía la necesidad de imponerla.

El té llegó. Ninguno lo tocó de inmediato.

—Hay algo más —dijo Harry finalmente.

Halil lo miró.

—Siempre hay algo más.

Pausa.

—El asunto de Armenia —dijo Harry.

El nombre quedó suspendido entre ambos.
Una nueva pausa.
Halil permaneció en silencio unos segundos.
Miró la taza.
Luego levantó la vista.
—Para entender eso... hay que ir atrás.
Harry esperó.
—Cuando el Imperio Otomano cayó, no cayó en silencio. Hubo ocupación. Fragmentación. Guerra.

—Atatürk no construyó un país desde la calma.
—Lo hizo desde el colapso. Desde lo que quedaba.

Harry no lo interrumpió.
—Y en ese proceso... —dijo finalmente.
Halil asintió antes de que terminara.
—Sí.
Silencio.
—Hubo deportaciones. Desplazamientos. Muertes.
—Muchos lo llaman genocidio —dijo Harry.
Halil sostuvo la mirada.
—Lo sé.
Pausa.
—Otros hablan de guerra. De represalias. De caos.
Silencio.

—Pero nada de eso lo explica todo.
—¿Y Atatürk? —preguntó Harry.
Halil respiró hondo.
—No estaba en el poder cuando empezó.
—Pero construyó lo que vino después.

El silencio regresó.

Más pesado.

—Para ustedes es el origen —dijo Harry.

—Para otros es continuidad.

Halil asintió.

—Ahí es donde el acuerdo deja de existir.

—Sí.

—Para los armenios es memoria.

Halil lo miró.

—Para nosotros también.

—De otra manera.

Ninguno intentó resolverlo.

—La historia rara vez es simple —dijo Halil.

—No aquí. No en Anatolia.

Harry asintió lentamente.

—Cada pueblo guarda su relato —añadió Halil.

Pausa.

—Y cada relato nace de una herida.

—Sucedió en 1915… pero no podemos seguir viviendo allí.

Se despidieron con cordialidad. Intercambiaron datos.

La conversación había sido respetuosa.

Halil volvió a su oficina. Se sentó. No pensaba en el extranjero. Pensaba en lo que había dicho. Y en lo que no.

Había defendido algo más que una figura histórica. Había defendido una forma de entender su país. Y quizá también una forma de entenderse a sí mismo.

La tarde continuó detrás de los ventanales. La ciudad seguía funcionando con precisión. Como si nada hubiera cambiado. Pero algo permaneció en su pensamiento. Una pregunta.

Una de esas preguntas que no desaparecen simplemente porque uno deje de formularlas.

— O —

Capítulo 19
Un artefacto explosivo

Tres años antes…
13 de marzo de 2016
Ankara, Turquía
Plaza Kizilay

Aquella tarde transcurría como cualquier otra.

Horas antes.

Adar no hablaba. Observaba. El grupo lo rodeaba sin hacer preguntas. Ya sabían. Habían aprendido a no preguntar.

El artefacto estaba abierto. ANFO. Cables. Conexiones. Mecanismos simples.

Adar señaló con la mano.

—Aquí.

Uno de los hombres dudó.

Adar no repitió la instrucción. No hacía falta. No pensaba en política, tampoco en historia. Pensaba en precisión, en ejecución, en no fallar. Doscientos kilos. Distribuidos. Estables.

El temporizador quedó fijado. Doce minutos. Suficiente. El segundo sistema permaneció en silencio. Por si algo fallaba.

El vehículo quedó listo. Un Fiat. Nada que llamara la atención. Lo dejaron en una esquina transitada. Cerraron las puertas.

Se dispersaron.

Adar caminó sin prisa. No miró atrás.
—Perdón —dijo al rozar a un hombre de traje.
—No hay problema —respondió el otro.

No se miraron. No se reconocieron.
Minutos después, el mundo cambiaría.
Pero todavía no.

***

13 de marzo de 2016
Nueva York, Estados Unidos

Bruce Merino no pensó en Ankara aquel día laboral. Reuniones. Documentos. Cifras. La rutina.

La noticia apareció en una pantalla mientras terminaba de revisar unos informes.

Un atentado en Ankara.
Heridos. Muertos.
Cambió de canal. Aún era una noticia más.

Años después volvería a aquella imagen. A aquel titular. A aquel día.

***

13 de marzo de 2016
Ankara, Turquía
Plaza Kizilay

Minutos antes.
—Nos vemos más tarde, mi amor —dijo Halil.
Damla sonrió.

—Te tengo una sorpresa para el viaje.

Pausa.

—Kerem quiere llevar su carrito.

El niño levantó el juguete con ambas manos. El camión de bomberos. Rojo. Intacto.

—Adiós, papá.

Halil se agachó.

Lo abrazó sin prisa.

Como si hubiera tiempo.

Era el final de una tarde fresca.

La primavera comenzaba a abrirse paso entre los jardines y las avenidas. Nada parecía fuera de lugar. Nada advertía. Halil caminó una cuadra. Luego otra. No pensaba en nada en particular. La tarde estaba definida. Trabajo, últimos detalles. Regreso. Viaje.

Entonces...

La explosión no fue un sonido. Fue un golpe. Brutal. Invisible. Directo al cuerpo.

El aire desapareció. El equilibrio también.

Durante unos segundos no entendió qué había ocurrido.

El mundo se volvió opaco. Sin forma.

Silencio total…

Luego llegaron los sonidos como si vinieran de ultratumba… Alarmas. Gritos. Pasos.

Demasiados pasos.

Giró.

La columna de humo cubría la esquina. La misma esquina.

Corrió. No pensó. No midió. Corrió.

El aire era otro. Polvo. Metal. Algo quemado.

Dispersos… Vidrios. Hierros. Fragmentos. Cuerpos.

Alguien gritaba. Alguien rezaba. Alguien no se movía.

Más gritos. Más terror. Más angustia.

—¡Ha sido una bomba! —escuchó.

Avanzó entre restos irreconocibles.

No buscaba lógica. Buscaba nombres.

—¡Damla!

Nada.

—¡Kerem!

Nada.

El tiempo dejó de existir.

Entonces lo vio. Rojo. Cubierto de polvo. Semienterrado entre los escombros.

Se agachó. Lo sostuvo entre las manos. El camión de bomberos. Doblado. Roto. Silencioso.

Lo miró. No lloró. No gritó. No volvió a llamar. Comprendió.

En ese instante comprendió que la vida que había conocido había terminado.

Lo anterior dejó de importar. Lo posterior todavía no existía.

Permaneció inmóvil. Rodeado de ruido. De sirenas. De voces. De humo.

Pero ya no escuchaba nada.

Desde aquel día, algo en su rostro se volvió sombrío. Algunas preguntas nunca tendrían respuesta.

Dejó de buscarlas.

— O —

Capítulo 20
Una tragedia que cambia la vida

Antes de marzo, Halil era un hombre fácil de reconocer en cualquier oficina.

Sonreía con naturalidad.

Escuchaba.

Recordaba los cumpleaños de sus compañeros sin necesidad de agenda.

Podía hablar de inversiones durante horas y, esa misma noche, explicarle a Kerem cómo funcionaba un semáforo con la paciencia de quien no tiene prisa.

—Rojo es detenerse —le decía—.

—Amarillo es pensar.

—Verde…

Kerem completaba la frase:

—¡Seguir!

Halil asentía.

Como si aquella simple lógica fuera suficiente para ordenar el mundo.

Tenía treinta y cinco años. Una vida que avanzaba sin sobresaltos. Sin estridencias.

Sus padres habían muerto pocos años atrás. No tenía hermanos. Su mundo era pequeño. Y le bastaba.

Damla. Kerem. Él.

Nada más.

Después del 13 de marzo, el mundo quedó reducido a una ausencia.

Los primeros días pasaron sin forma. Personas entrando y saliendo. Abrazos. Frases que no lograban sostenerse en el aire.

—Lo siento.
—No hay palabras.
—Fuerza.
Halil asentía. No respondía.
Firmó documentos. Papeles que no leyó. Nombres que no quiso confirmar dos veces.

El apartamento permanecía intacto. Como si alguien fuera a regresar en cualquier momento. Un vaso infantil seguía sobre la mesa. Granola endurecida adherida a la superficie. Una cucharita apoyada de lado. Nada había sido movido. Nada debía ser movido.

La primera noche no durmió. La segunda tampoco. Luego dejó de intentarlo.
Se sentaba en la oscuridad. Esperaba.
No sabía qué. El silencio se volvió un peso físico. Más insoportable que cualquier ruido.

Una madrugada entró en la habitación de Kerem.
No encendió la luz. No hacía falta. Sabía exactamente dónde estaba cada cosa.
La cama. El armario. El pequeño estante con juguetes. Se sentó en el borde. Apoyó la mano sobre la almohada.
Fría. Vacía. No lloró.
Al menos no allí.

Pero tampoco se movió durante varios minutos.

Volvió al trabajo por insistencia de otros. Se sentó frente al escritorio. La pantalla encendida. Gráficas. Números. Todo seguía ahí. Pero ya no significaba nada.

Un cliente habló durante varios minutos.
Halil lo miraba. Asentía. No escuchaba.
—¿Señor Demirci?
Tardó en reaccionar.
—Sí.
No sabía qué le habían preguntado.

Dejó de afeitarse. Luego dejó de responder llamadas. Después dejó de presentarse.

El banco esperó. Pero incluso la paciencia tiene un límite.

Cuando terminó el empleo, no protestó. No pidió explicaciones. No tenía nada que reclamar. Comenzó a frecuentar bares discretos en hoteles internacionales. No por gusto. Por anonimato. Allí nadie preguntaba. Nadie recordaba.

Pedía una copa. La dejaba intacta durante largos minutos. A veces bebía. A veces no. Pagaba en efectivo. Se iba solo. No rezaba. No maldecía. No hablaba del atentado.

Un día, un antiguo compañero se sentó frente a él sin pedir permiso.

—El ejército está reclutando —dijo.

Halil no levantó la mirada.

—Necesitan hombres capaces de mantener la cabeza fría.

Pausa.

—Gente como tú.

Silencio.

—Tal vez te vendría bien un cambio.

Halil sostuvo la copa entre los dedos. No respondió. Pero tampoco se levantó.

Esa noche volvió al apartamento.

Abrió el armario.

El vestido de Damla seguía allí. El que pensaba llevar a Santorini. Lo sostuvo con cuidado. Como si aún conservara algo de ella. No cerró los ojos. No recordó. Solo lo sostuvo. Luego, lo dejó en su sitio.

Miró… Sobre la mesa de noche estaban los tiquetes… vencidos.

Cerró la puerta.

A la semana siguiente tomó un taxi. No llevó su automóvil. No quiso volver a conducir ese trayecto. El edificio de reclutamiento era sobrio. Sin adornos. Como todo lo que ahora le resultaba comprensible.

Firmó. Esperó. Comenzó. El entrenamiento fue físico. Exigente. Dolor. Repetición. Silencio. Halil no se quejaba. No hablaba. Cumplía.

En el campo de tiro ocurrió algo. Algo que no esperaba. El arma no le resultó extraña. Se colocó. Respiró. Retuvo el aire. Lo soltó. Aguantó.

Disparó.

El pulso no tembló. El cuerpo respondió. Como si hubiera estado esperando aquel momento.

Repitió. Una y otra vez. Mismo ritmo. Mismo resultado. Los instructores comenzaron a observarlo.

—Ese no falla —dijo uno.

—Ni habla —añadió otro.

—No necesita hacerlo.

—Pero entiende.

Halil no buscaba mejorar. No competía. Simplemente ejecutaba.

—Tiene la mirada fría —comentó uno.

—Como si nada lo moviera.

El apodo apareció sin ceremonia.

—Freezer.

Nadie lo explicó. Nadie lo cuestionó. Se quedó.

Tres meses después fue enviado a un curso avanzado en Estados Unidos. No lo celebró. No lo rechazó. Fue. Aprendió. Regresó. En el registro del batallón figuraba una cifra:

97 sobre 100. Nada más.

Para el otoño siguiente, Halil era parte de una unidad de fuerzas especiales.

La mirada se le había vuelto opaca. No agresiva. No exaltada. Sombría. El odio no se veía. No en gestos. No en palabras. Pero estaba ahí. Sedimentado. Silencioso.

Aprendió que la precisión exige control.

Y que el control era lo único que todavía le pertenecía.

— O —

Capítulo 21
La muerte de Adar Danagarin

Dos años después del atentado.
22 de marzo de 2018
Afueras de Kobane, Siria

El terreno era irregular. Rocas, cortes de tierra seca y elevaciones naturales que servían de refugio... o de objetivo.

El teniente Halil Demirci apoyó el TAC-50 A1 contra una formación de piedra.

Ajustó el bípode. Verificó el nivel. Giró con precisión la perilla de corrección del viento.

Distancia: 1.654 metros.

El aire era estable. No perfecto. Pero suficiente.

Se acomodó detrás del arma.

El mundo se redujo al visor, la retícula y la respiración.

Nada más.

Inspiró. Retuvo un segundo. Exhaló lentamente.

El pulso descendió.

La imagen se estabilizó.

Al otro extremo del campo visual, Adar Danagarin se movía entre las rocas. Daba órdenes. Se inclinaba. Se incorporaba. Señalaba direcciones.

No parecía un hombre en peligro. Parecía un hombre en control.

Halil no pensaba en él como persona.

No ahora.

Pensaba en la distancia. En el viento lateral. En la caída del proyectil. Pero había algo más. No una emoción. No un recuerdo claro. Una presencia silenciosa.

Rojo.

Un destello breve. Un objeto atrapado en la memoria.

El camión de bomberos. Doblado. Cubierto de polvo.

La imagen apareció. Y desapareció.

Halil no intentó retenerla. No la necesitaba. Ya no.

La cruz del visor se detuvo en el centro del rostro. Apenas por encima de la línea de los ojos.

Adar encendió un cigarrillo. Lo sostuvo con calma. Inhaló. Exhaló. El humo se deshizo en el aire seco. No miró hacia la elevación. No tenía por qué hacerlo.

Halil esperó. No por duda. Por precisión.

A esa distancia, cada segundo importa. Cada milímetro. Cada variación del aire.

Inspiró. Retuvo. Exhaló.

Y disparó.

El sonido no fue inmediato.

Fue un golpe seco, comprimido por la distancia.

El proyectil cruzó el espacio invisible.

Adar no sintió dolor. Solo un impacto abrupto. Un corte instantáneo. La cabeza se sacudió violentamente. El cigarrillo cayó de su mano antes que el cuerpo.

Luego, nada.

El cuerpo se desplomó hacia atrás. Sin gesto. Sin defensa.

Durante algunos segundos el combate continuó. Disparos aislados. Órdenes cruzadas. Confusión.

Luego alguien gritó su nombre.

Otro se acercó. Otro más se arrodilló junto a él.

—¡Adar!

No hubo respuesta.

El silencio llegó después. No de inmediato, pero sí de manera inevitable.

Más tarde hablarían de martirio, de honor, de resistencia. Uno de sus hombres, con la voz quebrada, diría que Adar ya estaba reunido con Ashti Azadari. Que los caídos no mueren, que esperan, que reciben. Juraron venganza, no como consigna, como necesidad.

En otra ciudad, lejos del frente, Dilar Hanım recibió la noticia. No gritó. No se derrumbó. Escuchó. Asintió. Tenía ochenta y un años. Había vivido lo suficiente para no esperar finales distintos. Se sentó. Apoyó las manos sobre las rodillas. Miró al frente.

—Era su camino —dijo.

No había reproche en su voz, tampoco consuelo, solo certeza.

Más tarde, cuando la casa quedó en silencio, lloró, sin ruido, sin testigos, como se llora cuando ya no queda nadie a quien explicarle el dolor. Recordó a Adar de niño, corriendo entre las piedras, volviendo a casa con las manos sucias, hablando rápido, demasiado rápido.

Recordó la primera vez que lo vio marcharse, sin mirar atrás, como tantos otros.

Durante años defendió la identidad kurda, la lengua, las costumbres, la memoria. Sabía lo que significaban las prohibiciones, las detenciones, el miedo.

Pero el cansancio también llega. No de golpe. Llega despacio y se instala.

Días después habló en voz baja.

—Quizá ya es tiempo de otra cosa.

Pausa.

—Demasiadas madres hemos llorado.

En los días siguientes volvieron las conversaciones de siempre. Los comunicados. Las discusiones sobre el futuro del movimiento. El nombre de Abdullah Öcalan apareció una vez más. Siempre lejano. Siempre presente. La vida continuaba. La guerra continuaba como si nada hubiera cambiado.

Pero en el corazón de Dilar comenzaba algo distinto. No era esperanza. No todavía. Tampoco era odio. Era otra cosa. Más difícil. Más frágil.

La posibilidad de que sus nietos no tuvieran que aprender el mismo odio.

— O —

Capítulo 22
La distancia de un disparo

Octubre de 2019
Capadocia, Turquía

La noche había caído sin hacer ruido.

Göreme se extendía bajo una calma casi irreal.

Luces dispersas. Formaciones de roca recortadas contra la oscuridad. Las antiguas chimeneas de las hadas parecían surgir de otro tiempo. El mundo daba la impresión de haberse detenido.

Bruce Merino cerró el portátil.

La pantalla quedó en negro. Durante unos segundos observó su propio reflejo. No terminó de reconocerse.

Sobre la mesa permanecían abiertos los documentos.

Mapas. Fechas. Nombres. Meses de trabajo dispersos en hojas subrayadas, anotaciones y reconstrucciones parciales.

Un hilo que había comenzado tiempo atrás parecía acercarse a su final. Pero las respuestas seguían incompletas.

Bruce tomó una hoja. No era un informe oficial. Era una reconstrucción. Su reconstrucción. Conocía la historia en detalle y el resto lo infería.

Adar Danagarin. Kobane. 22 de marzo de 2018.

—Distancia estimada: mil seiscientos cincuenta metros —Leyó en voz baja, como si alguien pudiera

escucharlo, como si pronunciar aquellas palabras les otorgara un significado distinto.

Intentó imaginar la escena. El terreno. Las rocas. El viento.

Un hombre de pie. Otro oculto. No eran símbolos. No eran titulares. No eran cifras. Eran dos hombres.

Uno había aprendido a sobrevivir. El otro había aprendido a ejecutar.

Bruce dejó la hoja sobre la mesa.

Se levantó.

Caminó hasta la ventana.

Afuera, las formaciones rocosas permanecían inmóviles bajo la luz tenue de la noche. Pero él no las veía. Su mirada estaba en otra parte.

A lo lejos, una figura cruzó entre las luces del pueblo. Tal vez un turista. Tal vez alguien que regresaba tarde al hotel. Nada extraordinario. Nada importante.

Bebió un sorbo de agua.

Pensó en Halil. No en el disparo. En lo anterior. En todo lo que lo había llevado hasta allí.

El apartamento vacío. El silencio. La ausencia. El pequeño camión de bomberos cubierto de polvo.

Pensó después en Adar. En Ashti. En las montañas. En aquella frase repetida durante generaciones. Los únicos amigos de los kurdos son las montañas.

Pensó en un pueblo sin patria. En una guerra heredada. En una memoria que parecía no terminar nunca.

Dos historias. Dos trayectorias. Un punto de encuentro.

Un disparo.

Bruce apoyó la frente contra el cristal. Estaba frío.

No se apartó.

—No es una historia de buenos y malos... —murmuró.

Tinna no respondió de inmediato.

Permanecía sentada detrás de él, revisando documentos. Leyendo. Tomando notas.

—Nunca lo fue —dijo finalmente.

Bruce asintió.

Pero aquello no bastaba. No explicaba nada. Y, sin embargo, era lo más cerca que habían estado de comprenderlo.

Regresó a la mesa. Tomó el bolígrafo.

Dudó.

Luego escribió una sola línea:

" Dos hombres marcados por la pérdida. Distintos caminos."

Se quedó observando la frase. No sabía si era completamente cierta. Pero era lo más honesto que podía escribir.

Tinna se acercó.

Leyó por encima de su hombro. No corrigió nada. No añadió nada.

—¿Y ahora? —preguntó.

Bruce permaneció en silencio unos segundos.

Miró la hoja.
Después levantó la vista.
—Ahora...
Pausa.
—Seguimos.
Tinna lo observó.
Había algo diferente en su expresión.
No era alivio. No era claridad. Tal vez aceptación.

Afuera, el viento comenzó a desplazarse entre las formaciones de roca. Un sonido leve. Casi imperceptible. Como si la tierra misma respirara.

Bruce apagó la luz. La habitación quedó en penumbra. Por primera vez en mucho tiempo, no intentó encontrar una respuesta.

Comprendió que no todo estaba hecho para ser comprendido.

— O —

Capítulo 23
Acciones de venganza

Junio de 2018
Ginebra, Suiza

Ginebra seguía pareciendo ajena a todo. Los tranvías recorrían las mismas calles con puntualidad suiza, los cafés permanecían llenos y el lago reflejaba una tranquilidad que daba la impresión de ser permanente. A simple vista, nada alteraba el ritmo de la ciudad.

Pero esa calma comenzaba a resquebrajarse para quienes trabajaban observando aquello que casi nadie veía.

En informes reservados, las autoridades suizas empezaban a detectar movimientos inusuales. Reuniones discretas. Personas que aparecían y desaparecían sin dejar rastro. Contactos que evitaban cualquier registro oficial.

La Agencia Nacional de Inteligencia de Turquía había intensificado silenciosamente sus operaciones en distintos países europeos.

Al mismo tiempo, numerosos miembros de la comunidad kurda denunciaban seguimientos, intimidaciones y advertencias veladas. Rara vez existían pruebas suficientes para abrir una investigación. Sin embargo, las denuncias se repetían con demasiada frecuencia para ser ignoradas.

La guerra seguía allí.

Solo había aprendido a cruzar fronteras.

***

Mientras tanto, cientos de kilómetros al sur, cerca de la frontera siria, otro grupo preparaba una respuesta.

No actuaban movidos por un impulso.

Habían elegido el objetivo, estudiado sus movimientos y esperado el momento adecuado.

Para las autoridades turcas era una antigua fábrica de aceite adaptada para funciones militares.

Para quienes colocaban los explosivos representaba algo muy distinto: un símbolo del Estado al que llevaban años combatiendo.

Trabajaron en silencio.

No hubo arengas.

No hubo consignas.

Solo manos que conocían demasiado bien aquella tarea.

Distribuyeron cuidadosamente más de trescientos cincuenta kilos de explosivo y abandonaron el lugar antes del amanecer.

La detonación fue devastadora.

El edificio pareció levantarse unos centímetros antes de derrumbarse sobre sí mismo. Una nube de polvo cubrió el horizonte mientras vigas de acero, bloques de hormigón y fragmentos metálicos salían despedidos en todas direcciones.

Siete soldados murieron. Decenas más resultaron heridos.

***

Aquella mañana, Halil Demirci había estado dentro del edificio. No participaba en ninguna operación especial.

Asistía a una reunión técnica que, para él, no era diferente de tantas otras.

Cuando terminó, salió con varios compañeros y abordó un vehículo militar. La puerta acababa de cerrarse cuando todo ocurrió.

La explosión llegó desde la espalda. Otra vez desde atrás. El vehículo fue lanzado violentamente varios metros. Durante un instante desaparecieron el suelo, el aire y cualquier referencia del mundo exterior.

Después llegó el estruendo. Las sirenas. Los gritos.

El olor del combustible mezclado con el polvo.

Cuando intentó incorporarse descubrió que su cuerpo ya no respondía como esperaba.

Primero apareció la confusión. Luego el dolor. Un dolor tan intenso que resultaba imposible identificar de dónde provenía.

El helicóptero de evacuación llegó pocos minutos después.

Las voces de los paramédicos se mezclaban con el ruido de las hélices. Nadie hacía preguntas. Solo intentaban mantenerlo con vida.

Los siguientes meses transcurrieron entre quirófanos y salas de rehabilitación del Hospital Universitario Başkent, en Konya.

Quince cirugías. Decenas de sesiones de recuperación. Un dolor constante que dejó de medirse por días y comenzó a medirse por semanas. Las noches eran las peores.

Cuando el hospital quedaba en silencio y el sueño se negaba a llegar, bastaba el sonido lejano de una ambulancia para que todo regresara.

La plaza Kızılay. El humo. El carrito rojo medio enterrado entre los escombros.

Durante mucho tiempo creyó que el recuerdo más difícil era la pérdida. Descubrió que no. Lo más difícil era volver a vivirla una y otra vez.

Fue entonces cuando empezó a comprender algo que nunca había necesitado comprender.

Las explosiones no distinguen. No preguntan quién disparó primero. No saben quién tenía razón. Alcanzan por igual al soldado, al civil y al hombre que simplemente pasaba por allí.

***

Durante la recuperación comenzó a leer. No buscaba distraerse. Buscaba entender.

Pidió informes, libros de historia y artículos sobre el conflicto que durante años había aceptado sin hacerse demasiadas preguntas.

Cada autor ofrecía una versión distinta. Cada documento parecía incompleto. Mientras tanto, en la televisión del hospital aparecía con frecuencia una imagen que empezó a repetirse en su memoria.

La plaza Galatasaray, en Estambul.

Un grupo de mujeres permanecía sentado en silencio sosteniendo fotografías de hijos, esposos y hermanos desaparecidos décadas atrás.

No gritaban. No insultaban. No reclamaban venganza. Esperaban.

Las llamaban las Madres de los Sábados.

Pedían algo tan sencillo como difícil de obtener. La verdad. Un cuerpo. Un nombre.

Halil nunca cambiaba de canal.

Observaba aquellos rostros durante largos minutos.

Había descubierto que el dolor hablaba el mismo idioma en todas partes.

***

Mientras tanto, Bruce Merino y Tinna Ólafsdóttir continuaban reconstruyendo la historia desde Göreme.

Al revisar antiguos reportes volvieron a encontrar referencias a aquella plaza de Estambul.

Recordaban haber pasado por allí semanas antes sin detenerse.

Ahora la miraban de otra manera. A través de fotografías. Declaraciones. Expedientes.

Tinna dejó lentamente una carpeta sobre la mesa.

—No es solo una guerra.

Bruce levantó la vista.

—Es memoria.

Ella asintió.

Tomó otra fotografía.

—Y también ausencia.

Durante unos segundos ninguno habló.

Bruce caminó hasta la ventana.

Pensó en las montañas del Kurdistán. En las ciudades turcas. En las aldeas sirias. En los campos de refugiados.

Las mismas heridas aparecían una y otra vez con nombres diferentes. Parecía que el conflicto hubiera aprendido a cambiar de escenario sin dejar nunca de existir.

—Y mientras tanto... —murmuró.

La frase quedó suspendida. No necesitaba terminarla. Ambos sabían cuál era el final.

La violencia nunca desaparecía. Solo encontraba un nuevo lugar donde continuar.

— O —

Capítulo 24
Una reacción emocional fuerte

Otoño de 2018

La recuperación avanzaba lentamente. El tiempo en el hospital ya no se medía en días. Se medía en repeticiones. Rutinas. Silencios. Halil no podía moverse con libertad, pero tampoco podía escapar de sí mismo.

Pasaba horas frente al televisor. No buscaba nada en particular. Las imágenes llegaban con protestas, enfrentamientos, declaraciones y distintas versiones. Y cada semana aparecía lo mismo.

En la plaza Galatasaray. Las mujeres sentadas, con las fotografías al frente.

Eran las Madres de los Sábados. Él no cambiaba de canal. Había algo en aquellos rostros que no le permitía apartarse. No gritaban. No acusaban. Sostenían las fotografías. Y eso resultaba más difícil de soportar.

Una tarde, mientras la doctora Sara Levi revisaba su medicación, algo terminó por romperse dentro de él.

—Déjeme solo —dijo Halil casi con brusquedad.

La voz apenas era un hilo.

Sara asintió.

Salió de la habitación. Cerró la puerta a medias. Dio un par de pasos por el pasillo.

Y entonces lo escuchó.

El primer sonido. No era un suspiro. No era un lamento contenido. Era un sollozo.

Sara se detuvo.

No avanzó. Tampoco se marchó. Regresó.

Halil no intentaba ocultarlo. No podía. El llanto lo atravesaba. Físico. Desordenado.

Durante meses había sido otra cosa. Inmóvil. Frío. Controlado.

Aquella tarde no había control.

Sara no habló. Se sentó a su lado. No lo tocó de inmediato. Esperó.

Halil intentó decir algo. No pudo. Respiró con dificultad.

Volvió a intentarlo.

—No se acaba...

Pausa. Llanto. Suspiros.

—El dolor no se acaba.

Las palabras no salían completas.

Se rompían. Como todo lo demás.

Habló de Damla. De Kerem. No como recuerdos. Como presencias. Fragmentos. Imágenes. Detalles sin orden. El vestido. La mañana. El carrito rojo.

Sara escuchaba sin interrumpir. Sin corregir.

—Pensé que matar...

Se detuvo.

Respiró.

—...me iba a calmar.

Silencio.

—No lo hizo.

Sara no pudo evitarlo más… Le pasó el brazo por los hombros y lo abrazó… En sus ojos también había lágrimas.

No dijo nada. No había nada que responder.

Solo lo acercó más hacia sí misma y lo sostuvo.

El llanto no cesó de inmediato. Fue agotándose poco a poco. Como se agota todo aquello que ha permanecido contenido demasiado tiempo.

Cuando terminó, Halil no habló.

No pidió nada. No hizo preguntas. Simplemente permaneció allí. Respirando.

Nadie más supo de aquella escena.

Al amanecer, algo era distinto. No mejor. Distinto.

El cuerpo seguía cansado.

El dolor seguía allí.

Sara dormía en el sillón frente a la cama. No se había ido. No pudo hacerlo.

Pero había una claridad nueva. Pequeña. Inestable.

Él comprendió algo que nunca había formulado.

Desde la muerte de Damla y Kerem, nadie lo había tocado. No como procedimiento. No como rutina médica. Como gesto humano.

Después de aquella tarde, algo cambió también en Sara. No de inmediato. No de forma evidente.

Pero comenzó a quedarse unos minutos más. Decía que revisaba informes. No siempre era cierto. A veces lo encontraba mirando por la ventana. Inmóvil.

Ya no le parecía un hombre frío. Le parecía un hombre roto intentando mantenerse entero. Y eso era diferente.

Las conversaciones comenzaron a aparecer. Sin intención. Sin dirección. Ciudades. Libros. Música. A veces el conflicto. A veces no.

Halil no hablaba mucho más. Pero tampoco se cerraba. Y eso, en él, era un cambio. La recuperación continuó. No como milagro. Como decisión.

***

Seis meses después recibió el alta médica.

Había tomado una decisión. No la explicó. No la discutió. Solicitó la baja del ejército. No quería volver al frente.

El gobierno le ofreció un cargo. Agregado comercial en Nueva York. Aceptó. Era otra vida. O al menos, la posibilidad de una.

El día de su partida, Sara lo esperaba. No en la oficina. No en el pasillo. En la salida.

Se abrazaron durante unos segundos. Cuando se separaron, ninguno de los dos supo exactamente quién redujo primero la distancia. El beso apenas rozó la comisura de los labios. Fue breve. Suficiente.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó Halil.

Sara sostuvo la mirada.

—Nueva York es una ciudad interesante.

No prometieron. No cerraron nada. Se entendieron.

Halil subió al vehículo. Esta vez no miró atrás de inmediato.

Por primera vez en mucho tiempo no sentía odio. Tampoco paz. Solo una posibilidad.

— O —

Capítulo 25
Una nueva vida

Lunes, 29 de abril de 2019
Nueva York, Estados Unidos

El vuelo TK3 aterrizó a las 11:40 de la mañana.

Halil descendió junto con el resto de los pasajeros. Sin prisa. Sin mirar a nadie en particular. En inmigración mostró su pasaporte diplomático. El oficial lo observó unos segundos más de lo habitual. No era desconfianza. Era rutina.

El sello cayó sobre la página con un golpe seco.

Entrada autorizada.

Nueva York lo recibió sin ceremonia. Una luz limpia, fría, indiferente. Un conductor del consulado lo esperaba con un letrero discreto. No hubo palabras innecesarias. Solo un gesto.

Durante el trayecto hacia Manhattan, Halil observó la ciudad a través de la ventana. Puentes, tráfico, estructuras que parecían elevarse sin esfuerzo. Todo transmitía una sensación de permanencia, como si nada pudiera alterar aquel orden.

Quizás nadie en aquella ciudad sabía lo que había ocurrido en Ankara. Y eso, por un instante, le resultó necesario.

Al llegar al hotel observó un lobby inmenso.

Pisos de granito pulido que parecían mármol. Recepcionistas moviéndose con precisión. Viajeros

entrando y saliendo sin detenerse. Todo funcionaba con una eficiencia silenciosa.

Subió a la habitación. Dejó la maleta sin deshacer. Se sentó en la cama. Encendió el televisor. CNN hablaba de mercados, elecciones y tormentas en el Medio Oeste. Nada era urgente. Nada cercano.

Se duchó. Se recostó. Cerró los ojos. No soñó.

Al día siguiente se presentó en el Consulado General de Turquía. Vinieron los protocolos. La presentación de credenciales. Los saludos formales. Las sonrisas medidas. Desde ese momento, Halil Demirci era agregado comercial. El cargo parecía sencillo. Números, reuniones e informes. Era un territorio civil. Un territorio seguro. O al menos eso parecía.

Meses después.

Las conversaciones con Sara se habían convertido en parte de una rutina silenciosa. No diaria, pero constante. Mensajes breves. Llamadas ocasionales. Algunas cortas. Otras demasiado largas para admitirlo.

La diferencia horaria obligaba a negociar horarios imposibles. Cinco y media de la mañana para Sara. Once y media de la noche para Halil.

—Cuéntame de ti —preguntó Halil una noche—. ¿Cómo va la maestría?

Sara sonrió al otro lado de la pantalla.

—Bien.

—¿Pediatría?

Ella soltó una pequeña risa.

—No. Biología molecular.

—Eso suena complicado.

—Solo para quienes no estudian moléculas todo el día.

Halil sonrió.

—Supongo que tienes razón.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Cómo va Columbia?

Halil tenía una taza de té de limón frente a él.

El vapor seguía elevándose.

No había tomado un solo sorbo.

—La universidad es extraordinaria.

—¿Te gusta el diplomado?

—Mucho.

Ahora entiendo mejor cómo funcionan las relaciones internacionales. Los acuerdos, los intereses, los equilibrios.

Sara apoyó el mentón sobre la mano.

—Eso suena peligrosamente parecido a la política.

Halil soltó una leve carcajada.

—Entonces cambiemos de tema.

—Me parece una excelente idea.

Las conversaciones fueron alargándose con el paso de las semanas. Historias, recuerdos, anécdotas; pequeños detalles que normalmente no se cuentan.

No evitaban el pasado. Pero tampoco vivían dentro de él. Era un territorio conocido y ambos habían decidido no instalarse allí para siempre.

Halil ya no hablaba como un hombre quebrado.

Pero tampoco como alguien curado.

Había aprendido algo más simple. Y más duro.

La vida no se supera. Se administra.

A veces, después de una llamada, permanecía frente al ventanal del apartamento. El East River devolvía luces fragmentadas sobre el agua oscura. Como si la ciudad tampoco terminara de reconocerse a sí misma.

Se quedaba allí. Sin pensar en nada concreto. O pensando en ella. Una copa de vino descansaba sobre la mesa. En la chimenea de gas, unas llamas discretas rompían la monotonía del apartamento.

A pesar de la tranquilidad aparente, algo seguía inquietándolo. La sensación persistente de que la vida podía cambiar sin previo aviso.

Lo sabía demasiado bien.

Entonces recordó unos versos escritos durante su rehabilitación en Konya.

—Las cosas de la vida... —murmuró.

Tomó un sorbo de vino y comenzó a recitar en voz baja:

—*Como pájaros al viento,*
insensibles mensajeros,
traen noticias contundentes
de lo bueno y de lo malo.
De igual forma van llegando
esas cosas de la vida,
aleatorias y fortuitas,
van cargando los recuerdos,
de momentos instantáneos,
calcinando corazones,
con pinceles de ilusiones,
encendidas y severas,
con lo dulce y con lo triste
de tu historia verdadera.

No recordó el poema completo. No lo necesitaba. La idea permaneció. Las noticias llegan como pájaros. Sin aviso. Y traen lo bueno... Y también lo terrible.

Y sucedió.

Una tarde intentó llamar a Sara.

No respondió.

Pensó que era normal. Turnos largos. Pacientes. Rutina. Volvió a intentarlo al día siguiente. Nada. El tercer día envió un mensaje por el WhatsApp. No apareció la doble confirmación. Dejó el teléfono sobre la mesa.

Se sirvió café.

No lo probó.

—Algo ocurrió —pensó.

Intentó convencerse de que exageraba. Pero la inquietud no desaparecía.

Miró el reloj.

Una vez.

Dos veces.

Tres.

—¿Dónde estás? —murmuró.

Tomó nuevamente el celular, lo observó durante varios segundos.

—¿A quién podría preguntarle?

Lo dejó sobre la mesa.

El café continuaba enfriándose.

Aquella noche durmió mal.

Al día siguiente llamó al hospital.

—La doctora Levi no se encuentra de turno —respondieron.

—No podemos proporcionar más información.

Colgó.

Otro día.

Sin noticias.

Aquella noche tampoco encontró descanso.

Encendió la lámpara.

Miró el teléfono.

Como si esperara que apareciera un mensaje por simple voluntad.

Nada.

La sensación en la boca del estómago persistía.

—No es miedo —se dijo.

—Es no saber.

Intentó convencerse de que todo estaba bien.

Que estaba imaginando problemas donde no los había.

Pero el pensamiento regresaba. Una y otra vez.

Sintió un frío leve en el pecho. Lo reconoció de inmediato. Era el mismo que precedía a las malas noticias.

Una semana después, la ansiedad ya no era difusa.

Era física. Un nudo permanente en el estómago. Una tensión constante.

Oyó un golpe en puerta.

—Señor Demirci —dijo su secretaria.

—Hay una señora en la recepción.

Pausa.

—Dice conocerlo por referencia de una amistad en Turquía.

—No quiere dar su nombre.

Halil levantó la vista.

—¿Turquía?

—Sí, señor.

Pausa.

—El registro del edificio la obligó a dejar un apellido.

—Figura como señora Jacobson.

Halil frunció el ceño.

No conocía ese nombre. Pensó en diplomacia. En negocios. En asuntos académicos. O en algo que no encajaba en ninguna de esas categorías.

—Que pase.

Pausa.

—Pero que seguridad la acompañe.

La secretaria asintió.

Y salió.

Halil quedó solo. Durante unos segundos no se movió. Sintió algo que no esperaba. No era miedo. Era reconocimiento. Un frío leve en el pecho. El mismo. El que precede a lo imprevisible.

Se levantó.

Caminó hacia la sala de juntas.

La ciudad seguía allí.

Indiferente. Intacta. Pero algo había cambiado. Por primera vez desde su llegada comprendió que una nueva vida no elimina la anterior. Solo la desplaza.

Abrió la puerta.

— O —

Capítulo 26
En Nueva York — Dos historias paralelas

«...De lejos dicen que se ve más claro...»
— Joan Manuel Serrat

El apellido Jacobson quedó resonando en la cabeza de Halil mientras avanzaba por el pasillo hacia la sala de juntas.

Jacobson. Levi. ¿judías?

No necesitó formular la conexión. La sintió. Un golpe leve en el pecho. Una posibilidad.

¿Tendría aquella mujer noticias de Sara Levi?

Disminuyó el paso.

Respiró hondo antes de abrir la puerta.

***

Antes de abrir la puerta, el tiempo pareció retroceder unas semanas.

Seis meses después de su llegada a Nueva York, Halil seguía sintiéndose extranjero. No por el idioma, no por la ciudad, por otra cosa. Una sensación difícil de nombrar, como si una parte de él todavía no hubiera llegado.

Cumplía sus funciones con rigor. Informes, reuniones, cifras, relaciones.

La vida diplomática tenía una lógica limpia. Previsible. Casi tranquilizadora. Nada explotaba en Manhattan. Nada se derrumbaba de pronto.

Su apartamento en el Upper East Side era sobrio, ordenado, silencioso.

Cada mañana caminaba algunas calles antes de dirigirse al consulado. A veces pasaba por St. Catherine's Park.

Se detenía unos minutos. Observaba.

Niños corriendo detrás de una pelota. Padres distraídos mirando sus teléfonos. Carritos diminutos avanzando sobre senderos húmedos por la lluvia reciente.

Halil permanecía quieto.

Era otoño. Las hojas marrones, naranjas y rojizas formaban una alfombra irregular sobre el pavimento.

Le gustaba observarlas. Las manos dentro del abrigo.

A veces aparecía el recuerdo de Kerem.

Sin aviso. Rápido. Preciso. El carrito rojo. La risa. La pequeña voz pronunciando mal algunas palabras.

Una lágrima amenazó con aparecer. La contuvo.

Desvió la mirada. No porque quisiera olvidar. Porque sabía lo que ocurría si permanecía demasiado tiempo allí.

El vacío seguía intacto. Y Sara también comenzaba a ocuparlo. Más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Durante los meses en Konya se había acostumbrado a su presencia.

Después, a los mensajes. A la voz. Ahora el teléfono permanecía en silencio. Nueva York podía ser luminosa. Pero también sabía amplificar la soledad.

***

Manhattan, N.Y.
Otro apartamento.

A pocas avenidas de distancia, Bruce Merino y Tinna Ólafsdóttir intentaban ordenar el material de la investigación. Era la misma ciudad, el mismo día, pero era otra historia.

Papeles abiertos. Mapas. Grabaciones. Notas escritas a mano. Habían regresado de Turquía con más preguntas que respuestas.

Las entrevistas realizadas en Ankara, Estambul y el sur del país dejaban una impresión persistente: la guerra no se sostenía únicamente por ideologías. Se sostenía por heridas. Y las heridas, de uno y otro lado, terminaban justificando nuevas respuestas.

Bruce sirvió dos copas de Prosecco.
La ciudad brillaba detrás de los ventanales.

—Cuando cesan los disparos... —dijo.
Pausa.
—Lo que queda no suele ser la victoria.
Miró la copa unos segundos.
—Es vacío.
Tinna lo observó en silencio.
—Y el vacío busca llenarse —respondió ella.
—A veces con odio.
Pausa.
—A veces con olvido.
Bruce tomó una libreta.
Escribió una frase breve:
"Después de la guerra comienza la batalla interior."

No añadió nada más.

La velada

Una semana después aceptaron la invitación de Steven y Laura Stefelbach.

Una reunión discreta en Manhattan.

Académicos. Diplomáticos. Algunos miembros del cuerpo consular turco.

Entre los invitados se encontraba un agregado comercial recién llegado.

Ninguno imaginaba entonces que aquel encuentro tendría consecuencias.

—Quizá pueda ayudarnos a entender algunas cosas —comentó Tinna mientras ajustaba un pendiente frente al espejo.

Bruce sonrió apenas.

—O complicarlas más.

El salón estaba iluminado con lámparas bajas.

Conversaciones cruzadas. Copas. Música suave. Buffet.

Fue allí donde Bruce estrechó por primera vez la mano de Halil Demirci.

El contacto fue firme. Breve.

Hablaron primero de economía. Luego de relaciones comerciales. Después de política internacional. Y, finalmente, de Turquía.

Halil respondía con cautela.

No evitaba las preguntas. Pero tampoco permitía que lo arrastraran.

Bruce percibió algo.

No supo definirlo de inmediato.

No era un diplomático común. Había en él una fatiga difícil de ocultar. Algo contenido detrás de cada pausa.

Antes de despedirse, casi como un comentario accidental, Halil mencionó que una médica amiga suya en Turquía había dejado de responder sus llamadas.

—Han pasado varios días, quizás demasiados, y no logro contactarla.

Lo dijo sin dramatismo.

Pero Bruce notó el cambio en la mirada.

Una tensión breve. Silenciosa.

No insistió. Pero lo recordó.

Bruce no comentó nada en ese momento.

Pero mientras regresaban a casa volvió varias veces sobre aquella frase.

De vuelta en el apartamento, Bruce cerró la puerta lentamente.

—Hay algo en él que me preocupa —dijo.

Tinna dejó el abrigo sobre una silla.

—Ha sufrido demasiado.

Pausa.

—Se nota cuando habla.

—¿Crees que la desaparición de la médica tenga relación con algo político? —preguntó ella.

Bruce negó con la cabeza.

—No lo sé.

Permaneció pensativo unos segundos.

—Pero cuando alguien ha perdido tanto...

Miró hacia la ventana.

—Cualquier silencio se vuelve amenaza.

Tinna no respondió.

No era una frase que necesitara respuesta.

***

En otro punto de Manhattan, Halil observaba su teléfono una vez más antes de dormir.

Nada.

Lo dejó sobre la mesa de noche.

Apagó la lámpara.

Volvió a encenderla segundos después.

Tomó nuevamente el teléfono.

Nada.

El silencio podía ser más cruel que una explosión. Solo que lo hacía más despacio y no dejaba ruinas visibles. Dejaba incertidumbre.

***

Al día siguiente, la señora Jacobson había preguntado por él en la recepción del consulado.

Y por primera vez en varias semanas, Halil sintió que estaba a punto de recibir una respuesta.

— O —

Capítulo 27
Una situación inesperada

—Buenos días. Soy Halil Demirci.

La mujer no respondió de inmediato.

Lo observó durante varios segundos. Demasiados.

Tendría cerca de cincuenta años. Vestía con sobriedad. Sin adornos.

Había algo contenido en ella. Una calma que, por alguna razón, aumentó la tensión que Halil ya sentía en el estómago.

—Mi nombre es Deborah Jacobson —dijo finalmente.

Halil señaló la silla frente a él.

—Por favor, siéntese.

La mujer obedeció.

—¿Qué asunto la trae al consulado?

Pausa.

—Vengo por encargo de una persona que conoce a la doctora Sara Levi.

El nombre cayó con un peso inesperado. Halil no llegó a sentarse.

—¿Cómo está Sara?

La urgencia apareció antes de que pudiera ocultarla.

Deborah bajó ligeramente la mirada.

Respiró hondo.

—No está libre.

El silencio posterior fue breve. Pero suficiente.

Halil sintió que algo se cerraba dentro de él.

—Explíquese, por favor.

La mujer apoyó lentamente el bolso sobre la mesa.

—Hace dos semanas fue retenida cerca de Ağrı.

—Participaba en brigadas médicas en zonas montañosas.

Pausa.

—Le advirtieron que no fuera.

—No escuchó.

Halil permaneció inmóvil. Conocía la zona.

—Ağrı... El monte Ararat. Frontera con Irán y Armenia. Lo dijo casi para sí mismo.

Solo sus manos cambiaron ligeramente de posición sobre la mesa. Luego se levantó. Caminó hasta la ventana. Miró hacia el exterior sin ver realmente nada.

Necesitaba unos segundos para ordenar el golpe.

—¿Retenida por quién?

La rabia apareció apenas. Controlada. Pero presente.

—Milicianos kurdos.

Pausa.

—No está exactamente como prisionera.

—Más bien como médica necesaria.

La frase quedó suspendida.

Sin embargo, una situación ambigua y peligrosa.

—¿Está viva?

—Sí.

Deborah asintió despacio.

—Operó al hijo de una mujer de la región.

—La cirugía salió bien.

—Como agradecimiento, el muchacho llevó un mensaje a su madre.

Pausa.

—Esa mujer contactó a una amiga.
Deborah le sostuvo la mirada.
—Yo soy esa amiga.

Halil sintió la garganta seca.
—¿Qué decía el mensaje?
Deborah dudó apenas.
—Que lo ama.
Pausa.
—Que no sabe cuánto tiempo permanecerá allí.
La voz descendió un poco más.
—Y que, si usted puede hacer algo...
Pausa.
—Lo haga.
Por un instante, Halil volvió a sentir la presión en el pecho.
La misma que había sentido en Ankara. La misma del humo. Pero esta vez no había explosión. Había decisión.
—Eso es todo lo que venía a decir —concluyó Deborah.
Halil permaneció en silencio unos segundos.
—Gracias por venir.
La voz le salió más baja de lo habitual.
—No sabe lo que significa esto para mí.
Deborah negó suavemente con la cabeza.
—Nadie debe saber que hablamos.
—Ni el gobierno.
—Ni la prensa.
Pausa.
—Si esto se politiza, ella corre peligro.
Halil asintió sin vacilar.

—No se politizará.

Se despidieron sin más palabras.

Tres días después, Halil solicitó una licencia temporal en el consulado.

No explicó motivos. No hubo preguntas innecesarias. Voló a Turquía con un propósito que no tenía nada que ver con diplomacia.

Las gestiones oficiales fueron rápidas y estériles.

—El Estado turco no negocia con insurgentes.

La frase se repitió más de una vez. Distintos despachos. Distintas voces. La misma respuesta.

Halil dejó de insistir.

Comprendió algo esencial: Si quería recuperar a Sara, no podía actuar como funcionario. Tendría que actuar como hombre.

El plan surgió rápido. No perfecto. Pero posible.

Contactó discretamente al Hospital Universitario de Konya. Movilizó médicos, voluntarios, fondos privados. Las brigadas sanitarias serían reales. No una fachada. Pero también funcionarían como puente.

Dos semanas después llegó a Ağrı.

La ciudad descansaba bajo la sombra inmensa del Monte Ararat. Fría. Silenciosa.

Desde el hotel observó las calles estrechas. Los pequeños cafés. Los hombres fumando en silencio frente a las tiendas. Nadie parecía relajado del todo.

Halil tampoco. No llevaba uniforme. No llevaba insignias. Solo una determinación que ya no se parecía al odio.

Al día siguiente logró reunirse con Brîska Ershekyan. La madre del joven operado por Sara.

La mujer lo recibió con una desconfianza apenas disimulada.

—¿Usted es el diplomático?

Halil negó suavemente.

—No en este momento.

Pausa.

—Soy el hombre que ama a la doctora.

Algo cambió en el rostro de Brîska. Muy poco. Pero suficiente.

—Los comandantes saben que usted está aquí.

—Les interesan las brigadas médicas.

Pausa.

—Y lo que usted propone.

—No vine a negociar política —respondió Halil.

—Vine a recuperar a Sara.

Miró alrededor.

—Y a dejar algo útil en esta tierra.

Brîska lo observó durante largo rato. Como si intentara decidir algo.

Finalmente asintió.

—Espere noticias en el hotel. Pueden tardar días.

La reunión se terminó. Se despidieron.

***

Dos noches después, el teléfono sonó a las 2:45 de la madrugada. La habitación estaba completamente oscura. Halil abrió los ojos de inmediato. No dormía del todo.

—Señor Demirci —dijo el recepcionista.

—Hay alguien que insiste en hablar con usted.

—No quiere dar su nombre.

Halil permaneció inmóvil unos segundos.

—Pásemelo.

La voz apareció grave. Difícil de ubicar. Ni completamente turca. Ni completamente kurda.

—Escuche con atención. Vendremos por usted en 15 minutos…

Pausa.

—Ropa discreta, equipaje ligero para tres días. Traiga su pasaporte.

Halil sintió el corazón golpearle con fuerza. Con ese mismo latido que precede a un disparo de larga distancia.

—¿Quién habla?

—Eso no importa.

Silencio breve.

—Si quiere verla...

Pausa.

—Haga lo que le digo.

La línea se cortó.

Halil permaneció sentado en la oscuridad. El teléfono todavía en la mano. Años atrás, una llamada como aquella lo habría llevado a buscar un arma. Esta vez buscó el pasaporte. Era la primera vez que entraba en territorio enemigo sin intención de combatir.

— O —

Capítulo 28
El Tribunal Militar Kurdo

Halil Demirci no sabía hacia dónde lo llevaban.

Salieron pasadas las tres de la madrugada.

Desde el comienzo del trayecto le habían vendado los ojos.

El vehículo avanzaba con violencia por caminos pedregosos. El traqueteo del camión. El crujido de los amortiguadores castigados por el terreno. El esfuerzo constante del motor en una pendiente casi continua. Y el frío que comenzaba a filtrarse hasta los huesos.

Todo indicaba que ascendían hacia la alta montaña, conservaba el sentido de la orientación. Calculaba direcciones. Distancias. Desniveles.

Debían encontrarse en algún punto de las cadenas montañosas de los Tauro y los Zagros.

No preguntó nada. No había necesidad. Además, sabía que estaba en manos de hombres que no daban explicaciones.

Cuando el vehículo se detuvo, lo ayudaron a bajar. Le retiraron la venda.

Frente a él apareció un campamento de altura: Carpas militares. Banderas kurdas ondeando con el sol amarillo pintado en el centro. Hombres armados moviéndose con disciplina severa.

Y más allá, un regimiento completo de mujeres. Uniformes verdes. Pañoletas de colores vivos. Rostros

jóvenes y endurecidos. Voces femeninas que daban órdenes con una firmeza incuestionable. No estaban jugando a la guerra. Vivían en ella.

Lo condujeron hasta una instalación situada en lo alto de una colina.

Un hombre lo esperaba.

Barba entrecana. Espalda recta. Mirada brillante y segura. No necesitaba presentarse para imponer autoridad.

—Así que usted es Halil Demirci.

—Soy yo.

Pausa.

—¿Qué sabe de mí?

El comandante sonrió apenas.

—Sé que fue banquero.

—Sé que fue francotirador.

—Sé que fue condecorado.

—Sé que ahora es diplomático.

Pausa.

—Una combinación poco frecuente.

Volvió a sonreír.

—Y sé que ha movilizado recursos importantes para traer brigadas médicas a esta región.

Extendió la mano.

—Mîzan Berkar.

—Comandante de la Sexta Brigada de Alta Montaña en Qandil.

Halil estrechó la mano.

El comandante señaló una mesa.

—Permítame ofrecerle un whisky.

—Después de ese viaje, seguro le sentará bien.

Sonrió apenas.

—Aquí no tenemos demasiados conflictos con el alcohol.

—Algunos respetan las restricciones religiosas, otros no.

—Yo no soy un fanático.

Halil dejó escapar una leve sonrisa.

—En las circunstancias actuales, un whisky me parece una excelente idea.

Brindaron.

—*Şerefe.*

El comandante bebió un sorbo.

Luego su expresión cambió.

—La doctora Sara Levi será liberada, tal como se acordó.

Halil sintió un alivio inmediato.

Breve.

Porque la siguiente frase lo borró.

—Pero ha surgido un asunto relacionado con usted.

Halil permaneció inmóvil.

—Otros comandos han solicitado que responda por su pasado como francotirador del ejército turco.

Pausa.

—Se ha conformado un tribunal militar.

—Será juzgado dentro de dos días.

El comandante sostuvo su mirada.

—Hasta entonces permanecerá detenido.

Silencio.

—Le deseo suerte.

Pausa.

—La necesitará.

Los dos días siguientes estuvieron dominados por una incertidumbre áspera. Bajo vigilancia permanente. Rodeado por alambre concertina. Con demasiado tiempo para pensar.

Pensó en Nueva York. En Manhattan. En el apartamento. En la oficina diplomática. En Sara. Pensó también en Ankara. En la explosión. En su rifle. En los hombres que había abatido desde la distancia.

Nunca había contado los rostros. Ahora comenzaban a aparecer.

El día del juicio lo condujeron a una población kurda que no reconoció. El edificio del tribunal era antiguo. Casi vetusto. Pero conservaba una dignidad severa.

Nueve jurados uniformados. Un juez militar en el centro. Dos fiscales. Y un defensor de oficio que no había intercambiado una sola palabra con él.

Se sintió completamente solo.

El fiscal fue directo.

—Señor Demirci.

—Usted no solo cumplía órdenes.

—Disparaba con ira.

—Disparaba impulsado por el deseo de vengar la muerte de su esposa y de su hijo.

El núcleo del juicio era ese.

La venganza.

Halil no negó el dolor. Tampoco negó la rabia.

—Era soldado.

—Cumplía órdenes.

El fiscal insistió.

Habló de sevicia. De precisión calculada. De sangre fría.

Durante casi dos horas construyó una imagen clara. La de un hombre que había convertido su sufrimiento en puntería.

El jurado parecía inclinarse.

El juez anunció un receso.

Y entonces ocurrió algo inesperado.

El defensor se puso de pie. Hasta ese momento había sido una sombra. Su voz resultó grave. Áspera.

—Si vamos a juzgar la venganza...

Pausa.

—Juzguémosla completa.

El silencio cayó sobre la sala.

—¿Quién puso la bomba en Ankara?

—¿Quién ha puesto bombas en estas montañas?

—¿Quién ha respondido fuego con fuego?

Golpeó la mesa.

Los fólderes saltaron.

—Si condenamos a este hombre por haber combatido a soldados armados, entonces debemos condenar a todos los combatientes de todos los bandos.

Miró al jurado. Hizo otra pausa.

—La guerra no puede resolverse con más condenas.

—Si vamos a hablar de justicia, empecemos por romper la cadena de venganzas.

Se volvió hacia el juez.

—¿No estamos hablando ya de paz?

—¿No estamos intentando abrir una puerta?

Pausa.

—Entonces no la cerremos hoy con otra sentencia de muerte moral.

Guardó silencio.

Respiró.

Y concluyó:

—Hagan lo que crean correcto.

Durante unos segundos sostuvo la mirada de cada uno de los jurados. Luego salió sin volver la vista atrás.

Cuando el tribunal entró en receso, el sonido de las botas alejándose fue lo único que permaneció en la sala.

Halil siguió sentado.

Por primera vez en muchos años no tenía un arma. Ni un rango. Ni un cargo diplomático. Solo tenía memoria.

Y la memoria no obedecía órdenes.

Volvió a verse tendido sobre una montaña. Respirando lentamente. Calculando distancia. El pulso estable. El dedo firme.

Recordó el instante anterior al disparo. No el disparo. El segundo previo. Allí estaba todo.

No era únicamente disciplina militar. Había algo más.

Una frase que nunca pronunció. Nunca. Pero siempre estuvo allí.

Uno menos.

Sintió un golpe seco en el pecho.

¿Había disparado por deber?

Sí.

¿Había disparado por rabia?

También.

Durante años evitó distinguir ambas cosas. Repitió una y otra vez que cumplía órdenes.

Pero en el fondo sabía que, después de la muerte de Damla y Kerem, cada objetivo se había convertido en un rostro intercambiable. Y todos representaban lo mismo.

Dolor.

Entonces comprendió algo que lo atravesó con más fuerza que cualquier proyectil. No había matado inocentes. Pero tampoco había estado limpio de odio. Y el odio, aunque vista uniforme, sigue siendo odio.

No cerró los ojos. No rezó. No pidió absolución. Simplemente aceptó.

Si lo condenaban, no huiría de esa verdad. Por primera vez no quería justificarse. Quería comprender.

Y en ese instante ocurrió algo silencioso.

El deseo de venganza que había gobernado su puntería comenzaba, por fin, a perder fuerza. No por miedo al tribunal. Por cansancio del alma.

La deliberación duró dos horas.

Dos horas que pesaron como años.

Cuando los jueces regresaron, Halil sintió que toda su vida pendía de una sola palabra.

El juez se puso de pie.

—Señor Halil Demirci.

El silencio era absoluto.

—La ira no es justicia.

—La venganza no puede seguir dictando nuestras decisiones.

Pausa.

—Este tribunal, considerando el contexto de guerra y la necesidad de abrir un nuevo camino, ha decidido no condenarlo —y añadió—: Este tribunal no encuentra en usted un criminal, sino un hombre atrapado por la guerra...

Halil no respiró durante varios segundos.

—Se ordena su inmediata libertad.

El juez añadió:

—Esperamos que complete las gestiones de asistencia sanitaria prometidas para esta región.

Golpe de mazo.

Sesión levantada.

Al salir, Halil se sentía exhausto. No eufórico. No victorioso. Exhausto.

Había sido juzgado no solo por un tribunal. También por su propia conciencia. Comprendió algo esencial. No era inocente del todo. Pero tampoco quería seguir viviendo como culpable.

Ahora debía cumplir.

Por Sara. Por los enfermos de las montañas.

Y por sí mismo.

— O —

Capítulo 29
No hay deuda que no se pague
Otra vez Borislav Draganov

Año 2019

Karlsruhe, Alemania

—¡Culpable!

—¡Culpable en primer grado!

El eco metálico del martillo golpeando la madera pareció prolongarse más allá de la sala del Bundesgerichtshof.

—Además, señor Klaus Schindler, esta Corte lo condena a cuarenta y cinco años de prisión...

Nuevo golpe de mazo.

Klaus permaneció de pie dentro del cubículo enrejado.

No miró al juez.

No miró al jurado.

Miró al vacío.

—Cuarenta y cinco años —se repitió mentalmente.

Pero lo que resonaba en su conciencia no era la sentencia. Era Al-Raqqa. Era la culpa.

Cuatro años antes había abandonado Frankfurt convencido de que iba a convertirse en un héroe. Había leído foros. Manifiestos. Proclamas incendiarias del Estado Islámico. Palabras grandilocuentes para justificar vacíos demasiado pequeños.

Arrastró con él a Hanna, apenas una adolescente, hacia un delirio absurdo construido sobre promesas falsas.

Promesas de pureza. De causa. De epopeya. Encontró otra cosa. Encontró el comercio de mujeres. Ochocientos cincuenta euros por cabeza. Cuerpos convertidos en moneda.

Hanna aprendió a cerrar los ojos.

Y cuando alguien aprende a no mirar, también aprende a no sentir.

Klaus sí miraba. Y aun así participaba.

Se acostumbró. A las jaulas bajo el sol. A los hombres arrodillados. Al filo de las dagas entrando en carne viva. Se acostumbró al olor. Al silencio posterior.

Después la guerra cambió de frente. Cambió de suerte. La ciudad comenzó a caer a pedazos bajo los bombardeos. Los edificios se derrumbaban bajo el peso de las bombas. El mito heroico se convirtió en ruina.

Y entonces llegó aquel día.

Entró en la casa y encontró a un hombre sobre Hanna. Un hombre grande. De mirada enferma.

No pensó.

Disparó.

La ráfaga le destrozó el cráneo. Horas después supo el nombre.

Borislav Draganov. El paranoico. El ejecutor. Un comandante apreciado por su ferocidad.

Klaus no sabía que acababa de matar a un hombre cuya historia había comenzado mucho antes de Al-Raqqa. Mucho antes de Siria. Mucho antes de Hanna. Una historia que arrastraba muertos, ruinas y nombres olvidados desde otra guerra. Desde otro continente.

Borislav Draganov. El hombre que había disparado el RPG-7. El hombre que había dejado a Ashti Azadari tendida sobre la tierra de Kobane. Una historia que aún no había terminado. Una deuda antigua.

Para Klaus, a partir de aquella ráfaga, comenzó otra persecución. Fue cazado por los suyos. Y también por los otros. El imperio que había creído eterno se derrumbaba. Las milicias se fragmentaban. El miedo se multiplicaba.

Huyó.

Se entregó al Partido de los Trabajadores del Kurdistán. Luego fue trasladado por fuerzas estadounidenses. Finalmente fue devuelto a Alemania.

Y ahora estaba allí. Cuarenta y cinco años de condena.

Lloraba, sí. Pero no lloraba por las víctimas. Lloraba por sí mismo. Hanna no fue condenada. Pero perdió a su hijo. Perdió su nombre. Perdió su país.

La sala del tribunal comenzó a vaciarse lentamente. Los funcionarios recogían documentos. Los abogados guardaban expedientes. La vida continuaba. Como siempre.

Nadie mencionó a Borislav. Nadie habló de Ashti Azadari. Nadie sabía que, en algún punto invisible del entramado del mundo, una vieja cuenta había sido saldada. No por la justicia humana. Por consecuencia.

Porque hay historias que no olvidan.

— O —

Capítulo 30
Una tregua imperfecta

El camino seguía siendo difícil. Piedras sueltas. Curvas estrechas. Laderas cubiertas por una neblina fría que descendía lentamente desde las montañas.

El aire olía a montaña. A follaje húmedo. A helechos mojados por el rocío. A esa frescura limpia que solo existe en las primeras horas de la mañana.

Sin embargo, esta vez era distinto.

Halil viajaba sin venda en los ojos.

La camioneta avanzaba despacio por los caminos del Kurdistán turco, mientras el amanecer comenzaba a insinuarse detrás de las cumbres. La luz gris azulada iba transformándose poco a poco en tonos dorados sobre las rocas húmedas y los barrancos profundos.

Nadie hablaba demasiado.

El conductor mantenía ambas manos firmes sobre el volante. A veces intercambiaba algunas palabras breves en kurdo con el hombre sentado a su lado.

Sara permanecía junto a Halil en el asiento trasero, envuelta en una manta oscura. De vez en cuando sus manos se rozaban.

Y eso bastaba.

Dos noches antes, en mitad de la oscuridad de aquellas montañas, habían vuelto a verse. Sin discursos. Sin dramatismo. Solo un abrazo largo. Silencioso. Profundamente humano.

Durante unos segundos ninguno de los dos había sabido qué decir. Como si las palabras hubieran perdido importancia frente al simple hecho de volver a respirar juntos. Halil todavía recordaba el frío adherido al abrigo de Sara cuando la abrazó. Y también el temblor leve de sus manos. No preguntó demasiado sobre el cautiverio. No aquella noche.

Algunas heridas necesitan tiempo antes de poder pronunciarse.

Horas después cruzaron la frontera hacia Armenia.

Ya en Ereván, el cansancio comenzó a descender lentamente sobre ambos. Aquella tarde se sentaron en una pequeña cafetería al aire libre. El vapor del té de granada ascendía entre las manos de Sara mientras el viento frío recorría las calles de la ciudad.

A la distancia, dominando el horizonte, se alzaba el Monte Ararat. Blanco. Silencioso. Inmóvil. La montaña parecía suspendida fuera del tiempo. Había sobrevivido a imperios. Guerras. Invasiones. Tratados firmados por hombres que creyeron poseer la historia.

Pero el Ararat seguía allí. Indiferente a los mapas humanos.

Sara observó la cumbre durante varios segundos.

—Algún día iremos hasta sus faldas —dijo finalmente.

Halil sonrió apenas.

No respondió de inmediato.

Simplemente tomó su mano sobre la mesa. Durante mucho tiempo había pensado que el amor era algo que ocurría antes de la guerra.

Ahora comprendía otra cosa.

A veces el amor es lo único que consigue sobrevivir a la guerra.

***

Diciembre de 2019

Manhattan, Nueva York

La nieve había llegado temprano aquel invierno.

Desde el ventanal del apartamento en el Upper East Side, Manhattan parecía cubierta por una calma extraña.

Las luces de la ciudad se reflejaban sobre las calles húmedas mientras el vapor escapaba lentamente de las alcantarillas.

Sara caminaba despacio por la sala. Una mano apoyada sobre el vientre. Halil la observaba desde el sofá sin decir nada. Después de tantas pérdidas, aquella escena le parecía casi irreal.

Durante años había vivido esperando explosiones, disparos, llamadas nocturnas, malas noticias. Ahora escuchaba algo distinto. Un silencio limpio. No vacío. Humano.

El matrimonio civil se celebró semanas después en una ceremonia sencilla. Sin ostentación. Sin discursos políticos. Solo algunos amigos cercanos. Bruce Merino y Tinna Ólafsdóttir estuvieron presentes. También Steven y Laura Stefelbach.

Nadie habló de religión. Ni de bandos. Ni de viejas guerras. Aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, hablaron más del futuro que del pasado.

Él, un turco moldeado por las guerras de su tiempo. Ella, una mujer judía que había aprendido a salvar vidas mientras convivía con las heridas de la memoria. Dos historias nacidas en orillas distintas de la misma tragedia humana. Y, sin embargo, allí estaban. No como vencedores ni como víctimas. Simplemente como dos seres humanos que habían encontrado refugio el uno en el otro.

***

Meses más tarde, el llanto de un recién nacido llenó el apartamento. Sara sostenía al niño contra el pecho mientras Halil permanecía inmóvil junto a la ventana, observándolo. Durante unos segundos no pudo hablar. Había imaginado muchas veces la muerte. Nunca aquello.

—Se llamará Kerem —dijo Sara en voz baja.

Halil cerró lentamente los ojos.

El nombre descendió sobre él como una mezcla de dolor y alivio.

No era reemplazo. Era memoria transformada.

Kerem Demirci Levi.

Un nombre nacido entre fronteras que durante demasiado tiempo parecieron irreconciliables.

***

Primavera de 2020

Las noches comenzaban a ser más suaves en Manhattan.

Desde el piso alto, la ciudad parecía distante del ruido del mundo. Las avenidas seguían iluminadas. Los taxis continuaban moviéndose como corrientes amarillas entre los edificios. Y el East River reflejaba destellos plateados bajo el viento.

Kerem dormía en la habitación contigua. Sara leía en silencio sobre el sofá.

Halil sostenía una carta entre las manos.

Venía de Turquía. La firma al final del documento era breve: Mîzan Berkar. Le solicitaban participar en conversaciones preliminares de paz.

Durante un largo instante permaneció inmóvil. Pensó en Ankara. En Kobane. En los muertos. En Adar. En Ashti. En el odio que durante años había llevado adherido al cuerpo como una segunda piel.

También pensó en las montañas. En el tribunal improvisado. En los hombres armados que, pese a todo, todavía hablaban de futuro.

Sara levantó la vista desde el libro.

—¿Malas noticias?

Halil negó despacio.

—No lo sé todavía.

Pausa.

—Tal vez... una posibilidad.

Sara observó la carta unos segundos.

Después volvió a mirarlo a él.

—¿Vas a ir?

Halil permaneció en silencio.

Años atrás habría respondido de inmediato.

Ahora comprendía que ciertas decisiones no podían tomarse desde la rabia.

Miró hacia la habitación donde dormía Kerem. El pequeño se movió apenas en la cuna. Un suspiro leve. Nada más. En aquel rostro diminuto no había banderas. No había historia. No había deuda. Solo posibilidad.

Halil dobló lentamente la carta.

Afuera, Manhattan respiraba bajo un cielo limpio de primavera.

En algún lugar lejano, el Monte Ararat seguía erguido sobre las fronteras humanas.

Y por primera vez en muchos años, Halil no miró el horizonte como un blanco.

Lo miró como un camino.

— O —

Capítulo 31
Un recuerdo de Ereván, Armenia

Manhattan, N.Y.

Era un domingo luminoso de comienzos de primavera.

La luz suave de la mañana entraba por los ventanales del apartamento e iluminaba la sala con una tranquilidad poco habitual en la vida de Halil Demirci.

Sobre la mesa aún humeaban dos tazas de café.

Sara permanecía junto a la ventana, observando la calle, mientras sostenía la taza entre las manos. Afuera, Manhattan comenzaba lentamente a despertar bajo un cielo limpio y despejado.

Pero la mente de Sara estaba lejos de Nueva York. Muy lejos. Todavía permanecía, de alguna forma, entre las montañas de Armenia y Turquía.

—Mi abuelo era de Ereván —dijo de pronto—. Nunca te lo había contado, ¿verdad?

Halil levantó la vista.

—No.

Sara sonrió apenas.

—¿Recuerdas aquel café desde donde podíamos ver el Ararat? Después de mi liberación…

Halil asintió lentamente.

Cómo olvidarlo.

El monte aparecía inmenso sobre el horizonte, silencioso y blanco, como una presencia antigua que aún observaba el paso de los hombres.

Sara bebió un pequeño sorbo de café antes de continuar.

—Mi abuelo se llamaba Absalón Levi. Fue rabino de la pequeña comunidad judía de Ereván antes de la caída de la Unión Soviética.

Hizo una breve pausa.

—Yo era apenas una niña, pero todavía recuerdo su voz. Tenía una manera muy particular de hablar… como si cada frase estuviera cargada de algo antiguo.

Halil permaneció escuchando en silencio.

—En aquella época ayudó a muchas familias judías a salir de Armenia hacia Israel, aprovechando la independencia del país en 1991. Mi familia paterna estuvo entre ellas.

Sara dejó lentamente la taza sobre la mesa.

—Mi abuelo decía algo que nunca olvidé: "En esta región, todos los pueblos aprendieron a desconfiar de la historia".

Sonrió con melancolía.

—Después añadía: "armenios, judíos, kurdos… todos sobrevivieron perdiendo algo".

La frase quedó suspendida unos segundos entre ambos.

Afuera pasó una ambulancia, dejando un sonido lejano que se desvaneció rápidamente entre las avenidas de Manhattan.

—La familia vivía entonces en Kirovakan —continuó Sara—. Hoy la ciudad se llama Vanadzor. Está en el norte de Armenia, entre montañas.

Halil observó el rostro de Sara mientras hablaba. Había algo distinto en ella aquella mañana. No era tristeza exactamente. Era memoria.

—Mi abuelo, siendo armenio, había vivido antes en Erzurum, al este de Turquía —continuó—. Cerca de la frontera armenia.

Hizo una pausa.

—Tenía apenas seis años cuando comenzaron las deportaciones de 1915.

Halil no dijo nada. Levantó ligeramente una ceja…

Sara tampoco parecía necesitar respuestas inmediatas. Simplemente seguía avanzando, despacio, sobre aquellos recuerdos heredados.

—Su padre… mi bisabuelo… era profesor y formaba parte de un círculo de intelectuales armenios de la ciudad. Mi abuelo contaba que una mañana comenzaron los arrestos.

La mirada de Sara descendió hacia el café.

—Nunca volvió a verlo.

El silencio volvió a instalarse entre ambos.

Halil no le despegaba la mirada…

—Después obligaron a miles de familias a marchar hacia el sur. Caminaban durante días enteros. Sin agua. Sin alimentos. Mucha gente moría en el camino.

Halil sintió un leve nudo en el pecho.

Desde niño había escuchado versiones contradictorias sobre aquellos hechos. En Turquía, el tema permanecía envuelto en silencios incómodos, discusiones políticas y memorias irreconciliables.

Pero ahora no estaba escuchando discursos.

Estaba escuchando la voz tranquila de la mujer que amaba. Y eso era distinto. Muy distinto.

Sara respiró lentamente antes de continuar.

—Mi abuelo decía que el universo quiso darle una oportunidad en medio del horror.

Levantó la mirada hacia Halil.

—Pasaban por una pequeña población cercana a la frontera siria cuando ocurrió.

Su voz descendió apenas.

—Su madre lo levantó del suelo de repente y lo lanzó hacia el interior de una casa cuya puerta estaba entreabierta.

Halil permaneció inmóvil.

—Después cerró la puerta desde afuera.

Pausa.

—Mi abuelo golpeó desesperadamente la madera. Gritó. Intentó abrir. Pero la columna de deportados siguió avanzando.

Sara guardó silencio unos segundos.

— Fue la última vez que vio a su madre.

Halil sintió que algo se comprimía lentamente dentro de él. Sus ojos se humedecieron. Tragó saliva.

Durante años había aprendido a pensar los conflictos en términos militares: territorios, seguridad, insurgencia, enemigos. Pero las memorias familiares no hablaban ese lenguaje.

—Esa noche —continuó Sara—, los dueños de la casa regresaron y encontraron al niño escondido.

Sonrió levemente.

—Le dieron comida. Agua. Lo dejaron quedarse unos días. Después lograron contactar a otra familia judía que vivía cerca de la región. Judíos caucásicos.

Halil frunció ligeramente el ceño.

—¿Los judíos de las montañas?

Sara asintió.

—Sí. Una comunidad antiquísima del Cáucaso. Mi abuelo decía que mezclaban historia y leyenda con la misma naturalidad. Algunos aseguraban descender de antiguas tribus israelitas perdidas siglos antes de Cristo.

Sonrió otra vez.

—Nunca supe cuánto había de verdad y cuánto de mito. Pero ellos lo creían profundamente.

Aquella familia terminó adoptándolo.

Fue allí donde Absalón Levi estudió el judaísmo, celebró su Bar Mitzvah y reconstruyó lentamente una vida nueva entre personas que también conocían el exilio y la persecución.

—Años después volvió a encontrar familiares de apellido Levi que habían sobrevivido —dijo Sara—. Luego conoció a mi abuela… y el resto terminó convirtiéndose en nuestra historia.

El apartamento permaneció en silencio algunos segundos.

Desde la habitación contigua llegó un pequeño ruido.

Kerem acababa de despertarse.

Sara sonrió automáticamente al escucharlo.

Ese gesto sencillo hizo que Halil comprendiera algo profundamente humano: las generaciones futuras nacen sin conocer todavía el peso de las memorias antiguas.

Y quizá eso también era una forma de esperanza.

Sara se levantó y caminó hacia la habitación del niño.
Halil la observó alejarse lentamente.
Luego regresó con el niño.

La conversación se prolongó durante horas, casi sin que ninguno de los dos advirtiera el paso del tiempo.

Durante años había pensado que las heridas históricas pertenecían únicamente a los pueblos enfrentados en los campos de batalla.

Ahora comenzaba a comprender algo más complejo: muchas veces, las heridas sobreviven escondidas dentro de las familias. En silencios. En fotografías antiguas. En nombres que atraviesan generaciones enteras.

Afuera, las luces de Manhattan comenzaban a brillar bajo la noche de primavera. Y en algún lugar lejano, más allá de fronteras, guerras y memorias enfrentadas, el Monte Ararat permanecía inmóvil bajo las estrellas.

— O —

Capítulo 32
Mîzan Berkar

Manhattan, N.Y.

Poco después, una noche, durante una cena en casa de Steven y Laura Stefelbach, la conversación volvió inesperadamente hacia Sara.

—¿Y cómo la conociste? —preguntó Laura mientras servía vino.

Halil sonrió apenas.

—En el hospital de Konya.

Steven levantó las cejas.

—Entonces ella te salvó.

Halil guardó silencio unos segundos.

Miró hacia Sara, que conversaba al otro lado de la mesa mientras sostenía a Kerem entre los brazos.

Después dijo en voz baja:

—Más veces de las que ella imagina.

Pasaron algunos meses.

La vida en Nueva York había comenzado a adquirir cierta apariencia de normalidad. Halil cumplía sus funciones diplomáticas con una disciplina casi automática; Sara retomaba lentamente sus actividades médicas, mientras Kerem llenaba el apartamento con pequeños sonidos cotidianos que todavía les parecían milagrosos.

Sin embargo, el pasado no desaparecía.

Las guerras rara vez terminan cuando callan las armas. Permanecen ocultas en la memoria, aguardando pacientemente el momento de regresar.

Cierta mañana de enero, Halil recibió una carta cifrada proveniente de Turquía.

La firma al final del documento era breve:

Mîzan Berkar.

El comandante kurdo proponía abrir canales preliminares para unas conversaciones discretas entre representantes del gobierno turco y sectores insurgentes de las montañas.

Halil leyó la carta dos veces. Después permaneció varios minutos observando la nieve caer detrás del ventanal. Comprendía perfectamente lo que aquello significaba. Las guerras podían sostenerse durante décadas alimentándose del miedo, del orgullo y de las viejas heridas.

La paz era diferente.

Exigía algo mucho más difícil: hombres dispuestos a arriesgar no solo su posición política, sino también las certezas sobre las que habían construido toda una vida.

Días después viajó nuevamente hacia Ağrı, la ciudad fronteriza cercana al Monte Ararat. El invierno golpeaba con fuerza aquella región. La nieve cubría tejados, carreteras y callejones estrechos. El viento descendía desde las montañas con una violencia seca que obligaba a la gente a caminar encorvada.

Halil llegó entrada la tarde.

El aire marcaba ocho grados bajo cero.

Al entrar en la casa de Brîska Ershekyan sintió inmediatamente el calor de la calefacción y el aroma familiar del té de granada.

Brîska apareció desde la cocina secándose las manos con un paño.

—El invierno no perdona aquí —dijo con una sonrisa leve.

Halil dejó el abrigo junto a la puerta.

—Empiezo a creerlo.

Sobre la mesa baja del salón descansaban dos vasos de cristal humeante y un plato de galletas cubiertas con azúcar.

Durante unos minutos hablaron de cosas simples: el clima, el estado de las carreteras, la salud del hijo de Brîska.

Después, el silencio natural entre ambos permitió que entrara en escena el verdadero motivo del viaje.

Halil sostuvo el vaso caliente entre las manos antes de hablar.

—Necesito entender quién es realmente Mîzan Berkar.

Brîska lo observó durante unos segundos.

Sabía que aquella pregunta iba mucho más allá de un simple comandante guerrillero.

—No lo conozco personalmente —respondió finalmente—. Pero he escuchado hablar de él desde hace muchos años.

Hizo una pausa.

—Dicen que es un hombre duro. Muy duro.

Miró un instante hacia la ventana empañada.

—Pero también dicen que nunca ha olvidado que los hombres que combate… también son hombres.

Aquella frase quedó resonando en la habitación.

Halil permaneció callado.

Brîska continuó:

—En las montañas lo respetan. Algunos incluso le temen. Pero nadie duda de su palabra.

—¿Y usted cree que realmente quiere negociar?

La mujer tardó unos segundos en responder.

—Creo que está cansado.

La respuesta sorprendió a Halil más que cualquier discurso político.

—Cansado, no derrotado, no rendido. Simplemente cansado de enterrar hombres.

La información de Brîska, sin embargo, seguía siendo insuficiente.

Aquella misma noche, desde la habitación del hotel, Halil decidió contactar a un antiguo agente infiltrado que durante años había operado en zonas controladas por grupos kurdos.

Su nombre operativo era Kirêtt. "Feo".

El apodo le encajaba perfectamente.

Halil lo había visto apenas dos veces en su vida y todavía recordaba la impresión incómoda que producía. La barba desordenada, los ojos demasiado juntos, la nariz prominente y el aspecto permanentemente descuidado hacían pensar más en un vagabundo alcohólico que en un agente doble vinculado a la CIA.

Y quizá precisamente por eso sobrevivía.

Nadie miraba dos veces a hombres como Kirêtt.

El archivo llegó pasada la medianoche a través de un canal cifrado.

Halil abrió el documento desde la cama mientras el viento golpeaba las ventanas del hotel.

La fotografía de Kirêtt apareció primero. Borrosa. Mal iluminada.

Después comenzó el texto.

El informe de Kirêtt mencionaba que, en aquellas montañas, Mîzan Berkar imponía respeto incluso antes de hablar.

Quienes lo conocían sabían que su autoridad no provenía únicamente de los años de guerra ni de los hombres armados bajo su mando.

Había en él algo más antiguo.

Algo que parecía pertenecer a las mismas montañas donde había nacido.

Según Kirêtt, Mîzan Berkar nació en un poblado perdido entre las laderas del Zagros. Un lugar donde, según sus palabras, el invierno cae sobre las aldeas como una sentencia y el viento parece venir cargado con siglos de memoria.

Era hijo de pastores.

Aprendió desde niño a orientarse observando las sombras sobre las montañas y el comportamiento de los vientos.

Aquella geografía áspera le enseñó dos cosas que nunca olvidaría: la paciencia y la resistencia.

Kirêtt añadía que, mucho antes de convertirse en comandante ya había comprendido que su generación difícilmente conocería una vida tranquila.

Primero fue mensajero entre aldeas. Después combatiente. Más tarde conductor de pequeños grupos armados que atravesaban desfiladeros imposibles durante la noche.

Nunca buscó liderazgo. El liderazgo terminó buscándolo a él. No porque fuera el más feroz. Sino porque parecía comprender algo que muchos guerreros olvidaban: cada combate tenía un precio que alguien debía pagar después.

En los campamentos hablaba poco. Escuchaba mucho.

Según Kirêtt, sus hombres decían que Mîzan podía permanecer largos minutos observando un valle antes de tomar una decisión, como si estuviera consultando algo invisible en las montañas mismas.

Cuando finalmente hablaba, nadie discutía sus órdenes. No porque gritara. Porque normalmente tenía razón.

Había visto demasiados jóvenes morir como para romantizar la guerra.

Si una operación no tenía sentido, prefería retirarse.

Decía Kirêtt que algunos interpretaron aquello como cobardía durante los primeros años.

Después comprendieron que precisamente por eso su batallón seguía vivo.

Mîzan no amaba la guerra. Simplemente había aprendido a sobrevivir dentro de ella. Cuando alguno de sus hombres moría, insistía personalmente en devolver el cuerpo a la familia. Decía que ningún hombre que hubiera

luchado por su tierra debía terminar olvidado en una colina sin nombre.

Kirêtt afirmaba haberlo observado durante las noches de guardia, cuando permanecía solo frente a las montañas. Fumaba lentamente. Miraba el horizonte durante horas. Y concluía el informe con una observación personal: nadie sabía exactamente qué pensaba Mîzan durante aquellas largas guardias nocturnas. Tal vez recordaba a los amigos enterrados. Tal vez imaginaba un país que nunca existiría. O tal vez simplemente escuchaba el viento entre las montañas. Aquellas montañas no eran solo refugio. Eran memoria.

Halil terminó de leer cerca de las tres de la madrugada. Después cerró lentamente el portátil. Durante varios minutos permaneció sentado en silencio.

La calefacción del hotel emitía un zumbido leve.

Afuera seguía nevando.

Comprendió entonces que las futuras negociaciones no enfrentarían solamente gobiernos y milicias. Enfrentarían memorias. Décadas de muertos. Humillaciones. Desconfianza. Odio heredado de generación en generación.

Y aun así... por primera vez en muchos años, Halil sintió que la historia podía tomar un rumbo distinto.

La posibilidad era pequeña. Frágil. Imperfecta. Quizá incluso improbable.

Pero era real.

Halil caminó hasta la ventana.

A lo lejos, detrás de la tormenta de nieve, apenas podía distinguirse la silueta oscura del Ararat.

Permanecía allí. Inmóvil.

Como si hubiera visto demasiadas guerras para sorprenderse todavía de los hombres.

— O —

Capítulo 33
Recuerdos que no desaparecen fácilmente

En la memoria de Halil aquellas escenas seguían intactas.

El tiempo no había conseguido borrar sus contornos.

Regresaban de pronto, sin aviso, como si continuaran ocurriendo en algún lugar oculto de su conciencia.

La explosión ocurrió a media tarde.

Hasta unos segundos antes todavía había olor a té caliente y tabaco recién encendido. Algunos soldados conversaban apoyados contra los vehículos, mientras otros revisaban mapas sobre una mesa improvisada.

Nadie vio venir el estallido.

El golpe levantó tierra, fuego y fragmentos metálicos en una sola sacudida brutal.

Después llegó el silencio.

Un silencio espeso. Desorientado. Como si incluso el aire hubiera quedado aturdido. Cuando la nube de polvo comenzó a disiparse, los sobrevivientes caminaron entre restos de metal y cuerpos tendidos sobre la tierra ennegrecida.

Uno de los soldados permanecía inclinado junto a un compañero muerto. Lo observaba sin comprender algo mínimo. Algo absurdamente pequeño.

El hombre seguía sosteniendo el pequeño vaso de vidrio donde minutos antes había bebido té de granada.

Los dedos no se habían abierto.

El soldado pensó: —Debería soltarlo. Ya no volverá a necesitarlo.

Pero el muerto continuaba aferrado al vaso. Como si el cuerpo todavía ignorara lo ocurrido.

La bandera turca que colgaba cerca de los vehículos había caído sobre el cascajo. El rojo aparecía cubierto de polvo oscuro. La media luna blanca estaba rasgada por la metralla.

Nadie intentó levantarla de inmediato. Había hombres gritando nombres. Otros llamando por radio. Algunos simplemente permanecían inmóviles, observando a los muertos con la mirada perdida.

Uno de los heridos repetía:

—No siento nada… no siento nada…

Aunque la sangre descendía lentamente por su cuello.

Después llegaron la rabia, las amenazas y las promesas de retaliación. Y también ese dolor silencioso que aparece cuando alguien comprende que la vida acaba de dividirse en dos partes: antes y después.

***

La noche siguiente, en un pequeño poblado kurdo cercano a la frontera, un perro comenzó a ladrar desesperadamente.

Después se escucharon motores. Luces. Gritos.

—¡Vienen los turcos!

Las puertas comenzaron a cerrarse.

Algunas mujeres intentaron esconder a los niños debajo de las camas o detrás de muros de adobe.

No hubo tiempo suficiente.

Los hombres armados entraron al pueblo envueltos en polvo y furia. Nadie preguntó demasiado. La violencia descendió sobre las casas como una tormenta ciega.

A la mañana siguiente, cuando los Peshmergas llegaron finalmente al poblado, el humo todavía escapaba de algunas viviendas.

Un anciano permanecía sentado frente a una pared destruida, sosteniendo aún un cigarro apagado entre los labios. Tenía la mirada fija en algún punto invisible del suelo.

No lloraba.

A pocos metros, una mujer cubría con una manta el cuerpo inmóvil de un muchacho demasiado joven. Los niños observaban en silencio. Ese silencio extraño de quienes han visto algo que todavía no consiguen comprender.

Uno de los combatientes kurdos recorrió lentamente la explanada detrás de la arboleda. Contó los cuerpos. Después dejó de contar.

Semanas más tarde vino la explosión de la plaza Kızılay.

La mochila roja. El carrito de bomberos cubierto de polvo. Las sirenas. El humo ascendiendo entre edificios destrozados.

Otro motivo para seguir odiando. Otra herida añadida a las anteriores. Otro nombre incorporado a la memoria.

Con el paso del tiempo, Halil comprendió algo que jamás había aprendido durante los entrenamientos militares.

La venganza nunca terminaba donde uno imaginaba. Cada muerto dejaba otro hombre lleno de rabia. Cada explosión sembraba la siguiente. Cada entierro preparaba otro funeral.

Y en medio de todo quedaban las personas comunes. Las que solo querían regresar a casa. Tomar un café. Dormir sin miedo. Ver crecer a sus hijos lejos de los disparos.

Una noche, mientras observaba desde la ventana del hotel la nieve caer sobre Ağrı, recordó el vaso de vidrio atrapado todavía entre los dedos del soldado muerto.

No sabía por qué aquella imagen seguía persiguiéndolo. Tal vez porque resumía mejor que cualquier discurso lo que era una guerra. La guerra destruye cuerpos. También deja suspendidos pequeños gestos humanos que continúan existiendo absurdamente entre las ruinas.

Un vaso de té. Una fotografía guardada en un bolsillo. Un poema medio recordado. Una promesa que ya nadie podrá cumplir.

Halil cerró lentamente los ojos.

Y por primera vez en muchos años se permitió formular en silencio una pregunta que ya no parecía política, ni militar, ni ideológica. Solo humana.

—¿Hasta cuándo...?

Afuera seguía nevando. Las montañas permanecían ocultas detrás de la tormenta. Y nadie respondió.

—O —

Capítulo 34
El encuentro en las montañas

El camino hacia las montañas del Zagros no figuraba en ningún mapa oficial.

Halil lo comprendió desde el primer momento.

El vehículo que lo transportaba había abandonado la carretera principal hacía más de una hora. Desde entonces avanzaban por senderos de tierra que serpenteaban entre laderas secas, quebradas profundas y pequeñas aldeas de piedra que parecían suspendidas fuera del tiempo.

El conductor apenas hablaba.

Era un kurdo joven, de rostro anguloso y mirada desconfiada, que respondía con monosílabos cada vez que Halil intentaba iniciar una conversación.

La nieve manchada de barro acompañaba el camino entre piedras, baches y charcos, bajo un frío que parecía atravesar la ropa y alojarse directamente en los huesos.

La tarde comenzaba a declinar cuando llegaron al primer control.

Dos hombres armados emergieron detrás de unas rocas.

Llevaban uniformes irregulares y fusiles colgados del hombro. En una de las mangas destacaba la bandera kurda: rojo, blanco y verde, con un sol amarillo en el centro.

Sus rostros curtidos por el viento de las montañas no mostraban hostilidad abierta, pero tampoco ofrecían hospitalidad.

Uno de ellos se acercó al vehículo.

—¿Es él?

El conductor asintió.

Los hombres observaron a Halil durante unos segundos, como si intentaran descifrar algo más profundo que su identidad.

Finalmente hicieron un gesto para que continuaran.

El camino siguió ascendiendo.

Halil abrió una botella de agua que llevaba en la mochila.

Bebió un par de sorbos.

La guardó nuevamente.

A medida que avanzaban, el paisaje se volvía más abrupto.

Las montañas aparecían ahora como inmensas murallas de piedra gris recortadas contra un cielo que comenzaba a teñirse de tonos rojizos y que pintaba de rosa el blanco nevado del invierno.

Pensó que aquellas montañas no solo protegían a quienes vivían en ellas.

También los separaban del resto del mundo.

Halil seguía siendo el mismo hombre metódico que había aprendido a ser desde joven.

Antes de emprender el viaje había estudiado cuanto pudo acerca de la región.

Incluso le había comentado a Sara:

—Para tu información, la reunión con los kurdos es en los montes Zagros. Es una región tan extensa que, a partir de cierto punto, uno ya no sabe exactamente en qué país se encuentra.

Finalmente llegaron cuando el sol desaparecía detrás de las cumbres.

Halil observó el campamento.

No era grande.

Parecía más un lugar de tránsito que una base permanente.

Había un puñado de tiendas militares, algunas estructuras improvisadas con lonas y madera, y una pequeña fogata alrededor de la cual varios hombres conversaban en voz baja.

Cuando el vehículo se detuvo, uno de los combatientes se acercó.

—El comandante lo espera.

Halil descendió y siguió al hombre entre las tiendas.

En el centro del campamento, junto a una mesa de madera tosca, había un hombre de pie observando el horizonte.

No necesitó preguntar quién era.

Había algo en su quietud que lo distinguía de los demás.

El hombre se volvió lentamente.

—Halil Demirci.

No era una pregunta.

—Sí.

El comandante lo observó durante unos segundos antes de extender la mano.

Ya se conocían.

El apretón fue firme. Sin teatralidad. Sin desafíos. Sin cordialidades innecesarias.

Durante un instante permanecieron en silencio.

Halil estudió el rostro de su interlocutor. Era un hombre de mediana edad, de mirada profunda y serena. El rostro estaba marcado por líneas que no parecían

pertenecer únicamente al paso de los años. Había en él la huella de muchas decisiones difíciles.

—Bienvenido nuevamente a nuestras montañas —dijo finalmente Mîzan.

Halil miró alrededor.

—Son imponentes.

Mîzan observó las cumbres.

—También son pacientes.

La frase quedó suspendida en el aire.

Mîzan señaló una silla.

—Siéntese.

Un combatiente apareció con dos vasos de té verde humeante.

—Pero si prefiere café, también podemos prepararlo.

—El café me va muy bien.

Mîzan sonrió levemente.

—Yo, a esta hora, ya no lo tomo. La edad me ha enseñado que algunas batallas se libran mejor después de dormir.

Halil dejó escapar una breve sonrisa.

Pocos minutos después ambos saboreaban sus bebidas calientes mientras el frío descendía lentamente sobre el campamento.

Durante unos momentos ninguno habló.

El viento bajaba desde las cumbres arrastrando el olor seco de la piedra y de la tierra.

Finalmente, Mîzan rompió el silencio.

—Me alegra que haya salido avante del tribunal militar kurdo.

—Gracias.

—Me dijeron que viene con una propuesta de negociación.

Halil asintió.

—Creo que ambos sabemos que esta guerra ha durado demasiado.

Mîzan lo observó atentamente.

—Eso depende de quién empiece a contar los años.

Halil guardó silencio.

—Tal vez —admitió finalmente—. Pero cada año añade más muertos.

Mîzan bajó la mirada hacia el vaso que sostenía entre las manos.

—Los muertos son el lenguaje favorito de las guerras largas.

Después levantó la vista.

—Y también la razón por la cual, de vez en cuando, algunos hombres intentan detenerlas.

El silencio regresó.

Halil tomó un sorbo de café.

A lo lejos, en algún punto de la montaña, resonó el eco seco de un disparo aislado.

Nadie en el campamento pareció alarmarse.

Era parte del paisaje.

Mîzan apoyó lentamente el vaso sobre la mesa.

—Dígame entonces, Halil Demirci... ¿qué es exactamente lo que propone su gobierno?

Halil respiró hondo.

Sabía que aquella conversación no sería sencilla. Pero también comprendía que el hombre sentado frente a él no era un fanático. Tampoco un aventurero.

Era algo mucho más difícil de enfrentar.

Un hombre convencido.

Y en las montañas, los hombres convencidos rara vez abandonan sus posiciones con facilidad.

—Creo —dijo finalmente— que ambos pueblos han enterrado suficientes hijos.

Mîzan sostuvo su mirada.

—Eso también lo creemos nosotros.

El viento volvió a recorrer lentamente el campamento. Durante unos segundos ninguno habló. Las montañas parecían escuchar.

—La posición del gobierno turco es clara. Turquía nunca aceptará la fragmentación de su territorio soberano ni la creación de un Estado independiente dentro de sus fronteras.

Mîzan asintió lentamente.

No parecía sorprendido.

—Nuestra posición también es clara —respondió—. El pueblo kurdo jamás dejará de luchar por el derecho a decidir su propio destino.

Guardó silencio unos segundos.

—Y además de territorio, buscamos algo igual de importante.

Respeto. Respeto por nuestra lengua. Por nuestra cultura. Por nuestras costumbres.

No somos turcos de montaña. Nunca lo fuimos. Somos un pueblo antiguo que ha sobrevivido demasiado tiempo intentando convencer a otros de que existe.

El silencio se instaló nuevamente entre ambos.

Halil fue el primero en romperlo.

—¿Y si existiera un punto intermedio?

Mîzan lo observó.

—Lo escucho.

—Una autonomía real. Amplia. Garantizada constitucionalmente. Con capacidad de autogobierno, protección cultural y participación política efectiva. Sin independencia formal, pero también sin asimilación forzada.

Mîzan permaneció inmóvil.

—Muchos pueblos han encontrado soluciones semejantes —continuó Halil—. Quizá no sea todo lo que ustedes desean. Pero podría ser más de lo que han tenido hasta ahora.

La conversación continuó durante horas.

Ninguno de los dos cambió de posición aquella noche.

Tampoco era ese el objetivo.

Pero cuando la medianoche llegó a las montañas del Zagros, ambos comprendían mejor los argumentos del otro. Y en conflictos tan antiguos como aquel, comprender ya constituía una forma modesta de progreso.

Afuera, el viento seguía recorriendo las montañas. Y por primera vez en muchos años, el silencio ya no parecía anunciar otra batalla.

— O —

Epílogo
El viento sobre las montañas

La conversación terminó mucho después de la medianoche.

No hubo acuerdos definitivos. No hubo documentos firmados. Ni promesas grandilocuentes. Solo palabras.

Palabras pronunciadas con cautela por hombres que habían vivido demasiado tiempo rodeados de muerte como para confiar fácilmente en el futuro.

Cuando Halil salió de la tienda principal, el campamento permanecía casi en silencio.

Algunas fogatas todavía ardían entre las piedras.

A lo lejos se escuchaban voces dispersas, el sonido metálico de un arma apoyada contra una roca y el ladrido lejano de un perro perdido en la oscuridad de las montañas.

El frío descendía lentamente desde las cumbres.

Halil caminó unos metros alejándose del campamento hasta quedar solo frente al horizonte.

La noche sobre los Zagros parecía inmensa.

Levantó la mirada.

Las montañas continuaban allí. Antiguas. Pacientes. Indiferentes a las fronteras que los hombres dibujaban sobre mapas cambiantes.

Durante años había observado el mundo a través de la mira telescópica de un fusil.

Había aprendido a calcular distancias, viento, respiración y trayectorias. Había visto caer hombres cuyos nombres nunca llegó a conocer.

Y también había aprendido algo más oscuro: el odio puede convertirse en costumbre.

Cerró los ojos durante unos segundos. Pensó en Damla. Pensó en Kerem. Pensó en el carrito rojo cubierto de polvo en medio de la plaza Kızılay. Pensó en Adar Danagarin desplomándose entre las rocas de Kobane. Pensó en Ashti Azadari.

Pensó en los jóvenes soldados muertos sosteniendo todavía un vaso de té. En las madres que seguían esperando hijos que jamás regresarían.

Demasiados recuerdos. Demasiadas ausencias. Demasiados entierros.

Y, sin embargo, allí estaba él.

En las mismas montañas donde años atrás habría llegado buscando enemigos.

Ahora había llegado buscando palabras.

El viento recorrió las laderas levantando pequeños remolinos de nieve seca.

Halil abrió lentamente los ojos.

A lo lejos, detrás de las sombras irregulares de las montañas, comenzaba a insinuarse una claridad tenue sobre el horizonte.

El amanecer. Pequeño. Frágil. Casi invisible todavía. Pero real.

Detrás de él, en algún punto del campamento, las conversaciones continuaban.

No sabía si aquellas negociaciones cambiarían realmente el destino de pueblos enfrentados durante generaciones.

Tal vez fracasarían. Tal vez volverían las armas. Tal vez el odio sobreviviría todavía muchos años más. La historia estaba llena de intentos fallidos.

Pero también de hombres que, en algún momento, decidieron romper el ciclo.

Por primera vez en demasiado tiempo, quienes antes intentaban matarse habían decidido sentarse a escucharse.

Y quizá... solo quizá... aquello bastaba para seguir intentándolo.

El viento volvió a descender desde las montañas.

Halil respiró profundamente.

Frente a él, la primera luz comenzaba a tocar las cumbres del Kurdistán. Las mismas montañas que durante siglos habían visto pasar imperios, guerras, exilios y fronteras.

Las mismas montañas que habían dado refugio a un pueblo al que tantas veces intentaron borrar de la historia.

Permaneció inmóvil observándolas.

El sol terminó de asomar detrás de las montañas. Y el viento siguió su camino como lo había hecho siempre, como seguiría haciéndolo mucho después de que los hombres abandonaran aquellas tierras.

***

Tiempo después, Bruce Merino y Tinna Olafsdóttir, con la colaboración de Halil Demirci y tras una cuidadosa labor de investigación, decidieron reunir los principales

antecedentes históricos que permitieran comprender mejor los acontecimientos narrados en estas páginas.

El resultado de ese trabajo se presenta en los anexos documentales que acompañan esta obra, elaborados con el propósito de ofrecer al lector un contexto histórico y geopolítico que complemente la historia narrada en estas páginas.

FIN

Segunda Parte

Ensayo

La historia geopolítica en el contexto del conflicto entre los países del medio oriente y el pueblo de los kurdos.

Un pueblo sin patria

—Anexos—

Nota del autor

La historia narrada en esta novela es una obra de ficción inspirada en acontecimientos, personajes y contextos históricos reales.

Aunque los protagonistas y buena parte de las situaciones descritas pertenecen al ámbito de la creación literaria, el trasfondo geográfico, político y humano que sirve de escenario a la narración se encuentra estrechamente vinculado con hechos que han marcado la historia contemporánea del pueblo kurdo y de Oriente Medio.

Los anexos que siguen tienen un propósito exclusivamente informativo. No pretenden constituir un estudio académico exhaustivo ni una interpretación definitiva de los acontecimientos. Su objetivo es ofrecer al lector una visión general de algunos aspectos históricos, culturales y geopolíticos que ayudan a comprender mejor el contexto en el que se desarrolla la novela.

La cuestión kurda es compleja. En ella convergen siglos de historia, identidades nacionales, intereses estratégicos, conflictos armados, aspiraciones políticas y profundas experiencias humanas que no siempre admiten explicaciones simples.

Como ocurre con toda realidad histórica, existen múltiples interpretaciones y perspectivas sobre los hechos aquí mencionados. Este material busca aproximarse a ellos con respeto, equilibrio y espíritu divulgativo, invitando al lector a profundizar por sí mismo en una de las historias más fascinantes y menos conocidas del mundo contemporáneo.

Si estas páginas despiertan curiosidad por conocer más acerca del pueblo kurdo, de su cultura y de su historia, habrán cumplido plenamente su propósito.

Anexo I
Las raíces ancestrales del pueblo kurdo

Hablar del origen de los kurdos significa adentrarse en una de las regiones más antiguas y complejas de la historia humana. Como ocurre con muchos pueblos del Oriente Medio, no existe una genealogía única ni una línea de descendencia perfectamente definida que permita explicar su origen de manera simple.

Los kurdos son el resultado de un largo proceso histórico de formación étnica y cultural desarrollado durante siglos en las montañas y altiplanos que hoy se extienden entre Turquía, Irak, Irán, Siria y las regiones vecinas del Cáucaso.

Las cadenas montañosas del Taurus y los Zagros han constituido desde tiempos remotos el escenario natural de pueblos pastores, tribus guerreras y comunidades agrícolas que aprendieron a sobrevivir en una geografía difícil, marcada por profundos valles, pasos escarpados y extensas mesetas barridas por el viento. En ese entorno fue tomando forma, lentamente, la identidad de quienes hoy conocemos como kurdos.

Desde el punto de vista lingüístico, la filiación resulta relativamente clara. La lengua kurda pertenece al grupo de las lenguas iranias occidentales, una rama de la gran familia indoeuropea que incluye también al persa, al pastún y a otras lenguas históricas del mundo iranio. Este hecho vincula a los kurdos con los movimientos migratorios de

pueblos iranios que, durante la Antigüedad, se desplazaron desde las estepas de Asia Central hacia las regiones del actual Irán y Anatolia oriental.

Sin embargo, lengua y origen étnico no son necesariamente equivalentes. Cuando las lenguas iranias llegaron a estas montañas, la región ya se encontraba habitada por comunidades mucho más antiguas.

Las fuentes de los imperios mesopotámicos —entre ellos Sumer, Acad, Babilonia y Asiria— mencionan con frecuencia a pueblos montañeses asentados en las regiones del norte de Mesopotamia y del oeste iraní. Se trataba de comunidades difíciles de someter, organizadas en tribus o pequeños señoríos, que aparecen bajo denominaciones diversas en los registros históricos.

Algunos investigadores han propuesto posibles vínculos entre aquellas poblaciones antiguas —como los guti y otros grupos establecidos en los montes Zagros— y ciertas comunidades que posteriormente formarían parte del mundo kurdo. Sin embargo, la evidencia disponible es fragmentaria y obliga a mantener una postura prudente.

Una de las hipótesis más conocidas relaciona a los kurdos con los antiguos medos. Los medos fueron un pueblo iranio que, durante el primer milenio antes de Cristo, llegó a constituir uno de los grandes poderes políticos de la región antes de la expansión del Imperio persa.

La idea de que los kurdos son descendientes directos de los medos ocupa un lugar destacado dentro de la

memoria histórica y de la tradición cultural kurda. Durante generaciones ha servido como elemento de identidad colectiva y como referencia simbólica de continuidad histórica.

La historiografía moderna, sin embargo, suele abordar esta relación con mayor cautela. Muchos especialistas consideran probable la existencia de importantes vínculos culturales, lingüísticos y demográficos entre medos y kurdos, aunque reconocen que la evidencia disponible no permite afirmar una continuidad directa y absoluta entre ambos pueblos.

Otra referencia histórica frecuentemente citada aparece en la obra *La Anábasis* del historiador griego Jenofonte. En el año 401 a. C., durante la retirada de los Diez Mil mercenarios griegos desde el interior del Imperio persa hacia el mar Negro, Jenofonte describió a un pueblo montañés denominado Kardouchoi o Carduchi, cuyos guerreros hostigaron constantemente a las tropas griegas durante su travesía.

Desde el siglo XIX, diversos investigadores han sugerido que aquellos Carduchi podrían guardar relación con los antepasados de los kurdos actuales. La semejanza fonética de los nombres y la coincidencia geográfica alimentaron esta hipótesis. No obstante, tampoco existe consenso definitivo entre los especialistas.

Otros estudios han señalado a los Cyrtii, una población montañesa mencionada en fuentes clásicas de época helenística y romana, como posible componente

ancestral dentro del complejo proceso de formación del pueblo kurdo.

Lo que emerge de todas estas teorías no es una línea genealógica simple, sino una realidad mucho más compleja y probablemente más cercana a la verdad histórica. Los kurdos parecen ser el resultado de una larga continuidad humana desarrollada en las montañas del norte de Mesopotamia y del oeste iraní, donde distintas poblaciones fueron incorporando nuevas lenguas, influencias culturales y formas de organización política a lo largo de los siglos.

El propio término «kurdo» posee una historia evolutiva. Durante la Antigüedad tardía y los primeros siglos del islam comenzó a aparecer con mayor frecuencia en las fuentes escritas. En algunos contextos hacía referencia a tribus pastoriles y comunidades montañesas; en otros, designaba claramente a un grupo étnico diferenciado.

Con el paso del tiempo, el término adquirió un significado cada vez más definido y terminó consolidándose como la denominación de un pueblo reconocido en gran parte del mundo islámico medieval.

A partir del siglo VII, las referencias históricas a los kurdos se vuelven más abundantes y precisas. Las crónicas los mencionan como guerreros, gobernantes locales, señores de fortalezas montañosas y participantes activos en los conflictos entre los grandes imperios que se disputaban la región.

Durante la Edad Media surgieron diversos principados kurdos relativamente autónomos que gobernaron extensas áreas de las montañas del norte de Mesopotamia. Aunque ninguno de ellos logró consolidar un Estado kurdo unificado y duradero, constituyeron importantes antecedentes históricos de organización política propia.

Más allá de las discusiones sobre orígenes, nombres y linajes, existe un elemento constante a lo largo de toda la historia kurda: la geografía.

Las montañas han sido, desde tiempos inmemoriales, el hogar natural del pueblo kurdo.

En ellas encontraron refugio frente a invasiones e imperios poderosos. En ellas preservaron lenguas, tradiciones y formas de vida que sobrevivieron a numerosos cambios políticos. Pero esas mismas montañas también contribuyeron a su aislamiento y fragmentación, dificultando la construcción de estructuras políticas unificadas.

Quizá por ello, una frase repetida durante generaciones resume buena parte de la experiencia histórica kurda:

«Los kurdos no tienen más amigos que las montañas».

Más que una consigna política, la expresión refleja una percepción histórica forjada a lo largo de siglos de

alianzas cambiantes, promesas incumplidas y luchas por la supervivencia.

Hoy, entre las montañas donde convergen Turquía, Irak, Irán y Siria, continúa desarrollándose la historia de uno de los pueblos más antiguos y persistentes del Oriente Medio. Una historia marcada por la resistencia, la adaptación y la permanente búsqueda de reconocimiento político y cultural.

Comprender esas raíces históricas constituye el primer paso para entender el complejo conflicto que ha acompañado al pueblo kurdo durante buena parte de la era contemporánea.

— O —

Anexo II
Los kurdos: un pueblo sin patria

A comienzos del siglo XX, el pueblo kurdo habitaba una extensa región montañosa que se extendía desde el sureste de Anatolia hasta el norte de Mesopotamia y el oeste de Irán. Aunque compartían lengua, tradiciones y una identidad cultural reconocible, los kurdos no constituían un Estado independiente. Formaban parte, en su mayoría, del vasto Imperio Otomano, mientras otros grupos vivían bajo dominio persa.

Durante siglos, esta situación no representó necesariamente una anomalía. En una época en la que los imperios multinacionales dominaban gran parte del mundo, numerosas comunidades étnicas coexistían dentro de estructuras políticas más amplias. Sin embargo, el siglo XX transformaría radicalmente ese escenario.

La Primera Guerra Mundial provocó la desaparición de varios imperios históricos, entre ellos el Imperio Otomano. Con su derrota en 1918, las potencias vencedoras emprendieron una profunda reorganización política del Oriente Medio. Nuevas fronteras fueron trazadas sobre mapas elaborados en despachos diplomáticos europeos, muchas veces sin tener en cuenta la compleja realidad étnica y cultural de los territorios afectados.

Fue en ese contexto donde surgió, por primera vez, la posibilidad de que los kurdos obtuvieran algún tipo de reconocimiento político internacional.

El Tratado de Sèvres, firmado en 1920 entre las potencias vencedoras y el derrotado Imperio Otomano, contemplaba la creación de mecanismos que podían conducir a la formación de una entidad kurda autónoma. Aunque el texto no garantizaba de forma automática la independencia, sí abría una puerta que muchos líderes kurdos interpretaron como el primer paso hacia la construcción de un Estado propio.

Aquella esperanza duró poco.

La resistencia nacionalista encabezada por Mustafa Kemal Atatürk modificó profundamente el panorama político. Tras la Guerra de Independencia Turca, los acuerdos de Sèvres fueron reemplazados por el Tratado de Lausana de 1923, documento que estableció las fronteras definitivas de la nueva República de Turquía.

Lausana eliminó cualquier referencia a un territorio kurdo autónomo.

A partir de ese momento, la cuestión kurda desapareció del marco jurídico internacional y millones de kurdos quedaron repartidos entre varios Estados distintos.

La mayor parte pasó a formar parte de Turquía.

Otros quedaron dentro de Irak, entonces bajo influencia británica.

Un importante sector permaneció en Siria, bajo administración francesa.

Y otros continuaron formando parte de Irán.

El Kurdistán histórico quedó fragmentado.

Desde entonces, los kurdos comenzaron a vivir bajo sistemas políticos diferentes, sujetos a legislaciones, administraciones y proyectos nacionales que con frecuencia no reconocían plenamente su identidad colectiva.

Durante buena parte del siglo XX, diversos gobiernos impulsaron políticas orientadas a fortalecer la cohesión nacional de los nuevos Estados surgidos tras la desaparición del Imperio Otomano. En algunos casos, estas políticas incluyeron restricciones al uso público de la lengua kurda, limitaciones culturales o intentos de integración forzada dentro de identidades nacionales más amplias.

Las respuestas kurdas también fueron diversas.

Algunos movimientos buscaron formas de autonomía política.

Otros promovieron reformas culturales.

Y algunos optaron por la lucha armada.

Como resultado, el conflicto adoptó múltiples formas a lo largo del tiempo y en distintos países.

La situación fue especialmente compleja porque el pueblo kurdo quedó dividido por fronteras internacionales que separaban comunidades con vínculos históricos, familiares y culturales profundos.

Mientras las capitales nacionales tomaban decisiones estratégicas, millones de kurdos continuaban viviendo en una realidad compartida que trascendía las fronteras establecidas por los tratados.

A lo largo del siglo XX surgieron diversas rebeliones, negociaciones y proyectos políticos que intentaron responder a esta situación. Algunos fueron reprimidos. Otros alcanzaron éxitos parciales. Ninguno logró resolver definitivamente la cuestión kurda.

El final de la Guerra Fría y los conflictos que afectaron a Oriente Medio durante las últimas décadas introdujeron nuevas variables.

La creación de la Región Autónoma del Kurdistán en Irak, el surgimiento de administraciones autónomas kurdas en el norte de Siria y el crecimiento de movimientos políticos kurdos dentro de Turquía modificaron el escenario regional.

Sin embargo, la cuestión fundamental permaneció sin resolverse.

¿Puede un pueblo repartido entre varios Estados preservar su identidad, ejercer formas efectivas de autogobierno y garantizar sus derechos colectivos sin disponer de un Estado propio?

Las respuestas a esa pregunta continúan siendo objeto de debate político, jurídico e histórico.

Para millones de kurdos, la cuestión sigue abierta.

Y es precisamente esa realidad —la existencia de una nación sin Estado, dividida por fronteras que nunca eligió— la que constituye uno de los elementos centrales para comprender el conflicto contemporáneo descrito en esta novela.

La historia moderna del pueblo kurdo es, en gran medida, la historia de una identidad que sobrevivió a la fragmentación política.

Una historia marcada por promesas incumplidas, aspiraciones persistentes y una permanente búsqueda de reconocimiento.

Comprender esa experiencia resulta indispensable para entender los acontecimientos que han moldeado el destino de Kurdistán durante el último siglo.

— O —

Anexo III
El conflicto kurdo contemporáneo

Comprender el conflicto kurdo contemporáneo exige abandonar las explicaciones simples.

No se trata únicamente de una disputa territorial. Tampoco puede reducirse a un enfrentamiento entre un gobierno y una organización armada. En realidad, confluyen factores históricos, identitarios, políticos, ideológicos y geoestratégicos que se han desarrollado durante décadas y que continúan influyendo en la vida de millones de personas en Oriente Medio.

Desde la desaparición del Imperio Otomano y la firma del Tratado de Lausana en 1923, los kurdos quedaron distribuidos entre varios Estados: Turquía, Irak, Siria e Irán. A partir de entonces, cada uno de estos países desarrolló políticas diferentes respecto de sus poblaciones kurdas, generando experiencias históricas diversas y, en ocasiones, contradictorias.

Sin embargo, fue en Turquía donde la cuestión kurda adquirió una de sus expresiones más complejas y prolongadas.

La cuestión turca

Durante gran parte del siglo XX, la República de Turquía impulsó un proyecto nacional basado en la construcción de una identidad estatal unificada.

En ese contexto, las expresiones públicas de identidad kurda fueron frecuentemente consideradas incompatibles con la visión oficial del Estado. Durante distintos periodos se aplicaron restricciones al uso público de la lengua kurda, a determinadas manifestaciones culturales y a formas de organización política vinculadas con reivindicaciones étnicas o regionales.

Estas tensiones alimentaron diversos movimientos de resistencia y oposición.

Con el paso de las décadas, la cuestión kurda dejó de ser exclusivamente un problema cultural para convertirse también en un conflicto político y de seguridad.

El surgimiento del PKK

En 1978 fue fundado el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), bajo el liderazgo de Abdullah Öcalan.

Influenciado inicialmente por corrientes marxistas-leninistas y por los movimientos revolucionarios de la época, el PKK planteó la creación de un Estado kurdo independiente y comenzó una campaña armada contra el Estado turco en 1984.

El conflicto provocó decenas de miles de muertos y desplazó a cientos de miles de personas durante las décadas siguientes.

Turquía, Estados Unidos y la Unión Europea clasificaron al PKK como organización terrorista debido a sus acciones armadas contra objetivos militares y civiles.

Para amplios sectores de la población kurda, sin embargo, el movimiento continuó siendo percibido como

una expresión de resistencia frente a décadas de exclusión política y cultural.

Esta diferencia de percepciones constituye uno de los elementos que más dificultan una interpretación única del conflicto.

Abdullah Öcalan y la evolución ideológica del movimiento kurdo

Uno de los cambios más significativos ocurrió después de la captura de Abdullah Öcalan en 1999.

Durante su encarcelamiento, Öcalan comenzó una profunda revisión de sus planteamientos políticos originales.

Gradualmente se alejó de la idea tradicional de construir un Estado-nación kurdo independiente y desarrolló una propuesta política diferente, influenciada en parte por las ideas del pensador estadounidense Murray Bookchin.

De esa evolución surgió el concepto conocido como Confederalismo Democrático.

El Confederalismo Democrático

A diferencia de los movimientos nacionalistas clásicos, el Confederalismo Democrático no plantea necesariamente la creación inmediata de un Estado kurdo soberano.

Su propuesta gira en torno a la construcción de estructuras autónomas de autogobierno local organizadas

mediante consejos comunitarios y mecanismos de participación ciudadana.

Entre sus principios fundamentales destacan:

- La descentralización política y administrativa.
- La participación democrática desde las comunidades locales.
- La igualdad de género como principio estructural.
- La protección del medio ambiente y el desarrollo sostenible.
- La convivencia entre diferentes grupos étnicos y religiosos.

Según sus defensores, este modelo permitiría preservar la identidad kurda sin necesidad de modificar radicalmente las fronteras existentes.

Sus críticos, por el contrario, consideran que estas estructuras podrían convertirse en plataformas para futuras aspiraciones independentistas.

Rojava y la experiencia del norte de Siria

Algunas de estas ideas fueron parcialmente implementadas en las regiones kurdas del norte de Siria durante la guerra civil iniciada en 2011.

En la zona conocida internacionalmente como Rojava surgieron formas de administración local inspiradas en los principios del Confederalismo Democrático.

Se establecieron mecanismos de representación compartida entre hombres y mujeres, consejos locales de gestión comunitaria y sistemas de participación política descentralizados.

Estas experiencias atrajeron la atención de observadores internacionales, aunque se desarrollaron en circunstancias excepcionales marcadas por la guerra y la ausencia de control efectivo del gobierno central sirio.

La guerra contra el Estado Islámico

La irrupción del Estado Islámico (EI) transformó profundamente el escenario regional.

A partir de 2014, diversas fuerzas kurdas se convirtieron en uno de los principales actores militares en la lucha contra la expansión del grupo yihadista en Siria e Irak.

Batallas como las de Kobane, Sinjar y Manbij adquirieron relevancia internacional debido a la resistencia de las milicias kurdas frente a un enemigo que, en aquel momento, parecía avanzar de manera imparable.

La participación de unidades femeninas kurdas, especialmente las YPJ, llamó la atención de medios de comunicación de todo el mundo y contribuyó a proyectar una imagen diferente del conflicto.

Estados Unidos, Turquía y las contradicciones estratégicas

La guerra contra el Estado Islámico produjo una situación geopolítica particularmente compleja.

Estados Unidos y varios países occidentales apoyaron militarmente a las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS), una coalición integrada por milicias kurdas y otros grupos locales que desempeñaron un papel decisivo en la derrota territorial del Estado Islámico.

Sin embargo, Turquía observaba con preocupación el fortalecimiento de organizaciones kurdas armadas cerca de sus fronteras.

Desde la perspectiva turca, algunas de estas estructuras mantenían vínculos ideológicos o políticos con el PKK.

Así surgió una paradoja estratégica:

Los mismos combatientes kurdos que eran considerados aliados indispensables por Washington en la lucha contra el Estado Islámico eran vistos por Ankara como una amenaza para su seguridad nacional.

Esta contradicción generó tensiones recurrentes dentro de la OTAN y continúa influyendo en las relaciones entre ambos países.

El factor energético

La dimensión geopolítica del conflicto también está relacionada con la distribución de recursos energéticos.

Varias regiones históricamente habitadas por población kurda poseen importantes reservas de petróleo y gas natural.

En Irak, una parte significativa de la producción petrolera procede de la Región Autónoma del Kurdistán.

En Siria, algunos de los principales campos petroleros se localizan en áreas donde las fuerzas kurdas han ejercido influencia.

El control de estos recursos no explica por sí solo el conflicto, pero constituye un elemento estratégico que influye en las decisiones de los gobiernos regionales y de las potencias internacionales.

Una realidad compleja

La cuestión kurda no puede comprenderse desde una única perspectiva.

Es, al mismo tiempo:

- Una disputa territorial surgida del reordenamiento político posterior a la Primera Guerra Mundial.
- Una reivindicación de reconocimiento cultural e identitario.
- Un conflicto armado prolongado.
- Un debate sobre modelos alternativos de organización política.
- Y una cuestión geoestratégica situada en una de las regiones más sensibles del planeta.

Entre las distintas posiciones persisten profundas heridas históricas, alimentadas por décadas de violencia, desconfianza y sufrimiento.

Sin embargo, detrás de las organizaciones, los gobiernos y las estrategias militares, existen millones de personas cuya vida cotidiana transcurre lejos de los centros de decisión.

Son ellas quienes soportan las consecuencias más duraderas de los conflictos.

Y es precisamente en esa dimensión humana donde la cuestión kurda revela toda su complejidad.

Porque más allá de las fronteras, las ideologías y los intereses geopolíticos, sigue siendo la historia de un pueblo que busca preservar su identidad y definir su propio futuro en una de las regiones más convulsas del mundo contemporáneo.

— O —

Anexo IV
Las mujeres kurdas y la guerra contra el Estado Islámico

Uno de los fenómenos más sorprendentes del conflicto contemporáneo en Oriente Medio ha sido el papel desempeñado por las mujeres kurdas en la lucha contra el Estado Islámico.

En una región donde muchas sociedades continúan marcadas por estructuras profundamente conservadoras, miles de mujeres kurdas asumieron funciones de liderazgo político, militar y social, convirtiéndose en protagonistas de una de las resistencias más significativas de las primeras décadas del siglo XXI.

Su participación no surgió de manera espontánea.

Fue el resultado de un largo proceso político y cultural desarrollado durante décadas dentro de diversos movimientos kurdos, especialmente aquellos influenciados por las ideas de igualdad de género promovidas por el Confederalismo Democrático.

En numerosas organizaciones kurdas, las mujeres comenzaron a ocupar espacios de dirección, administración y representación política mucho antes de que la guerra contra el Estado Islámico atrajera la atención internacional.

Cuando el conflicto estalló, esa transformación ya estaba en marcha.

Las YPJ
Unidades Femeninas de Protección

Entre las organizaciones más conocidas se encuentran las Unidades de Protección de las Mujeres (YPJ), creadas en el norte de Siria como fuerza femenina de autodefensa.

Las YPJ operaron junto a las Unidades de Protección Popular (YPG) y posteriormente dentro de las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS).

Su aparición llamó la atención de medios de comunicación de todo el mundo.

Por primera vez, numerosos observadores internacionales contemplaban unidades militares integradas exclusivamente por mujeres combatiendo en primera línea contra uno de los movimientos yihadistas más radicales de la época.

Sin embargo, detrás de las imágenes difundidas por la prensa existía una realidad mucho más compleja.

Aquellas combatientes no participaban únicamente en operaciones militares.

También desempeñaban funciones de organización comunitaria, educación, asistencia social y reconstrucción local en territorios devastados por años de guerra.

Un desafío ideológico

La presencia de mujeres armadas representó además un desafío simbólico para el Estado Islámico.

La propaganda yihadista defendía una visión extremadamente restrictiva del papel femenino en la sociedad.

En contraste, las combatientes kurdas encarnaban una concepción radicalmente distinta de la participación de la mujer en la vida pública.

Esa confrontación ideológica otorgó al conflicto una dimensión adicional que trascendía el campo estrictamente militar.

Con el paso del tiempo, comenzaron a surgir relatos que mezclaban realidad, propaganda y leyenda.

Algunos de ellos adquirieron una enorme difusión internacional.

Rehana: entre la historia y la leyenda

Uno de los nombres más conocidos fue el de Rehana.

Diversos medios y redes sociales la presentaron como una francotiradora kurda responsable de abatir a numerosos combatientes del Estado Islámico.

Las versiones sobre su historia fueron múltiples y, en ocasiones, contradictorias.

Algunas fuentes afirmaban que había muerto en combate.

Otras sostenían que continuaba viva bajo identidad reservada.

Lo cierto es que, más allá de las incertidumbres biográficas, Rehana terminó convirtiéndose en un símbolo de resistencia para amplios sectores de la opinión pública internacional.

Su figura ilustró cómo, en tiempos de guerra, ciertos nombres trascienden a las personas concretas y se transforman en representaciones colectivas.

Asia Ramazan Antar

Un caso mejor documentado fue el de Asia Ramazan Antar.

Nacida en Siria, se incorporó a las YPJ siendo muy joven y participó activamente en las operaciones contra el Estado Islámico.

Murió en combate cerca de Manbij en 2016, cuando apenas tenía veintidós años.

Tras su muerte, numerosos medios occidentales centraron su atención en su apariencia física, comparándola con una conocida actriz de Hollywood.

El apodo se difundió rápidamente por las redes sociales y los titulares periodísticos.

Sin embargo, aquella simplificación mediática ocultaba lo esencial.

Asia Ramazan Antar no era importante por su apariencia.

Era importante por las decisiones que tomó.

Por el riesgo que aceptó asumir.

Y por el papel que desempeñó dentro de una generación de mujeres que decidió participar activamente en la defensa de sus comunidades.

Su historia terminó representando a muchas otras combatientes cuyos nombres nunca alcanzaron notoriedad internacional.

Barin Kobane

Algunas historias reflejan no solo el valor de quienes combatieron, sino también la brutalidad extrema que puede alcanzar la guerra.

Uno de los casos más conocidos fue el de Amina Omar, conocida por el nombre de guerra de Barin Kobane.

Combatió en las filas kurdas durante las operaciones desarrolladas en el norte de Siria.

Tras morir en combate en 2018, imágenes de la profanación de su cuerpo circularon ampliamente en redes sociales y medios de comunicación internacionales.

Diversas organizaciones de derechos humanos denunciaron aquellos hechos como una grave violación de las normas más elementales de respeto a los muertos.

El caso produjo una fuerte conmoción tanto dentro como fuera de las comunidades kurdas.

Más allá de las circunstancias concretas, el episodio simbolizó la dimensión humana de una guerra donde la violencia no siempre termina con la muerte.

En ocasiones, intenta también destruir la dignidad y la memoria.

Más allá de los símbolos

Sería un error reducir la participación femenina kurda a unas pocas figuras conocidas.

Detrás de nombres como Rehana, Asia Ramazan Antar o Barin Kobane existieron miles de mujeres que desempeñaron funciones esenciales durante los años más duros del conflicto.

Muchas murieron sin recibir reconocimiento público.

Otras regresaron a sus hogares para reconstruir comunidades devastadas por la guerra.

Algunas continúan participando en proyectos políticos, educativos y sociales dentro de las regiones kurdas.

Sus historias recuerdan que los conflictos armados no son protagonizados únicamente por generales, gobiernos o líderes políticos.

También son vividos por personas comunes que, en circunstancias extraordinarias, toman decisiones que terminan modificando el curso de los acontecimientos.

Una historia aún abierta

La participación de las mujeres kurdas en la lucha contra el Estado Islámico constituye uno de los capítulos más singulares de la historia reciente de Oriente Medio.

Su legado continúa siendo objeto de estudio, debate y reflexión.

Para algunos observadores representa un ejemplo de transformación social en medio de la guerra.

Para otros constituye una experiencia política excepcional difícil de reproducir en otros contextos.

Pero existe un hecho difícil de discutir.

Sin la participación de miles de mujeres kurdas, la historia de la resistencia contra el Estado Islámico habría sido muy diferente.

Y muchas de las comunidades que sobrevivieron a aquellos años oscuros quizá no habrían tenido la misma oportunidad de reconstruir su futuro.

Su historia forma parte inseparable de la historia contemporánea del pueblo kurdo.

Y, como tantas otras historias de Oriente Medio, aún no ha llegado a su final.

— O —